

Boletín Oficial

AÑO 166
JULIO
DICIEMBRE
2025



*“La **esperanza** no defrauda”*
(Rom 5,5)



Diócesis de Osma-Soria
BOLETÍN OFICIAL

AÑO CLXVI (166) Nº 2

| julio - diciembre 2025 |

Edita: **OBISPADO DE OSMA-SORIA**

C/ Mayor, 42
42300 EL BURGO DE OSMA

C/ San Juan, 5
42002 SORIA

Imprime: GRAFICAL, S.L. Soria

D. Legal: SO-25/1959

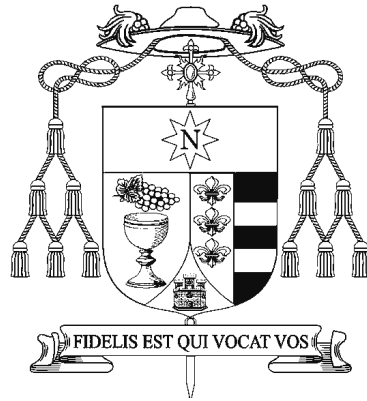
Sumario

OBISPO DIOCESANO	73
Nombramiento como Obispo de Ciudad Real.....	75
Biografía de Mons. Abilio Martínez Varea.....	75
Decreto de confirmación de facultades del Vicario General y Vicarios episcopales..	76
CARTAS	77
León XIV, sucesor de Pedro	77
La paz esté con todos vosotros.....	78
Con gratitud y esperanza	79
HOMILIAS	81
Homilía en la Eucaristía de despedida de la Diócesis de Osma-Soria	81
Palabras del Vicario General en la despedida del Sr. Obispo - Soria	82
Palabras del Vicario General en la despedida del Sr. Obispo - El Burgo de Osma.....	86
VICARÍA GENERAL	91
CARTAS	91
Solemnidad de Santiago, apóstol, Patrono de España	91
Jornada de ayuno y oración por la paz.....	91
Despedida del Sr. Obispo de la Diócesis.....	92
Curso de gestión económica parroquial	93
SECRETARÍA GENERAL	95
NOMBRAMIENTOS	95
DECRETOS	95
AUTORIZACIONES	95
IN MEMORIAM	96
Julián Callejo Matute	96
Fausto Nafría Romero	96
FIESTAS DE PRECEPTO Y MOVIBLES EN 2026	97
HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE SAN SATURIO POR D. VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA	97
ADMINISTRADOR DIOCESANO	101
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán elegido Administrador diocesano de Osma-Soria ..	103
Biografía.....	103
DECRETOS	103
Decreto de confirmación de cargos.....	103
Comunicación de la Conferencia episcopal.....	105
Comunicación de la Santa Sede.....	106
COMUNICACIONES	107
En el inicio del ministerio como Administrador diocesano	107
Encuentro sacerdotal en el inicio del curso pastoral.....	108
Carta de acción de gracias por el 100º cumpleaños de D. José Sotillos Martínez ..	108

Carta a los sacerdotes con motivo del Día de la Iglesia diocesana 2025.....	109
Exhortación apostólica <i>Dilexi te</i> de León XIV.....	110
Envío de las actas del Encuentro de Iglesia en Castilla 2025.....	111
Convocatoria anual de ayudas para la rehabilitación de templos	111
Bases de la convocatoria de ayudas para la rehabilitación de templos.....	112
Clausura del Año jubilar de la esperanza	113
HOMILÍAS	113
Homilía en la memoria de San Francisco de Asís.....	113
Homilía en la memoria del beato Juan de Palafox y Mendoza.....	115
Homilía en la Jornada por el trabajo decente.....	117
Homilía en la Fiesta de la Virgen del Pilar	119
Homilía en la Fiesta de Santa Teresa de Jesús	122
Homilía en el Jubileo de las Cofradías	124
Homilía en la Jornada del DOMUND	127
Homilía en la entrega de la <i>missio canonica</i> a profesores de religión.....	129
Homilía en la misa por los obispos y sacerdotes difuntos.....	131
Homilía en la clausura del VII Encuentro de mujeres de Emaús	132
Homilía en la Jornada del voluntariado de Cáritas.....	135
Homilía en la clausura del Encuentro de hombres de Emaús.....	137
Homilía en el 25º aniversario de la dedicación del templo parroquial.....	140
Homilía en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción (Vigilia)	143
Homilía en el funeral de M ^a Esther Muñoz	146
Homilía en el funeral de D. Fausto Nafría Romero	148
Homilía al final de la convivencia de Cursillos de cristiandad.....	149
Homilía en la Misa de medianoche de Navidad	152
Homilía de la misa del día de Navidad	153
Homilía en la clausura del Año jubilar de la esperanza	155
CARTAS	159
Sede vacante	159
La Virgen del Pilar, esperanza para un pueblo	160
Cuando la paz incomoda	161
La “cultura” del insulto	162
La justicia en la mira del poder	163
Día de la Iglesia diocesana	164
El espectáculo que vacía el duelo.....	165
El resurgir católico entre los jóvenes	166
España ante el desafío de la polarización	167
La Inmaculada y la Navidad, un mismo camino de gracia para vivir en cristiano ..	169
Ciudadanos o bandos: el dilema de nuestra convivencia.....	170
La fuerza de una fe sin rebajas	171

Navidad: entre el misterio y el ruido.....	172
OTROS ESCRITOS.....	173
Con motivo del 75º aniversario de la Cofradía de la Oración en el Huerto de Soria ..	173
Presentación de la Memoria de la diócesis 2024	175
Felicitación navideña a la Curia diocesana.....	178
Mensaje de Navidad a los fieles diocesanos.....	180
VIDA DIOCESANA	181
La Diócesis acogió el encuentro de verano de Iglesia en Castilla	181
Monseñor Martínez Varea nombrado Obispo de Ciudad Real	181
Fallece el presbítero diocesano D. Julián Callejo Matute	182
El Obispo inauguró y bendijo las nuevas instalaciones de COPE Soria	182
Las Hijas de la Caridad pusieron fin a su presencia en Soria	182
La Diócesis celebró con devoción a la Virgen del Carmen	182
Viaje de fin de curso a Caleruega	182
Los jóvenes prepararon el Jubileo	183
San Leonardo de Yagüe recuperó su templo parroquial.....	183
Convenio de rehabilitación de templos con Diputación.....	183
40 años de ANFE en Soria	184
100 jóvenes diocesanos en el Jubileo de Rom.....	184
Fiesta de San Pedro de Osma y homenaje a Mons. López Llorente	185
La Diócesis reconoció la entrega de sus misioneros.....	185
Mes de ejercicios espirituales en el Seminario	185
Ejercicios espirituales para sacerdotes	186
Bendecidas las obras de la iglesia de Quintanilla de Nuño Pedro	186
Toma de posesión del nuevo párroco de Vinuesa.....	186
El Obispo inaugura la nueva tienda Moda Re-.....	186
Curso de gestión económica parroquial	187
Jubileo de la esperanza con una exposición de Vicente Molina	187
Encuentro del Obispo con los sacerdotes jóvenes.....	187
Inicio del curso pastoral en el Santuario de Inodejo.....	188
Bendición de la rehabilitación de la casa diocesana.....	188
La Diócesis presentó la Programación pastoral 2025-2026.....	188
Calurosa despedida de D. Abilio	189
<i>Cruz Pro Ecclesia et Pontifice</i>	189
Monseñor Martínez Varea, Obispo de Ciudad Real.....	190
Gabriel Ángel Rodríguez Millán elegido Administrador diocesano.....	190
Celebrado el primer retiro Bartimeo en nuestra Diócesis.....	190
Finaliza el tiempo de oración por el cuidado de la creación	191
Almazán acoge la jornada del migrante y refugiado.....	191
La Diócesis celebra al beato Juan de Palafox.....	191

Jornada por el trabajo decente	192
Encuentro sobre el cumplimiento normativo	192
Reunión de los delegados diocesanos.	193
Comenzó el curso en la escuela diocesana de agentes de pastoral	193
La diócesis celebró la Virgen del Pilar	193
Encuentro sacerdotal en el inicio del curso pastoral	194
El Carmelo de El Burgo de Osma celebró su 75º aniversario en la fiesta de Santa Teresa de Jesús	194
La diócesis cede tres obras a la Exposición de Las Edades	194
II Jornadas de cuidados paliativos	194
Procesión histórica en el jubileo de las cofradías.....	194
Jornada del DOMUND	195
Los profesores de religión recibieron la missio canonica	195
Jornada formativa sobre protección al menor.....	195
Celebración de confirmaciones en Golmayo-Camaretas y Ólvega	196
Peregrinación diocesana a Roma	196
Misa por los obispos y sacerdotes fallecidos	196
Reunión de la Provincia eclesíástica de Burgos.....	196
Memoria 2024: la diócesis refuerza la cohesión social y el apoyo entre personas .	197
Reunión del Colegio de consultores	197
Celebrado el VII Emaús para mujeres	197
Celebración del Día de la Iglesia diocesana y confirmaciones en El Salvador.....	198
Cáritas celebró la Jornada mundial de los pobres.....	198
El Administrador diocesano participó en la plenaria de la Conferencia episcopal..	198
Confirmaciones en la parroquia de San José Obrero en Soria.....	198
Doble jornada sobre el primer anuncio	199
Jubileo del voluntariado de Cáritas	199
Confirmaciones en la parroquia de Santa Bárbara de Soria.....	200
IV Retiro Emaús hombres.....	200
25 años de la parroquia de Santa Bárbara.....	200
Vigilia diocesana de la Inmaculada.....	200
35 sacerdotes en el retiro de adviento	201
Fallece el presbítero diocesano Fausto Nafría Romero	201
Festival de villancicos y entrega de la luz de Belén.....	201
El Administrador diocesano asistió a la reunión del patronato de Las Edades del Hombre	201
La Curia diocesana se reunió para celebrar la Navidad	202
Nuevo encuentro de Cursillos de cristiandad	202
Segunda sesión ordinaria del Colegio de consultores	202
La Diócesis clausuró el Año jubilar de la esperanza.....	203



OBISPO DIOCESANO



NOTA

Nombramiento de Mons. Abilio Martínez Varea como Obispo de Ciudad Real

La Diócesis de Osma-Soria comunica que, en el día de hoy, 9 de julio de 2025, la Nunciatura Apostólica en España ha hecho pública la decisión del Santo Padre, el Papa León, de nombrar a Mons. Abilio Martínez Varea, hasta ahora Obispo de Osma-Soria, como nuevo Obispo Prior de la Diócesis de Ciudad Real. Este nombramiento tiene lugar tras la aceptación, por razones de edad, de la renuncia de Mons. Gerardo Melgar Viciosa.

La toma de posesión de Mons. Abilio Martínez Varea de la nueva sede episcopal está prevista, Dios mediante, para el próximo 27 de septiembre, en la Santa Iglesia Catedral Basílica de Nuestra Señora del Prado de Ciudad Real. Hasta entonces, continuará ejerciendo como Administrador diocesano de Osma-Soria, garantizando la continuidad del gobierno pastoral de nuestra Iglesia particular.

En estos ocho años de fecundo ministerio episcopal en nuestra diócesis, D. Abilio ha sido un pastor cercano, entregado y fiel, y ha sembrado con generosidad la Palabra de Dios, acompañando con ternura al Pueblo de Dios y promoviendo una Iglesia viva y evangelizadora.

Con sentimientos de gratitud profunda, elevamos nuestras oraciones al Señor para que, en esta nueva etapa de su ministerio, lo colme de sabiduría y fortaleza en el servicio pastoral que se le encomienda. Que la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia y Reina de los Apóstoles, lo inspire y acompañe en su nueva misión como pastor del Pueblo de Dios en Ciudad Real.

Biografía de Mons. Abilio Martínez Varea

Mons. Abilio Martínez Varea nació en Autol (La Rioja) el 29 de enero de 1964. Ingresó en el Seminario diocesano de Logroño, donde estudió filosofía y teología entre los años 1982 y 1987. Después se trasladó a Roma, donde obtuvo la licenciatura en teología dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma (1989). Fue ordenado sacerdote el 30 de septiembre de 1989.

Su ministerio sacerdotal lo desarrolló en la diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño. Su primer destino fue como Vicario parroquial de la parroquia de San Bartolomé de Aldeanueva de Ebro (La Rioja) (1989-1994). Entre 1994 y 1996 realizó los cursos de doctorado en la Universidad Pontificia de Salamanca. A su regreso, fue nombrado Vicario parroquial de San Pío X de Logroño. Ha desempeñado los cargos de Director del Secretariado de pastoral juvenil, Delegado de apostolado seglar, profesor en el Instituto superior de ciencias religiosas "San Dámaso" – Extensión La Rioja, Director del Instituto diocesano "San José de Calasanz" para la obtención de la DECA en infantil y primaria, y Delegado de enseñanza. Desde el año 2005 hasta su nombramiento episcopal fue Vicario episcopal de pastoral y enseñanza.

El 5 de enero de 2017 el papa Francisco hizo público su nombramiento como Obispo de Osma-Soria, recibiendo la ordenación episcopal el 11 de marzo del mismo año en la Catedral de El Burgo de Osma (Soria).

En la CEE es el Presidente de la Subcomisión episcopal para la acción caritativa y social desde marzo de 2024. Ha sido miembro de la Comisión episcopal para la pastoral social y la promoción humana (2020 a 2024) y de la Comisión episcopal de pastoral social (2017 a 2024).

Además, es el Presidente de la Fundación «Las Edades del Hombre» desde el 12 de octubre de 2022.

Decreto de confirmación por vía delegada de las facultades del Vicario General y del Vicario de Pastoral

Habiéndose hecho público en el día de hoy, 9 de julio de 2025, mi nombramiento como Obispo Prior de la Diócesis de Ciudad Real; habiendo decaído por ese hecho mi potestad como Obispo de Osma-Soria, pasando a regirla con la potestad propia del Administrador diocesano hasta el momento de mi toma de posesión de la Diócesis de Ciudad Real; habiendo decaído, igualmente, las facultades propias del Vicario general y de los Vicarios episcopales; con el ánimo de que la vida de la Diócesis de Osma-Soria no sufra merma alguna, por el presente confirmo por vía delegada las facultades propias del Vicario general y de los Vicarios episcopales, tal y como prescribe el Directorio *Apostolorum successores* (nn. 233. 244), hasta el momento en que tome posesión de la Diócesis de Ciudad Real y se produzca con todos los efectos jurídicos la vacante de la Diócesis de Osma-Soria.

Comuníquese a los designados y publíquese en el Boletín Oficial del Obispado.

Dado en El Burgo de Osma, a 9 de julio de 2025.

✠ Abilio Martínez Varea
Administrador diocesano de Osma-Soria

Por mandato del Sr. Administrador,

Víctor Otín Gonzalo
Canciller-Secretario General



CARTAS

León XIV, sucesor de Pedro

1 de julio de 2025

Con motivo del 1 de mayo, día de San José Obrero, participé en el Jubileo de los Trabajadores representando a la Pastoral del Trabajo de la Conferencia Episcopal Española. A pesar de que estaba muy reciente el fallecimiento del Papa Francisco, se mantuvo dicho evento, centrado en las implicaciones sociales de la fe y el compromiso por un trabajo digno. Tuve la gracia de poder participar en el rito jubilar, peregrinando con la Cruz del Jubileo y atravesando la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, un gesto de profundo significado espiritual de comunión con Jesucristo, Puerta que nos lleva a la salvación.

Durante esos días en Roma asistí al acto patrocinado por el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, que llevaba por título “Mundo del Trabajo, lugar de Esperanza”. Dicho acto se convirtió en un momento de reflexión, diálogo y propuestas sobre los desafíos y esperanzas que atraviesan hoy el mundo del trabajo. Se abordaron experiencias y retos comunes muy interesantes en el campo del trabajo desde una perspectiva internacional y desde una perspectiva italiana.

Esos días de Jubileo, coincidieron con un momento histórico de la Iglesia, ya que estábamos en sede vacante, es decir, el tiempo que discurre entre la muerte de un Papa y la elección de otro pastor que guíe la barca de Pedro. Por eso, tuve la suerte de participar en un acontecimiento relacionado con ese momento: la concelebración en dos Eucaristías en sufragio por la muerte del Papa Francisco, los llamados “novendiales”. Se trata de una tradición de la Iglesia, por la que, durante nueve días, se honra el ministerio del Papa que ha fallecido y al mismo tiempo prepara espiritualmente a la Iglesia para la elección de su sucesor. Se trata de una experiencia de universalidad, en donde pude notar en el ambiente cómo la Iglesia se estaba preparando para ser guiada nuevamente.

De esta manera, en medio del duelo por la pérdida del Papa Francisco, pude comprobar cómo se respiraba en el ambiente un deseo grande de tener pronto un nuevo Papa. La Iglesia entera, se ponía en un clima de oración con la esperanza de que, con relativa prontitud, los cardenales eligieran al nuevo sucesor de Pedro. Un hombre que sea el Pastor de la Iglesia Universal y guía espiritual de la fe católica, que preserve y enseñe la fe interpretando el Evangelio y que vele muy especialmente por la unidad de la Iglesia.

En este ambiente de orfandad tras la pérdida de un Papa y el anhelo de la llegada de otro nuevo Papa, todos vivimos con emoción la elección de León XIV el 8 de mayo. En cuanto salió al balcón de la basílica de san Pedro, pudimos comprobar dos realidades:

- Con la propia elección de su nombre, León, nos indicaba su deseo de seguir la estela de León XIII, al que se le ha considerado el padre de la Doctrina Social de la Iglesia debido a la publicación de la encíclica “Rerum Novarum” en 1891. Esta encíclica trata sobre la condición de los trabajadores y de la propiedad pri-

vada y marca el nacimiento de la actual Doctrina Social de la Iglesia. León XIV lo explicó en el discurso al colegio cardenalicio del 10 de mayo: “Hoy la Iglesia ofrece a todos su patrimonio de doctrina social, para responder a otra revolución industrial y a los desarrollos de la inteligencia artificial...”.

- Su gran apuesta por la paz. Su primer saludo lo inició con las palabras de Jesús Resucitado: “La paz esté con todos vosotros”. Con este deseo de paz universal, en un mundo sembrado de guerras y violencia, sus palabras se volvieron en un grito silencioso que nos removieron a todos recordándonos la importancia de la paz, de la escucha a los demás y de la construcción de puentes que nos unan en un verdadero diálogo y del encuentro.

Así lo recordaba también el Papa Francisco en el n. 8 de la Bula de Convocación del Jubileo de la esperanza: “Que el primer signo de esperanza se traduzca en paz para el mundo, el cual vuelve a encontrarse sumergido en la tragedia de la guerra... ¿Es demasiado soñar que las armas callen y dejen de causar destrucción y muerte? Dejemos que el Jubileo nos recuerde que los que «trabajan por la paz» podrán ser «llamados hijos de Dios» (Mt 5,9)”.

Queridos diocesanos, que María Santísima, Reina de la Paz, nos guíe y nos ayude en este caminar y nos ayude a ser constructores de paz.

La paz esté con todos vosotros

1 de agosto de 2025

78

Con estas palabras se nos presentaba, el pasado 8 de mayo, el papa León XIV desde el balcón de la Basílica de San Pedro. Tras la fumata blanca, estábamos expectantes por conocer quién sería el nuevo sucesor de Pedro, el elegido para seguir llevando el timón de la barca de la Iglesia. Y su primer saludo estuvo impregnado de un eje fundamental: la paz. Una paz que proviene de Dios, ya que, tal y como nos dijo: “*Este es el primer saludo de Cristo resucitado, el Buen Pastor que ha dado la vida por el rebaño de Dios*”.

Queridos diocesanos: en este tiempo de verano, aunque es un momento para descansar y reponer fuerzas, hay algo que no podemos olvidar: el Señor nos ama a todos y cada uno de nosotros. Así nos lo recordaba el Papa León XIV: “*Esta es la paz de Cristo resucitado, una paz desarmada, desarmante y también perseverante, que proviene de Dios, que nos ama a todos incondicionalmente*”. Por eso, nuestra fe nos impulsa a seguir luchando por algo tan necesario en estos momentos que estamos viviendo en todo el mundo: la paz.

Por desgracia, y a pesar de la urgente necesidad de buscar la paz, siguen existiendo numerosos conflictos bélicos en distintas partes del mundo: la guerra de Ucrania, el conflicto entre Israel y Gaza, la guerra civil en Siria, o los enfrentamientos en Sudán, Somalia y otros lugares. Sin olvidar los episodios de violencia que vivimos en nuestro entorno: maltrato en el ámbito familiar, las mafias criminales que gestionan la migración clandestina... En definitiva, nos hemos enredado en las redes del egoísmo y hemos olvidado cómo convivir y ver al prójimo como un hermano. Así lo recordaba el papa León en ese mismo discurso inicial: “*Ayudémonos los unos a los otros a construir puentes con el diálogo, el encuentro, uniéndonos*”.



todos para ser un solo pueblo, siempre en paz”.

A lo largo de este año, la Iglesia Católica está celebrando el Jubileo de la Esperanza. En su origen, el jubileo buscaba restablecer la justicia de Dios en todos los ámbitos de la persona, ya que todos somos hijos del mismo Padre (cf. Lv 25). Así lo recordaba el papa Francisco en su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, el 1 de enero de este año, donde nos decía: *“Cuando una persona ignora el propio vínculo con el Padre, comienza a albergar la idea de que las relaciones con los demás puedan ser gobernadas por una lógica de explotación, donde el más fuerte pretende tener el derecho de abusar del más débil”*. Por eso, os animo a ver a los demás como compañeros de un mismo viaje, personas que caminan con nosotros por la senda de la esperanza que nos lleva a la anhelada meta de la paz. Como decía san Juan XXIII en el n. 113 de la encíclica *“Pacem in terris”*: La verdadera paz sólo podrá nacer de un corazón desarmado de la angustia y el miedo de la guerra.

Hagamos que en nuestro entorno crezca la paz, una paz duradera y auténtica. Es cierto que no está en nuestras manos detener los grandes conflictos bélicos que afectan al mundo, pero eso no tiene que impedir que seamos sembradores de paz en nuestro pequeño mundo: nuestra familia, nuestros amigos, nuestro trabajo... Os animo a que hagamos de nuestro entorno un mundo en paz, en el que nuestro corazón no dude en salir al encuentro de los demás, y se llene de la esperanza de saber que toda persona es un bien para los demás. Para conseguirlo a veces basta con algo sencillo, como *“una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito”* (*Spes non confundit*, 18).

Queridos diocesanos, la paz no se alcanza sólo con el final de la guerra, sino con el inicio de un mundo nuevo, en el que vivamos más unidos y como verdaderos hermanos. Pidamos a María, Reina de la Paz, que nos ayude a vivir en paz y a cantar con el salmista: *“El Amor y la Verdad se encontrarán, la Justicia y la Paz se abrazarán”* (Sal 85,11).

Feliz verano a todos. Con mi paz y mi bendición

Con gratitud y esperanza

1 de septiembre de 2025

Mis queridos hermanos:

Con el corazón lleno de sentimientos encontrados, me dirijo a todos vosotros para comunicaros, como muchos de vosotros ya sabréis, que el Santo Padre León XIV ha tenido a bien confiarme un nuevo encargo pastoral como Obispo de la diócesis de Ciudad Real.

Recibo esta llamada con espíritu de obediencia y disponibilidad, consciente de que el Señor nos conduce por caminos que a veces no esperábamos, pero que siempre están enmarcados en su providencia amorosa. Al mismo tiempo, no puedo evitar sentir una verdadera y profunda emoción al tener que despedirme de esta querida diócesis de Osma-Soria que ha sido mi hogar y -también el de mis padres- durante estos últimos años.

Aquí he aprendido a ser pastor junto a vosotros. Hemos compartido alegrías y sufrimientos, retos y esperanzas. He sido testigo del compromiso de nuestros sacerdotes, de la

entrega generosa de los consagrados y consagradas, y de la fe viva del pueblo de Dios que camina en estas tierras sorianas. Es una tierra en la que sufrimos la despoblación, pero con gentes luchadoras y recias. Me habéis hecho sentir verdaderamente en casa, no por mis méritos, sino por vuestra capacidad de acogida y afecto. Me llevo muchos nombres propios en el corazón que no podré olvidar jamás, porque formáis parte de estos ocho años de mi vida.

Durante este tiempo he compartido con vosotros momentos que han dejado una huella imborrable en mi corazón. He vivido con vosotros los durísimos momentos de la pandemia de la *COVID-19* junto con el sufrimiento de aquellos días de confinamiento: las restricciones celebrativas, el dolor de la soledad y el temor a la enfermedad. También recordaré como una experiencia muy gratificante mi viaje a Camerún. Allí pude conocer vivencias nuevas que me acompañarán toda la vida: conocer la tarea de la misión de primera mano y la entrega de nuestro misionero soriano. Pude ver la alegría de quien, aun sin tener apenas nada material, vive feliz porque tiene a Cristo en su vida. Son vivencias que no olvidaré y que guardaré siempre en mi corazón: las romerías, las peregrinaciones, los encuentros y las celebraciones que he compartido con vosotros.

El Papa Benedicto XVI en su encíclica “*Deus caritas est*” reafirmó que los obispos tenemos la primera responsabilidad de edificar la Iglesia como familia de Dios y como lugar de ayuda recíproca y de disponibilidad (cf. n. 32). Espero haber sabido cumplir estas funciones durante mi presencia a lo largo de este tiempo en esta querida Diócesis de Osma-Soria y que hayamos sabido vivir como una auténtica familia: la familia de los hijos de Dios que peregrinan en esta tierra soriana.

Pido al Señor que bendiga abundantemente esta Iglesia particular de Osma-Soria, y que quien venga a sucederme sea recibido con el mismo cariño y colaboración que yo he experimentado. Sigamos caminando con esperanza, sabiendo que nuestra misión es sembrar el Evangelio allí donde el Señor nos envíe. No nos cansemos nunca de sembrar las semillas de la fe con nuestra palabra y nuestro testimonio. Solo se recoge lo que se siembra.

Me despido con estas bellas palabras de Antonio Machado:

¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares,
ariscos pedregales, calvas sierras,
caminos blancos y álamos del río,
tardes de Soria, mística y guerrera,
hoy siento por vosotros, en el fondo
del corazón, tristeza!
¡Tristeza que es amor! ¡Campos de Soria,
donde parece que las rocas sueñan,
conmigo vais! ¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas!



Queridos sorianos, gracias por vuestro cariño durante estos años de mi vida, por vuestra colaboración y por hacer posible que esta Iglesia que peregrina en Soria sea una Iglesia viva y fructífera. Os pido que me acompañéis con vuestra oración en esta nueva etapa que comienzo, del mismo modo que yo seguiré orando por vosotros, llevándoos siempre en mi corazón. Me encomiendo a la Virgen del Carmen para que siga siendo la Estrella que me guía y no me suelte nunca de su mano amorosa.

Con afecto fraterno y mi bendición en el Señor.

HOMILÍAS

Homilía en la Eucaristía de despedida de la Diócesis de Osma-Soria

S. I. Catedral de El Burgo de Osma (Soria) - 21 de septiembre de 2025

Saludo con afecto a los sacerdotes concelebrantes; a los miembros de la Vida Consagrada, de forma especial a quienes pertenecen a la vida contemplativa y que, a lo largo de estos años, habéis rezado por un servidor como Obispo de Osma-Soria y que seguiréis haciéndolo en mi nuevo destino como Obispo de Ciudad Real; también un saludo a las autoridades políticas nacionales, autonómicas, provinciales y locales; a las autoridades militares y académicas; y a todos los que estáis aquí presentes, hermanos en el Señor.

Hoy es un día en el que las homilías suelen incluir, al menos, dos palabras: gracias y perdón.

Gracias, porque esta querida diócesis de Osma-Soria ha sido para mí y para mi familia casa y hogar durante ocho años y medio. Muchas veces me habéis recordado que a Soria se viene llorando y se marcha llorando. Permitidme que os diga que vine gozoso a una Soria que ya conocía, tanto a sus gentes como a sus tierras. Estaba convencido de que merecía la pena que mi primer ministerio episcopal fuera aquí, precisamente.

Sin embargo, me marchó con tristeza de esta diócesis en la que, durante estos años, he sido testigo de su lucha constante por llevar el Evangelio a cada rincón de su geografía. He compartido con vosotros el frío del invierno soriano y las visitas a las parroquias con abundante nieve en los caminos. Pero puedo deciros que todas las dificultades se han visto ampliamente compensadas por el calor de vuestras manos abiertas y de vuestro corazón siempre generoso. No me llevo recuerdos, sino nombres propios, sobre todo de quienes habéis estado cerca de mí y a quienes jamás olvidaré.

Aunque pueda sonar contradictorio, también me voy con la alegría que da el haber sembrado durante este tiempo. La Iglesia soriana está viva y es una Iglesia evangelizadora. No es un tópico, sino una realidad. Gracias a todos los sacerdotes, consagrados y laicos que vivís vuestra vocación con generosidad admirable.

Durante estos años hemos sembrado, entre todos y de forma incansable, las semillas del Reino de Dios. No me corresponde enumerar logros ni éxitos; solo dar las gracias a Dios

y a todos vosotros, pueblo de Dios que peregrina en Osma-Soria, porque hemos caminado juntos, con más o menos acierto, pero siempre con la certeza de que es el Señor quien guía la barca de la Iglesia.

También sé que todo no ha sido perfecto. Como cualquier pastor, aunque esté sostenido por el Espíritu Santo, he cometido errores. Al inicio de la Santa Misa pedimos perdón a Dios diciendo: “Que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión”. Y estas palabras las recitamos en primera persona. Pido perdón sabiendo, como hoy nos enseña el pasaje del Evangelio, que somos administradores y no propietarios del Evangelio, y que tendremos que rendir cuentas a Dios de la forma en que administramos nuestra vida, la parroquia o la diócesis.

Comentaba al inicio que, en estas homilias de despedida, no faltan las palabras “gracia y perdón”. Quiero añadir una tercera: esperanza. Os invito, queridos hermanos, a seguir caminando con esperanza. La barca de la Iglesia se tambalea por sus propios pecados o por vientos externos muy fuertes que la zarandean, pero tenemos la certeza de que llegará al puerto, a un buen puerto. Ese puerto es Jesucristo nuestra Esperanza. El Papa Francisco, en la bula *Spes non confundit*, afirma que la esperanza tiene nombre propio: Jesucristo. No perdáis nunca la esperanza. El Evangelio sigue siendo la mejor noticia para el mundo y el amor de Cristo es esperanza para todos.

La tierra soriana es una tierra mariana donde se vive el amor a la Madre. La Virgen María tiene muchos nombres para dirigirnos a Ella: Madre de Nieva, Madre de Inodejo, Madre del Carmelo. Que nunca disminuya, sino que aumente el cariño a la Virgen, que intercede por nosotros en los momentos difíciles y siempre nos lleva a su Hijo Jesús. Amén.

Palabras de despedida del Vicario General, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, en nombre de la Diócesis al Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Abilio Martínez Varea

Concatedral, 20 de septiembre de 2025

Ilustrísimo Cabildo Concatedral

Hermanos sacerdotes

Ilustrísimas autoridades

Hermanos todos

Querido D. Abilio

Lejano parece ya aquel 12 de marzo de 2017, cuando, recién ordenado obispo, presidió por vez primera la Eucaristía en este mismo templo. Aquella jornada quedó grabada en nuestra memoria como el inicio de un camino compartido. Hoy, de nuevo, el Señor nos reúne bajo estas bóvedas con un sentimiento entrelazado: la tristeza de la despedida y, al mismo tiempo, la gratitud inmensa por lo que usted ha significado para esta diócesis de Osma-Soria que reconoce en usted al pastor bueno, al padre cercano y al amigo leal.

Llegó a nosotros con un lema que no fue mera consigna, sino brújula constante de su ministerio: “*El que os llama es fiel*” (1 Tes 5, 24). Esa fidelidad de Dios ha sido la raíz de su entrega y el latido discreto de estos años.



Pastor de cercanía

Si algo ha definido su ministerio entre nosotros ha sido, sin duda, la cercanía. Ha sido un obispo de caminos y plazas, de ermitas y hogares; un pastor que se ha detenido a conversar con sencillez, que ha sabido escuchar con paciencia y que ha ofrecido siempre una palabra de aliento. En sus visitas pastorales ha palpado la hondura de esta tierra castellana: su sobriedad recia, su lealtad silenciosa y esa hospitalidad discreta que sólo se concede a quienes saben ganarse la confianza del corazón.

D. Abilio, usted ha sabido leer el alma de Soria. Como Antonio Machado al recorrer estos parajes, ha descubierto que aquí la vida avanza con un ritmo lento pero profundo, que el tiempo parece detenerse entre encinas centenarias y que lo esencial se dice con pocas palabras.

La fuerza de la Palabra

A lo largo de estos años hemos tenido el privilegio de saborear sus cartas pastorales, en las que nos ha animado a ser artesanos de reconciliación, a vivir la caridad como estilo de vida y a recordar que toda vocación nace del encuentro personal con Cristo y crece en el calor de comunidades vivas, orantes y fraternas. Evoco la última que suena casi como un testamento espiritual: *“no puedo evitar sentir una verdadera y profunda emoción al tener que despedirme de esta querida diócesis de Osma-Soria que ha sido mi hogar (y también el de mis padres) durante estos últimos años”*. En esas líneas resuena no sólo la voz del obispo, sino también la del hijo agradecido y la del hermano que se despide con emoción serena.

Su palabra, tanto proclamada como escrita, ha sido siempre clara y luminosa, firme y esperanzada. Como buen hijo de la tierra riojana, ha sabido expresarse con una sencillez despojada de artificios, pero también con la hondura de quien se deja conducir por el Evangelio. Nos ha legado no sólo reflexiones valiosas, sino caminos abiertos y propuestas concretas que seguirán guiando a esta Iglesia en su andar cotidiano.

Sembrador de vocaciones

Si algo ha latido con fuerza constante en su corazón de pastor ha sido la pasión por las vocaciones sacerdotales. Desde el primer día nos recordó que una diócesis sin Seminario es como un hogar sin hijos, y se entregó con empeño para que aquella Casa del Burgo de Osma se convirtiera en el corazón vivo de nuestra Iglesia local, espacio de referencia para todos.

No se ha limitado a animarnos a rezar por las vocaciones, sino que se ha convertido usted mismo en el primer animador vocacional, recordándonos que toda vocación nace de la gratuidad del amor y se alimenta en la entrega generosa.

Querido D. Abilio, gracias por haber sembrado semillas de esperanza en tiempos de incertidumbre, convencido de que Dios sigue llamando y de que nuestra tarea es preparar la tierra para que esa llamada encuentre un corazón dispuesto.

El cuidado de las vocaciones no responde a cálculos humanos ni a estrategias de futuro: es, ante todo, un gesto de amor a la Iglesia y un compromiso con quienes vendrán después de nosotros. Así lo ha vivido usted en nuestra diócesis y seguro que así lo seguirá viviendo allá donde el Señor lo envía.

Padre y hermano de los sacerdotes

También nosotros, los sacerdotes, guardamos en el alma el recuerdo de su cuidado paternal. Ha sido para cada uno de nosotros padre solícito y hermano cercano. Nunca le pesó dedicar tiempo a escucharnos con paciencia, a visitarnos en nuestras casas parroquiales, a orar junto a nosotros o a compartir una mesa sencilla en medio de la jornada. En esos gestos, tan humanos y tan evangélicos, hemos reconocido su entrega sin reservas.

Supo estar junto a los mayores (particularmente en la Casa diocesana) valorando en ellos la memoria viva de nuestra diócesis; supo acompañar a los enfermos con consuelo y cercanía; supo sostener, con palabra prudente y oración silenciosa, a quienes atravesaban noches de dificultad. Y también supo alentarnos a amar nuestra vocación, a vivirla con alegría y a no dejar que se apague la esperanza cuando las fuerzas parecen desvanecerse.

Usted ha querido siempre caminar con nosotros: nunca por encima ni al margen, sino al lado, como compañero de ruta. Su empeño por la formación permanente de los sacerdotes y por los encuentros fraternos ha sido un signo elocuente de su cuidado pastoral. Y con sus palabras y su ejemplo nos ha recordado que el sacerdote es, ante todo, hombre de oración, testigo alegre del Evangelio y servidor disponible de todos.

Una Iglesia que camina con su pastor

El ministerio episcopal, lo sabemos, no se mide en dominio ni en prestigio, sino en servicio generoso y en entrega callada. No se edifica en distancias, sino en la cercanía humilde de quien se reconoce enviado al cuidado del pueblo de Dios. La verdadera autoridad nace siempre de esa capacidad de acompañar y de velar como lo hace un padre con sus hijos.

Así lo hemos visto en usted, D. Abilio: un obispo que ha gobernado caminando junto a su pueblo y que ha invitado más con el ejemplo que con discursos. Su estilo pastoral ha sido el de la sencillez cercana, el de la humildad que reconoce sus propios límites, el de la fraternidad que se alegra de compartir tanto las fatigas como las esperanzas de la comunidad.

Ya en su primer saludo, el día de su ordenación, nos abrió su corazón citando a san Agustín: el episcopado, dijo, es *honor et onus*, confianza depositada por la Iglesia y, al mismo tiempo, carga exigente. Aquel día nos anticipó lo que después hemos podido comprobar en sus gestos y en su vida: la conciencia de la propia debilidad no es obstáculo sino oportunidad para vivir en diálogo, para escuchar y para permanecer siempre en actitud de aprendizaje. Y así, paso a paso, nos ha enseñado que una Iglesia fiel es la que camina con su pastor y un pastor auténtico es aquel que se alegra de caminar con su pueblo.

Custodio del patrimonio de la fe

Querido D. Abilio, otra de sus pasiones ha sido el cuidado del patrimonio de nuestra diócesis. Pero no lo ha hecho con una mirada fría ni con cálculos técnicos, sino con la hondura de quien reconoce que cada templo, cada ermita, cada retablo es, en realidad, una confesión de fe, un evangelio esculpido en piedra y madera por las manos de nuestros mayores.

Por eso, cuando se preocupaba por una cubierta que amenazaba ruina, por un muro que se resquebrajaba o por un retablo que pedía cuidados, en realidad nos estaba enseñando que no se trataba sólo de conservar edificios, sino de custodiar la memoria viva de un pueblo



que, siglo tras siglo, levantó iglesias como oraciones esculpidas, erigió torres que señalaban el cielo y dejó que la fe se hiciera piedra, madera y luz en el corazón de la tierra soriana.

Usted nos ha ayudado a contemplar nuestro patrimonio como un legado de la fe de nuestros padres y, al mismo tiempo, a sentirnos responsables de entregarlo a quienes nos sucedan. Y con ello nos ha dejado una lección: la verdadera herencia de la Iglesia no está sólo en lo que se conserva, sino en lo que transmite.

Hombre de oración

Quienes lo hemos conocido de cerca sabemos que en usted nada se improvisa: cada decisión nace de un corazón puesto primero en diálogo con el Señor. Su oración confiada ha sido la raíz de su acción pastoral, la fuente donde se ha templado su entrega y la luz que ha guiado sus pasos.

Este mensaje nos deja al partir: que no hay pastoral fecunda sin intimidad con Cristo. Usted nos lo ha recordado sobre todo con su ejemplo sereno, dejando traslucir que la vida del obispo, como la de todo cristiano, sólo florece cuando hunde sus raíces en la presencia de Dios.

Al despedirnos, sentimos que este es quizá el mejor testimonio que nos regala: la certeza de que la fuerza de la Iglesia no está en los proyectos ni en las estrategias, sino en la oración humilde y confiada que sostiene todo y a todos. Y esa lección, grabada en el silencio de sus gestos, quedará como un tesoro en nuestra diócesis.

Gratitud y envío

Querido D. Abilio, hoy queremos decirle gracias. Gracias por haber sido para nosotros pastor, padre y amigo.

Sabemos que el ministerio episcopal conlleva desarraigos y llamadas inesperadas, pero no podemos ocultar que sentimos su marcha como una herida. Usted ya forma parte de la memoria viva de esta diócesis, de su historia y de sus afectos. Cuando pase el tiempo y recordemos estos años, nos vendrán a la mente su semblante sereno, su paso firme al entrar en nuestras iglesias y la calma con la que escuchaba incluso en medio de problemas y cansancios.

Aquí quedará siempre su casa, no sólo como expresión simbólica, sino como certeza real: cuando vuelva, encontrará puertas abiertas y corazones dispuestos. Aquí queda su familia diocesana, que lo recordará cada vez que rece por su obispo. Aquí queda la tierra soriana que usted aprendió a amar y que le seguirá amando siempre: sus templos humildes, sus pueblos pequeños, sus gentes austeras que hoy lo despiden con un cariño que no sabe fingir.

Estamos seguros de que en Ciudad Real sabrán reconocer pronto al pastor bueno que nosotros hemos tenido la dicha de conocer. Allí llevará usted un poco de nosotros: el frío de nuestras sierras, el silencio sonoro de nuestros campos y la fe sencilla de nuestras gentes. Y nosotros, al recordarle, llevaremos un poco de usted en nuestra oración.

Con la sencillez sobria y leal de Soria, tierra que habla poco, pero ama mucho, con la hondura de su silencio y la firmeza de su fe callada, queremos decirle hoy, casi en voz baja (como se dicen aquí las cosas más hondas): gracias, siempre.

Entrega del báculo

Termino. Para expresar lo que sentimos, las palabras nunca bastan. Por eso esta tarde queremos dejarle también un signo que le recuerde siempre lo que ha significado para esta Iglesia. Se trata de un báculo pastoral que lo unirá para siempre a nuestra Diócesis. En él hemos grabado una sencilla leyenda: *“La Diócesis de Osma-Soria a su Obispo, Mons. Abilio Martínez Varea. 2017-2025”*.

Que cada vez que lo sostenga entre sus manos le venga a la memoria esta tierra soriana, sobria y fiel; que recuerde que aquí queda un pueblo que lo quiere, que reza por usted y que se sabe unido a su persona y a su ministerio, aunque los kilómetros nos separen. Este báculo será, de ahora en adelante, el puente silencioso entre su nuevo camino y nuestra permanente gratitud.

Palabras de despedida del Vicario General, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, en nombre de la Diócesis al Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Abilio Martínez Varea

Catedral, 21 de septiembre de 2025

Señor Arzobispo de Burgos
Ilustrísimo Cabildo Catedral
Hermanos sacerdotes
Ilustrísimas autoridades
Hermanos todos
Querido D. Abilio

La misma Catedral que un 11 de marzo de 2017 contempló su ordenación episcopal, hoy lo acoge de nuevo para despedirlo. Entonces, con el repique solemne de sus campanas, la alegría del pueblo y el calor de la fe compartida, usted iniciaba su ministerio como sucesor de San Pedro de Osma. Hoy esas mismas campanas resuenan con un tono distinto, más contenido, más hondo: el de la gratitud de un pueblo que lo despide como pastor y amigo.

Aquel día, tras recibir la mitra y el báculo, pronunció unas palabras que resuenan hoy con especial fuerza: *“No pretendo hoy ni ahora hacer una propuesta de retos y líneas de acción de trabajo para la Diócesis de cara a los próximos años. Lo iremos haciendo entre todos”*. Y así lo ha hecho. No con trazos apresurados, sino con letra firme, paciente y cercana, como quien escribe para que las generaciones futuras puedan leer con claridad.

Pastor según el corazón de Cristo

En la homilía de su ordenación episcopal, Mons. Fidel Herráez le exhortaba con estas palabras: *“La fidelidad de Dios ha sostenido y acompañado tu existencia en tus múltiples tareas al servicio de la Iglesia de Logroño, Iglesia con relaciones muy cercanas en el pasado con esta de Osma-Soria. Él ha dirigido tu vida hasta aquí con su providencia amorosa; y Él te asegura que va a estar contigo en la hermosa historia que hoy inicias. El que llama es fiel. Esa experiencia de gracia, en medio de tu fragilidad humana, te llena de confianza serena, de responsabilidad*



esperanzada. Sabes que la fidelidad de Dios se manifiesta como fuerza, ternura y misericordia. De ahí brotará el aliento de tu nuevo ministerio". Hoy, al mirar estos años, vemos que esa exhortación no quedó en palabras, sino que se hizo carne en su estilo episcopal.

Usted eligió como lema aquellas palabras del apóstol Pablo a los cristianos de Tesalónica: *"El que os llama es fiel"* (1Tes 5, 24), y lo ha vivido con la confianza de quien sabe que no está solo. Cada decisión, cada visita, cada desvelo pastoral, ha nacido de esa certeza: que Dios es fiel y que el obispo debe ser reflejo de esa fidelidad.

Ha sido un pastor que no ha buscado protagonismo, sino cercanía. Que no ha entendido el ministerio como poder, sino como servicio. Que ha acompañado con ternura, escuchado con paciencia y guiado con firmeza.

El peso de la historia y la vida de la sede

El Burgo de Osma, villa episcopal, es el corazón donde se ha forjado la identidad de nuestra diócesis a lo largo de casi mil años. En torno a la belleza serena de esta Catedral, al Palacio Episcopal, al Seminario, se ha ido transmitiendo la fe de generación en generación, uniendo el pasado con el presente y el presente con el futuro. Durante estos años, estos muros han sido para usted hogar, centro de oración y lugar de servicio pastoral, el punto desde el que ha irradiado su ministerio hacia toda la diócesis.

Desde el primer momento, subrayó que el patrimonio de la diócesis entera (sus parroquias rurales, sus ermitas escondidas, sus retablos y campanarios) no es sólo artístico, sino espiritual. *"Cada templo es una confesión de fe"*, dijo en más de una ocasión, consciente de que conservar una iglesia es prolongar la voz de quienes la levantaron, porque cada pequeño templo parroquial es memoria viva de la fe de nuestros antepasados y semilla de esperanza para las generaciones futuras.

Bajo su cuidado, esta Catedral ha seguido siendo signo visible de la unidad de la diócesis, madre que acoge, altar que nutre y cátedra que enseña. Además, no podemos olvidar que la Capilla de la Inmaculada custodia los restos del beato Juan de Palafox y Mendoza, aquel obispo sabio y reformador cuya beatificación tuvo lugar en 2011 y a la que usted, como sacerdote de Logroño, pudo asistir discretamente acompañando a su obispo. ¿Quién iba a decirle entonces que, pasados seis años, vendría a ser su sucesor en esta misma sede? Ese misterio providente de la historia de la Iglesia hace que hoy contemplemos su ministerio en continuidad con el largo elenco de pastores que, como Palafox, supieron unir fidelidad a la tradición y apertura al futuro.

Escucha y acompañamiento

Sus primeras palabras como obispo fueron claras: *"La pretensión es [...] vivir con alegría la presencia del Espíritu Santo que sopla sobre todos los miembros de la Iglesia suscitando una diversidad de dones y carismas que, puestos todos en juego, no rivalizan entre ellos, sino que, en comunión, anuncian que Jesucristo es ayer, hoy y siempre Buena Noticia para el mundo"*. Esa declaración de intenciones, pronunciada con la serenidad de quien comienza un camino nuevo, no quedó en el papel: ha sido la brújula de su ministerio entre nosotros.

Con paciencia y constancia, ha recorrido parroquias grandes y pequeñas, sin medir distancias ni dificultades. Se ha sentado en las mesas sencillas de sacerdotes y familias,

donde se habla de lo cotidiano, donde se comparten alegrías y cansancios. Se ha interesado por la vida de los jóvenes, ha escuchado a los mayores, ha acompañado a los enfermos. Ha sabido estar en los días de fiesta (cuando las comunidades se vestían de gala y lo recibían con emoción) y también en los momentos de dificultad, cuando la palabra tenía que ser consuelo, cuando lo importante era simplemente estar.

Para usted, la visita pastoral nunca fue un trámite administrativo ni un capítulo a tachar de la agenda. Fue siempre un encuentro humano y espiritual, un tiempo de gracia en el que la comunidad sentía la cercanía de su pastor. Quienes lo han recibido en sus pueblos recuerdan, más que sus discursos, su mirada atenta, sus preguntas sencillas, su interés real por las personas.

Así nos ha mostrado que el obispo no es un visitante ilustre que pasa de largo, sino un padre que se detiene, escucha, comparte y acompaña. Y en ese estilo cercano hemos visto reflejado el rostro mismo de Cristo Buen Pastor.

Una diócesis que camina unida

En su primer mensaje habló de “unidad, comunión y colaboración”. No eran palabras decorativas, sino un programa pastoral que ha marcado su ministerio. Usted creyó en ellas y las hizo vida: ha alentado encuentros diocesanos que nos hicieron sentir parte de una misma familia, ha promovido la participación de los laicos con confianza sincera, ha reforzado el papel de los consejos como cauce real para que todos pudiéramos aportar y corresponsabilizarnos.

Durante estos años nos ha recordado que la diócesis no es una suma de parroquias aisladas ni una colección de realidades dispersas, sino un cuerpo vivo que late con un mismo corazón.

Nos ha invitado a superar el individualismo pastoral y a convencernos de que todos (sacerdotes, consagrados y laicos, familias y jóvenes) somos parte indispensable de la misión. Muchos recordamos cómo, en las reuniones, animaba con frases breves pero firmes. Con ese estilo suyo, cercano y alentador, nos enseñó que la comunión no es teoría, sino tarea diaria y que la corresponsabilidad no es un eslogan, sino la manera de vivir como Iglesia que camina unida.

El Seminario, esperanza viva

En la ordenación episcopal se le recordó que cuidara con esmero del Seminario, y usted lo ha convertido en una de sus mayores preocupaciones. El Seminario de El Burgo de Osma ha sido para usted no sólo un edificio junto a la Catedral, sino el corazón vivo de la diócesis, pequeño en número pero grande en significado.

Es cierto que son pocos los seminaristas, pero también lo es que las cosas de Dios comienzan siempre desde lo pequeño. Albergamos la esperanza de que cada vez sean más los jóvenes que respondan al Señor, porque confiamos en que el Espíritu sigue llamando en medio de nuestras comunidades a vivir la vida bautismal como sacerdotes al servicio de los hijos de Dios.

Ha dedicado tiempo, oración y cercanía a los seminaristas. Ha compartido con ellos la mesa y la oración, ha escuchado sus ilusiones y sus dudas, los ha acompañado con la



paciencia del que sabe que la vocación va madurando poco a poco.

Nos ha recordado siempre que la llamada al sacerdocio nace en el calor de las familias creyentes y en la vida de parroquias vivas, y que todos (pastores y fieles) somos responsables de pedir al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Gracias a su impulso, la diócesis comprende que el Seminario, aun discreto en número, es semilla de futuro y signo de esperanza. Porque mientras el Seminario siga abierto nuestra diócesis tendrá corazón y tendrá vida.

Cultura y misión

Nos ha recordado siempre que la evangelización no puede separarse de la cultura ni de la vida concreta de las personas. Desde la presidencia de la Fundación *Las Edades del Hombre* ha mostrado que el arte no es un adorno del pasado, sino un camino de belleza que abre el corazón a Dios y que sigue siendo una forma de evangelización. Bajo su impulso, la fe y la cultura se encontraron una y otra vez, recordándonos que el Evangelio no empobrece la vida, sino que la embellece.

Pero su mirada no se quedó sólo en el arte: también se fijó en la carne herida de la sociedad. En los años más duros de la pandemia, alentó la creación del *Fondo diocesano de solidaridad*, gracias al cual se pudo sostener a trabajadores y a pequeñas empresas que vivían momentos dramáticos. Aquel gesto fue un signo elocuente de lo que usted repetía tantas veces: que la caridad no es teoría, sino amor concreto que se organiza para servir.

A la vez, ha impulsado la acción de Cáritas y la formación de los agentes de pastoral. En cada iniciativa nos ha recordado que, cuando sale al encuentro de la cultura y de la vida social, la Iglesia no se diluye: se convierte en luz y en fermento, en semilla de futuro.

Gratitud que se hace oración

Querido D. Abilio, hoy la Catedral, que lo vio nacer como obispo, lo despide con gratitud. En sus bóvedas quedará el eco de su voz, en sus claustros el recuerdo de sus pasos, en el Palacio Episcopal la memoria de sus desvelos.

Sentimos profundamente su marcha, pero no podemos por menos de agradecer a Dios el regalo de su persona durante estos ocho años y medio. Le deseamos un fructífero ministerio en la Diócesis de Ciudad Real. Nosotros le dejamos abiertas las puertas de nuestra hospitalidad para que nos visite cuando desee, así como el lazo indeleble de la amistad.

Y cuando vuelva a El Burgo, aunque sólo sea de visita, no hará falta anunciarlo: las campanas sabrán reconocerlo, como lo hicieron aquella mañana del 11 de marzo de 2017, y repicarán con fuerza para recordarle que aquí, en el corazón de la diócesis, sigue teniendo un hogar y una familia. Porque hoy se cierra un capítulo, pero no se borra ninguna línea: usted ha escrito con buena caligrafía unas páginas de la historia de Osma-Soria, y el libro de esta diócesis continúa abierto, llevando ya para siempre su firma en las primeras hojas del siglo XXI.



VICARÍA GENERAL

CARTAS

Solemnidad de Santiago, apóstol, Patrono de España

Soria, 16 de julio de 2025

Queridos hermanos:

Este año el calendario laboral de la Junta de Castilla y León considera día laborable el viernes 25 de julio, solemnidad de Santiago Apóstol, Patrono de España. Pero, dada la importancia de esta festividad y su arraigo en el pueblo cristiano, la Iglesia la considera como *solemnidad de precepto* con la obligación de participar en la Santa Misa (cf. *Calendario litúrgico-pastoral*, p. 22). Lógicamente, quedan dispensados de este precepto quienes, por motivos laborales, de salud u otros, no puedan cumplirlo. Por todo ello, en nuestras parroquias y templos se establecerá un horario adecuado de celebración de la Eucaristía para facilitar su cumplimiento ya desde la víspera.

Recibid un saludo cordial en el Señor.

El Vicario General
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

Jornada de ayuno y oración por la paz

Soria, 21 de agosto de 2025

Queridos hermanos sacerdotes, religiosos y fieles laicos:

Ayer, en el marco de la Audiencia General, el Papa León XIV dirigió un llamamiento urgente a toda la Iglesia, invitándonos a vivir un día de ayuno y oración por la paz en el mundo. Acogiendo su palabra de pastor universal, os invito a uniros a esta iniciativa y secundar su propuesta mañana, viernes, 22 de agosto.

Nuestro tiempo está marcado por graves conflictos, tensiones y divisiones que hieren la dignidad de muchos inocentes. Ante esta realidad, los cristianos no podemos permanecer indiferentes: el ayuno y la oración son expresiones de nuestra fe y signos de solidaridad con quienes sufren, además de un clamor confiado a Dios para que cambie los corazones y abra caminos de diálogo y reconciliación.

Os invito a vivir este día de forma comunitaria y personal, allí donde os encontréis: en la Eucaristía, en el rezo del Rosario, en la adoración eucarística o en el silencio orante. También el sacrificio sencillo del ayuno, unido a nuestra súplica, será semilla de paz.

Que la Santísima Virgen María Reina acompañe nuestro esfuerzo y lo presente ante su Hijo, Príncipe de la Paz.

Con fraternal afecto en Cristo.

El Vicario General
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

Despedida del Sr. Obispo de la Diócesis

Soria, 29 de agosto de 2025

Queridos hermanos en el Señor:

Como ya conocéis, nuestro Obispo ha sido nombrado por el Santo Padre nuevo Pastor de la diócesis de Ciudad Real. Con sentimientos de gratitud y afecto, la diócesis de Osma-Soria desea acompañarlo en estos momentos de despedida y de inicio de su nueva misión episcopal.

Para ello, tendremos la oportunidad de reunirnos con él en torno a la Eucaristía, acción de gracias por su ministerio entre nosotros y ocasión para encomendarlo al Señor:

- Sábado, 20 de septiembre, 19:00h., Concatedral de San Pedro (Soria)
- Domingo, 21 de septiembre, 18:00h., Catedral de El Burgo de Osma

Asimismo, quienes lo deseen, podrán acompañarlo en su toma de posesión como Obispo de Ciudad Real, que tendrá lugar el:

- Sábado, 27 de septiembre, 11:00h., en la Catedral de Santa María del Prado (Ciudad Real)

Con este motivo, se pondrá a disposición un servicio de autobús que saldrá del Rincón de Bécquer (Soria) el mismo día 27 a las 5:00h. Los interesados podrán inscribirse antes del día 20 llamando al teléfono 630 77 87 01.

En los próximos días recibiréis los carteles para anunciar estas convocatorias.

Invito cordialmente a todos los diocesanos a participar en estas celebraciones, signo de comunión eclesial y de agradecimiento sincero a D. Abilio por su entrega generosa en nuestra Iglesia diocesana de Osma-Soria.

Con afecto en Cristo.

El Vicario General
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán



Curso de gestión económica parroquial

Soria, 9 de septiembre del 2025

Queridos sacerdotes:

Me dirijo a vosotros para presentaros una iniciativa formativa que considero de gran interés para la vida de nuestras comunidades parroquiales. Se trata del *Curso de gestión económica parroquial*, organizado por la Vicesecretaría para asuntos económicos de la Conferencia episcopal española.

El curso tiene como objetivo ofrecer una visión completa y práctica de la gestión económica en las parroquias, abarcando aspectos canónicos, jurídicos, contables, fiscales y de buen gobierno. Pretende capacitar tanto a los párrocos como a los miembros de los Consejos de asuntos económicos para desempeñar su tarea con mayor seguridad, transparencia y eficacia, al servicio de la misión de la Iglesia.

Se impartirá en el curso 2025-2026 en dos modalidades:

- *Presencial*, con sesiones semanales en Madrid de octubre a febrero.
- *Online*, con sesiones en horario de tarde de enero a mayo, abierta también a laicos que colaboran en la gestión parroquial.

El programa abarca temas tan importantes como la administración de los bienes eclesíásticos, la elaboración de presupuestos, la fiscalidad, la rendición de cuentas, la retribución del clero y la transparencia en la gestión. El carácter eminentemente práctico del curso ayudará a afrontar con criterios claros y herramientas útiles las situaciones cotidianas de nuestras parroquias.

La matrícula estará abierta en julio y septiembre, y el curso ofrece la posibilidad de obtener un diploma académico o un certificado de asistencia.

Os animo a valorar esta oportunidad de formación y que la extendáis a los laicos que colaboran con vosotros en la gestión económica de la parroquia. Adjunto a esta carta os envío el folleto informativo con todos los detalles prácticos.

Con afecto en el Señor.

El Vicario General
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán



SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

- Con fecha 1 de octubre de 2024 el Sr. Obispo nombró Capellán del Centro Residencial “Los Royales” de Soria a D. José Antonio Encabo Yagüe.
- Con fecha 2 de julio de 2025 el Sr. Obispo nombró párroco de Vinuesa y cura encargado de Salduero, Molinos de Duero, Montenegro de Cameros, El Royo, Vilviestre de los Nabos, Derroñadas, Hinojosa de la Sierra y Langosto a D. William Fernando Zárate Delgado.
- Con fecha 2 de julio de 2025 el Sr. Obispo nombró párroco de Los Rábanos, Tardajos, Luvia y Miranda de Duero a D. José Antonio Encabo Yagüe.
- Con fecha 2 de julio de 2025 el Sr. Obispo nombró a D. José Antonio Encabo Yagüe Capellán y Profesor de Religión Católica de la Facultad de Ciencias de la Educación en el Campus “Duques de Soria” de la Universidad de Valladolid.
- Con fecha 2 de julio de 2025 el Sr. Obispo nombró Capellán del Complejo Hospitalario de Soria al P. Francisco José Aisa Gamero, Sch. P.
- Con fecha 8 de septiembre el Sr. Obispo, como Administrador Diocesano, confirmó como Hermana Mayor de la Cofradía del Santo Entierro de Soria a D^a Yolanda Marina Gómez.

DECRETOS

- Con fecha 9 de julio el Sr. Obispo, como Administrador Diocesano de la Diócesis, confirmó por vía delegada las facultades propias del Vicario General y de los Vicarios episcopales.

AUTORIZACIONES

- Con fecha 29 de agosto el Sr. Obispo, como Administrador Diocesano, firmó la autorización de ministro extraordinario de la comunión de:
 - Sor María Elizabeth Monsalve Vásquez
 - Sor María Ramos Quintana Cuesta
- Con fecha 11 de septiembre el Sr. Obispo, como Administrador Diocesano, firmó la autorización de ministro extraordinario de la comunión de:
 - D. José Antonio García Granelli
 - D^a. Vicenta Carrillo Gómez
 - D^a. Dolores Rodrigo Gómez

- D. Alejo Gonzalo Capilla
- D^a. María Rosa Puente Flores
- D. José Antonio Rupérez Aguilera
- D^a. Consuelo Encabo Esteban
- D. Abel García Martínez
- D^a. Soledad Arranz Sotillos
- D^a. Petra Calzadilla Langa
- D^a. Casilda Arranz Santos

IN MEMORIAM

D. JULIÁN CALLEJO MATUTE

En la noche del día 8 de julio, falleció el presbítero diocesano Julián Callejo Matute en el Hospital Virgen del Mirón de Soria. El funeral corpore in sepulto tuvo lugar el jueves 10 de julio a las 12.00 h. en la iglesia parroquial de Valdeavellano de Tera y fue presidido por el Obispo Administrador Diocesano de Osma-Soria y Obispo electo de Ciudad Real, Mons. Abilio Martínez Varea.

Julián Callejo Matute nació el 7 de diciembre de 1947 en Valdeavellano de Tera. Cursó sus estudios eclesiásticos en el Seminario Diocesano de El Burgo de Osma. Fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1971 en su localidad natal por D. Teodoro Cardenal Fernández. Tras su ordenación, fue cura encargado de Yanguas y comarca, vicario parroquial de Duruelo de la Sierra, San Leonardo de Yagüe, Vadillo y Talveila. También fue nombrado párroco de Navaleno, El Burgo de Osma, Golmayo y en la ciudad de Soria de la UAP de San Pedro y UAP de San Francisco de Asís. Desde 2002, desarrolló las tareas de Canónigo Penitenciario de la Concatedral de San Pedro de Soria. También ejerció como delegado episcopal de liturgia y espiritualidad, miembro del consejo presbiteral y de pastoral, arcipreste y consiliario de la Unión Eucarística Reparadora y de la Acción Católica General en Soria.

D. FAUSTO NAFRÍA ROMERO

En la mañana del 11 de diciembre de 2025, fallecía en Soria, D. Fausto Nafría Romero. El funeral corpore insepulto tenía lugar al día siguiente en su pueblo natal, Boós, presidido por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán.

Fausto Nafría Romero nació el 28 de diciembre de 1932 en Boós (Soria). Realizó sus estudios eclesiásticos en el Seminario Diocesano "Santo Domingo de Guzmán" de El Burgo de Osma y fue ordenado sacerdote por Mons. Saturnino Rubio Montiel el 29 de junio de 1958. Tras su ordenación sacerdotal atendió las parroquias de Oncala y anejos. Posteriormente fue nombrado párroco de Monteagudo de las Vicarías, Valtueña, Fuentelmonge, Torlengua y Cañamaque.



FIESTAS DE PRECEPTO Y MOVIBLES EN 2026

Los preceptos comunes a toda España en 2026, es decir, aquellas solemnidades de la Iglesia en que hay obligación de participar en la Santa Misa (además de los domingos), son lo que se indican a continuación:

- 1 de enero: Santa María, Madre de Dios
- 6 de enero: Epifanía del Señor
- 19 de marzo: San José, esposo de la Virgen María
- 25 de julio: Santiago apóstol
- 15 de agosto: Asunción de la bienaventurada Virgen María
- 1 de noviembre: Todos los santos
- 8 de diciembre: Inmaculada Concepción
- 25 de diciembre: Natividad del Señor

Por otro lado, las fechas de las distintas celebraciones litúrgicas movibles son las siguientes:

- Bautismo del Señor: 11 de enero
- Miércoles de Ceniza: 18 de febrero
- Domingo de Resurrección: 5 de abril
- Ascensión del Señor: 17 de mayo
- Domingo de Pentecostés: 24 de mayo
- Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote: 28 de mayo
- Santísimo cuerpo y Sangre de Cristo: 7 de junio
- Sagrado Corazón de Jesús: 12 de junio
- Jesucristo, Rey del Universo: 22 de noviembre
- Domingo primero de Adviento: 29 de noviembre

Homilía en la Solemnidad de San Saturio

Concatedral, 2 de octubre de 2025

+ Vicente Jiménez Zamora
Arzobispo emérito de Zaragoza

“Al Santo Glorioso /himnos sin par / con dulces acentos / quiero cantar. / De su trono encumbrado de honor / un raudal nos envía de amor. / A honrar a Saturio, fieles, venid; / sus voces de cielo / presto seguid”. Con estos versos del himno en honor de san Saturio, con música de D. Oreste Camarça y letra de D. Ulpiano Vera, acudimos un año más a honrar a nuestro excelso Patrón en el día grande de su fiesta.

Saludo con particular afecto al Ilmo. Sr. Administrador Diocesano en Sede Vacante, D. Gabriel Ángel Rodríguez, por traslado de Mons. Abilio Martínez Varea a la Sede de Ciudad Real. Pedimos para el Sr. Administrador Diocesano que el Señor le ilumine y fortalezca en el ejercicio de su ministerio. Le felicitamos también por la predicación de la novena. Saludo al Sr. Abad de la Concatedral, al Sr. Capellán de san Saturio y a los miembros del Cabildo de esta S. I. Concatedral, mis queridos compañeros, con quienes he compartido tareas capitulares durante muchos años, que me han invitado fraternalmente un año más para presidir esta fiesta. Saludo a los sacerdotes, miembros de vida consagrada y fieles laicos.

Saludo con deferencia y respeto al Sr. Alcalde y Corporación del Excmo. Ayuntamiento de la ciudad de Soria; a la Excma. Diputación Provincial; a las Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades nacionales, autonómicas, provinciales y locales; a las Instituciones y Representaciones; a los Jurados y Juradas de Cuadrilla de las Fiestas de San Juan; a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado; a las Cofradías de Semana Santa; a la Capilla de Música de la Concatedral; a los Medios de Comunicación; y a quienes siguen la celebración a través de los canales 8 y 9 de Soria TV y del canal You Tube de la Diócesis.

Os manifiesto mi viva emoción y honda alegría al compartir con vosotros la fiesta de san Saturio. Soy ferviente devoto de san Saturio. He predicado la novena tres veces, los años 1977, 1994 y 2021. He presidido varios años la fiesta del Santo. ¡Cuántos recuerdos y cuánta gratitud se agolpan en mi corazón! Mi paso por Soria ha dejado en mí una huella indeleble, que no la borran los años. A Soria la llevo siempre en los labios y en el corazón y más cuando los sorianos vivimos fuera de la patria chica. Soria es un lugar de mi corazón.

Liturgia de la Palabra de Dios

La Palabra de Dios proclamada en esta Eucaristía ilumina la vida de nuestro Santo. Nuestro Patrón San Saturio vivió para Dios. La Palabra de Dios era para él como fuego ardiente en sus entrañas, que no podía contener y tenía que comunicar a sus gentes, empujándole a la evangelización y a la misión (cfr. Jr 20, 9); para él su vida y su pasión fue Cristo, hasta poder decir con san Pablo: “vivo yo, mas no yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 19-20); él encarnó en su existencia el mensaje de las bienaventuranzas del Reino (cfr. Mt 5, 1-11), especialmente la pobreza y el desprendimiento de sus bienes para entregarlos a los pobres.

Mensaje de san Saturio desde su ermita: llamada a la evangelización

La memoria histórica y la tradición viva es lo que otorga dignidad a un pueblo. El alma de los pueblos es su propia historia, y la historia de Soria va unida a san Saturio: un amor entrañado en el sentimiento familiar y devoto de nuestras gentes, en lo que se ha llamado, con acierto, “*saturianismo*”. Porque san Saturio vive en Soria, en su ambiente, en su paisaje, en sus costumbres y, sobre todo, en el corazón de sus paisanos. San Saturio es el primer vecino y el mejor hijo de Soria.

En estas fechas del dorado otoño soriano, la ermita del Santo, junto a las aguas tranquilas del viejo padre Duero, que reza y canta su “*eterna estrofa de agua*” (D. Gerardo Diego), se convierte en camino y meta de la devoción del pueblo soriano; en faro esplendente de luz que ilumina nuestros pasos; en remanso de paz espiritual, que serena el alma para escuchar mejor la voz de Dios, que nos llama a vivir el mensaje del Evangelio, encarnado en la figura y la vida de san Saturio, que llega a nosotros, después de siglos, como agua fresca de manantial.



¿Cuál es el mensaje, que en clave de permanente actualidad, nos pregona el Santo anacoreta? Sin duda es una fuerte llamada a la *evangelización y misión*; a la *sinodalidad misionera*.

Llamada a la evangelización y misión. La tradición soriana nos refiere que san Saturio se dirigía desde la cueva a los pueblos próximos a Soria a evangelizar a las gentes y a instruirles en la doctrina cristiana. Esta faceta de la vida del Santo, representada plásticamente en el mural del fondo de la capilla de la ermita, nos invita hoy a la evangelización, que es la dicha y la vocación de la Iglesia, como han afirmado los últimos Papas: san Pablo VI, san Juan Pablo II, Benedicto XVI, Francisco y ahora el Papa León XIV.

La llamada a la evangelización y a la misión se concreta en nuestra Diócesis de Osma-Soria en la Programación Pastoral para este curso 2025-2026, que se articula en torno a tres grandes objetivos que son también tres caminos:

- a. La conversión pastoral y misionera, para pasar de una pastoral de conservación a una pastoral de salida, abierta, acogedora y fraterna.
- b. La iniciación y la formación en la fe, para acompañar procesos que ayuden a crecer como discípulos de Jesús, desde la infancia hasta la madurez, con paciencia y cercanía.
- c. La renovación de las estructuras evangelizadoras, para que sean verdaderamente misioneras, más ágiles, más corresponsables y más atentas a los pobres y excluidos.

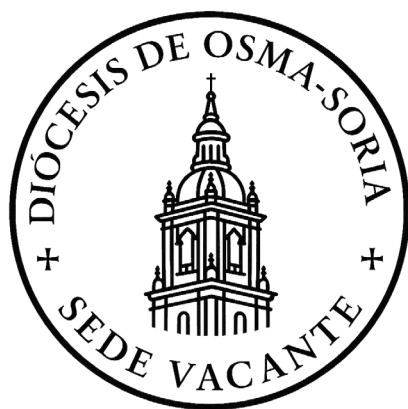
En definitiva, se trata de ser una Iglesia Diocesana que cuida a los *presentes* y que renueva la vida de nuestras comunidades cristianas y parroquias. Una Iglesia cercana a los *alejados* que acoge e integra a todos los que se sintieron parte de la comunidad y hoy viven su fe alejados de la Iglesia. Y una Iglesia enviada a los *ausentes*, que busca a aquellos a los que nunca se les ha anunciado la buena nueva del Evangelio. Es decir, tenemos que ser una *asamblea de llamados para la misión*. Nos debe mover el deseo de conversión para la misión.

Recordar a san Saturio en estos días del otoño soriano y, sobre todo, en el día grande de su fiesta, es volver a pasar por el corazón su figura y su vida. Es un ejercicio de gratitud del pueblo soriano y una manera de enlazar con nuestras raíces de fe, de avivar la llama del carisma que nos ha legado y de fecundar en lo posible las semillas de nuestros trabajos pastorales de hoy y de nuestros proyectos de futuro, en esta hora de la Iglesia pastoreada por el Sucesor de Pedro el Papa León XIV, que nos convoca, en la estela del Papa Francisco, a la *comunión* en la unidad y diversidad, a la *participación* de todos los bautizados en la *misión* de la Iglesia, a la luz del Documento Final del Sínodo, que orienta su aplicación e implementación hasta la Asamblea Eclesial en Roma en octubre del año 2028.

Acabamos poniendo bajo su mirada serena y manto protector las necesidades materiales y espirituales de esta ciudad de Soria, que es la suya; de nuestra Diócesis de Osma-Soria, en espera de un nuevo Obispo y Pastor.

Concluyo con una invocación. Glorioso Patrón san Saturio: aquí nos tienes a los sorianos, tus paisanos y vecinos. Te pedimos que, desde el cielo donde moras, seas faro de luz esplendente de Evangelio siempre vivo; que bendigas a todos tus hijos, los que viven en esta

tierra bendita de Soria y los que vivimos fuera de ella, pero que te llevamos en el alma y en el corazón. Espéranos en la gloria del cielo para cantar eternamente las alabanzas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.



ADMINISTRADOR DIOCESANO



NOTA

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán elegido Administrador diocesano de Osma-Soria

El pasado 27 de septiembre, con la toma de posesión de la diócesis de Ciudad Real de D. Abilio Martínez Varea, la diócesis de Osma-Soria ha quedado en situación de sede vacante. Por este motivo, el lunes 29 de septiembre a las 10.00h. se ha reunido en la Casa diocesana de Soria el Colegio de consultores de la diócesis para proceder a la elección del Administrador diocesano que se hará cargo de la diócesis de forma interina hasta que el Papa nombre un nuevo Obispo diocesano.

Estando presentes todos los miembros del Colegio de consultores, tras haber pedido la luz del Santo Espíritu y haber recordado las competencias del citado Colegio, resultó elegido para el cargo el actual Vicario General, D. Gabriel-Ángel Rodríguez Millán que, tras aceptar, emitió la preceptiva profesión de fe y el juramento de fidelidad ante los santos Evangelios y los miembros del Colegio.

Biografía.- Gabriel-Ángel Rodríguez Millán nació en Vinuesa (Soria) el 24 de marzo de 1970. Hizo los estudios eclesiásticos en el Seminario de El Burgo de Osma y fue ordenado sacerdote en la Catedral de El Burgo de Osma el 11 de diciembre de 1994. Entre los años 1995 y 1997 hizo la Licenciatura en Filosofía en la Universidad Gregoriana de Roma. Al regresar a la Diócesis fue nombrado Profesor de Filosofía del Seminario y Secretario de estudios, al tiempo que atendía pastoralmente algunas parroquias de la zona de San Esteban de Gormaz. En 1998 fue nuevamente enviado a Roma donde hizo la carrera diplomática en la Pontificia Academia Eclesiástica y se doctoró en Derecho Canónico en la Pontificia Universidad Gregoriana con una tesis sobre la naturaleza de la autoridad de las Conferencias episcopales. Nuevamente en la Diócesis, y tras un breve período en la Parroquia de Arcos de Jalón, en 2003 fue nombrado Director espiritual del Seminario y profesor del mismo. Entre los años 2008 y 2018 fue Rector del Seminario diocesano; desde 2009 es Vicario General de la Diócesis. En el último período de sede vacante (2016-2017) desempeñó el cargo de Administrador diocesano.

DECRETOS

Decreto de confirmación de cargos

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, Administrador Diocesano de Osma-Soria; no queriendo alterar el funcionamiento de nuestra Diócesis en esta etapa de sede vacante (c. 428 § 1º), a no ser que lo exigiere una verdadera necesidad; por el presente,

DECRETO

1. Confirmar en sus cargos a todos cuantos los poseyeran al quedar vacante la Diócesis, en las mismas condiciones, con las mismas facultades y obligaciones con las que venían desempeñándolas.
2. Ratificar en lo que dependiere de esta Administración Diocesana el uso de licencias ministeriales y demás gracias y concesiones en el tenor y forma en

que hayan sido concedidas anteriormente, reservándome su derogación, si lo estimara conveniente para el bien de la Iglesia.

3. Disponer que en las preces de la Santa Misa se incluya una petición implorando la designación de un nuevo Obispo para nuestra Diócesis.

Dado en Soria, a 29 de septiembre de 2025.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

ADMINISTRADOR DIOCESANO, S.V.

Por mandato de Su Ilma.,

Víctor Otín Gonzalo

Canciller-Secretario General



Comunicación de la Conferencia episcopal



CONFERENCIA
EPISCOPAL
ESPAÑOLA

FRANCISCO CÉSAR GARCÍA MAGÁN

Obispo Auxiliar de Toledo
SECRETARIO GENERAL

Madrid, 29 de septiembre de 2025

Estimado en el Señor:

Al recibir la noticia de su elección como Administrador Diocesano de Osma-Soria, le felicito cordialmente en nombre del señor Arzobispo Presidente, de todos los señores Obispos miembros de la Conferencia Episcopal Española y en el mío propio. Al mismo tiempo pedimos para usted la luz, la fortaleza y la gracia del Espíritu Santo para que sirva con acierto y con muchos frutos pastorales y apostólicos a esa parcela del Pueblo de Dios durante el tiempo que Él tenga determinado.

Como sabe, desde este momento, forma usted parte de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, con voto en todas las cuestiones que se propongan, excepto la aprobación de documentos de carácter doctrinal.

Con frecuencia recibirá los envíos destinados a los señores Obispos.

Aprovecho la ocasión para saludarle con todo afecto en el Señor.

✠ Francisco César García Magán
Obispo Auxiliar de Toledo
Secretario General de la Conferencia Episcopal Española

Ilustrísimo señor don Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano de Osma-Soria
EL BURGO DE OSMÁ (Soria)

Comunicación de la Santa Sede



DICASTERIUM
PRO EPISCOPIIS

E Civitate Vaticana, 7 Octobris 2025

Prot. N. 629/2025

Rev.me Domine,

Libenti animo hoc Dicasterium accepit Te istius Ecclesiae Administratorem dioecesanum electum fuisse et rite tuam electionem in actis huius Secretariae adnotavit.

Dum Tibi Dicasterium de clara, qua effectus es, aestimatione gratulatur, spem certam fovet Te administratione Ecclesiae iuxta can. 427 C.I.C. suscepta - sedulo curaturum ne quid depositum fidei et canonica disciplina detrimenti patiantur, atque ut sede vacante nihil innovetur et Ecclesiae leges sancte ab omnibus servantur.

Haec Tibi pro munere commendans, omnia fausta ex animo adprecior ut de ista Ecclesia sis bene meriturus.

Quo par est obsequio me profiteor

in Domino add.mum

d. Joannes Kováč
Subsecretarius

Rev.mo Domino
D. Gabrieli Angelo RODRÍGUEZ MILLÁN
Administratori dioecesano Oxomensis-Soriano



COMUNICACIONES

En el inicio del ministerio como Administrador diocesano

Soria, 29 de septiembre de 2025

Queridos hermanos en el Señor:

Con espíritu de sencillez y de confianza me dirijo a vosotros en estos días en que nuestra Diócesis comienza a caminar en sede vacante, tras la marcha de D. Abilio, a quien agradecemos su servicio pastoral y su entrega generosa.

El Colegio de consultores me ha confiado la responsabilidad de desempeñar el oficio de Administrador diocesano hasta que el Santo Padre designe al nuevo pastor que guiará nuestra diócesis. Acepto esta misión con humildad y con la certeza de que el verdadero Pastor y Esposo de la Iglesia es Cristo, que no abandona nunca a su pueblo.

Este tiempo que atravesamos no es un paréntesis ni un vacío, sino un tiempo de gracia en el que el Señor nos invita a fortalecer la comunión, a cuidar la vida de nuestras comunidades y a sostenernos mutuamente en la fe. La Iglesia sigue siendo madre que celebra la Eucaristía, que anuncia la Palabra, que acompaña a los pobres, que educa a los niños y jóvenes, que consuela a los enfermos y anima a las familias.

Os invito a la oración perseverante: por nuestra diócesis, para que se mantenga unida y viva y, de modo particular, por el Papa León, que en su momento enviará a nuestra Iglesia el obispo que mejor pueda servirnos. Pidamos al Espíritu Santo que lo ilumine en este discernimiento y que no tarde en concedernos el pastor que tanto anhelamos.

Queridos hermanos, caminemos estos meses con serenidad y confianza. Vivámoslos como una oportunidad para crecer en la corresponsabilidad, para sentir más nuestra diócesis como “casa común”, y para abrirnos con disponibilidad al nuevo pastor que el Señor nos regalará. Mientras tanto, recordemos que la barca de la Iglesia nunca está a la deriva: Cristo está en medio de nosotros y su Espíritu sostiene nuestro camino.

Pongo este tiempo y a cada uno de vosotros bajo la protección maternal de la Virgen María, Madre de la Iglesia, y confío a la intercesión de nuestros santos patronos la vida de nuestra diócesis. Que ellos nos acompañen en este tránsito y nos ayuden a mantener viva la esperanza.

En Cristo, nuestro Buen Pastor.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

ADMINISTRADOR DIOCESANO, S.V.

Encuentro sacerdotal en el inicio del curso pastoral

Soria, 3 de octubre de 2025

Queridos hermanos sacerdotes:

Con el inicio de este nuevo curso pastoral os convoco a la primera sesión de la formación permanente del clero, que tendrá lugar el próximo miércoles, 15 de octubre, en la Casa diocesana de Soria.

Este año, las sesiones de formación estarán dedicadas al estudio y profundización del *Directorio para la catequesis* (2020), con el deseo de que nos ayude a renovar la dimensión evangelizadora de nuestras comunidades. En esta primera sesión (y en las siguientes) nos acompañará D. Juan Sebastián Teruel Pérez, sacerdote de la archidiócesis de Zaragoza y profesor de catequética en el Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón (CRETA), que introducirá los fundamentos teológicos y pastorales del *Directorio*.

El ritmo del encuentro será el siguiente:

10:30 h. Acogida y oración

11:00 h. Ponencia: *El Directorio para la catequesis: introducción general y 1ª parte* (I)

12:15 h. Café-descanso

12:45 h. Ponencia: *El Directorio para la catequesis: introducción general y 1ª parte* (II)

13:45 h. Descanso

14:00 h. Comida

Os ruego que antes del viernes 10 comunicéis a vuestros arciprestes si os quedaréis a comer en la Casa diocesana, de manera que estos puedan trasladarlo al Delegado del clero.

Con el deseo de que este tiempo de reflexión y comunión nos ayude a crecer en nuestro servicio pastoral, os envío un cordial saludo en el Señor.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

ADMINISTRADOR DIOCESANO, S.V.

Carta de acción de gracias por el 100º cumpleaños de D. José Sotillos Martínez

Soria, 9 de octubre de 2025

Querido D. José:

Al llegar a tus cien años de vida, quisiera dar gracias: a Dios, por tu larga existencia, y a ti por haberla vivido con una fidelidad tan hermosa y tan fecunda.

Tu historia es una parábola viva de vocación y de entrega. Desde joven, tu compromiso



con la Iglesia fue constante (en la Acción Católica, en la vida parroquial, en el servicio a todos). Luego, el amor humano llenó tu vida en el matrimonio y en la paternidad: cinco hijas, nietos, bisnietos..., una familia que sigue siendo hoy tu alegría más grande.

Pero el Señor, que nunca deja de sorprender, te llamó una vez más, cuando muchos piensan que ya no hay caminos nuevos. Tras la muerte de tu esposa, supiste escuchar su voz y responder con la misma generosidad de siempre. Tenías setenta y dos años cuando fuiste ordenado sacerdote, y desde entonces, durante más de un cuarto de siglo, has ejercido el ministerio con humildad, ternura y sabiduría.

Has sido sacerdote y padre, abuelo y pastor, testigo de que el amor de Dios no conoce fronteras de edad ni de biografía. En ti, muchos hemos visto cómo la vocación puede florecer incluso cuando parece que el tiempo se ha cumplido; cómo el Evangelio puede hacerse carne en una vida sencilla, tejida de trabajo, familia y fe.

Hoy celebramos no solo tus cien años, sino todo lo que has sembrado en nosotros: la fe, la alegría, la ternura, la confianza en Dios. Gracias por enseñarnos que nunca es tarde para responder al amor, que la vida tiene siempre capítulos nuevos, y que el servicio, cuando nace del corazón, rejuvenece el alma. Tu historia seguirá inspirando a muchos; nosotros, tus amigos, tu familia y tu diócesis, la llevamos escrita en el alma con gratitud y cariño.

Con un abrazo grande y agradecido.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

ADMINISTRADOR DIOCESANO, S.V.

Carta a los sacerdotes con motivo del Día de la Iglesia diocesana 2025

Soria, 21 de octubre de 2025

Queridos hermanos en el sacerdocio:

El domingo 9 de noviembre celebraremos el Día de la Iglesia diocesana, que este año lleva por lema "Tú también puedes ser santo". Coincide, como sabéis, con la fiesta de la Dedicación de la Basílica de Letrán, madre y cabeza de todas las Iglesias, signo visible de comunión con el Santo Padre y con toda la Iglesia.

Esta jornada nos recuerda que no somos cristianos aislados, sino miembros de una misma familia, unidos por la fe y sostenidos por el Espíritu Santo. El lema de este año nos invita a redescubrir la llamada universal a la santidad: una santidad posible, cercana, cotidiana, vivida en la familia, en el trabajo, en el servicio a los demás y en la entrega pastoral.

Os invito a que en vuestras comunidades animéis a los fieles a participar con gratitud y compromiso en esta jornada. Que nuestras celebraciones de ese día sean una acción de gracias por la Iglesia diocesana (por su historia, sus comunidades, sus obras y sus personas) y una llamada a colaborar con generosidad, también en la colecta, en el sostenimiento de la misión común.

Podéis ayudar a los fieles a descubrir que la Iglesia se edifica con piedras vivas, y que cada bautizado, con su oración, su tiempo y su testimonio, es parte esencial de este templo santo que Dios construye en nuestra diócesis.

Gracias, hermanos, por vuestro ministerio fiel, por la comunión que cultiváis y por vuestro servicio cotidiano, muchas veces silencioso. Que este Día de la Iglesia diocesana renueve en todos nosotros la alegría de caminar juntos hacia la santidad.

Con afecto en el Señor.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

ADMINISTRADOR DIOCESANO, S.V.

Exhortación apostólica *Dilexi te* de León XIV

Soria, 30 de octubre de 2025

Queridos hermanos:

Con gozo os envío la Exhortación apostólica *Dilexi te*, que el Santo Padre León XIV ha querido dirigir a toda la Iglesia. Su título (“Te he amado”) expresa bien el corazón del mensaje que el Papa nos ofrece: un retorno a la fuente del amor que sostiene toda vocación y todo servicio eclesial.

En este tiempo en que nuestra diócesis vive la espera confiada de un nuevo pastor, *Dilexi te* llega como una palabra oportuna. Nos recuerda que la renovación pastoral y misionera no comienza con estrategias ni estructuras, sino con corazones renovados por el amor de Cristo.

Os invito a acoger este texto como una ocasión de oración, de revisión de vida y de comunión fraterna. León XIV nos habla con un tono sereno y exigente. Nos llama a cuidar la intimidad con el Señor, a vivir la pobreza con alegría, a servir a los más pobres con ternura y a fortalecer la fraternidad como signo visible del amor de Dios en medio del pueblo. Son palabras que iluminan nuestra vida presbiteral y consagrada y nos animan a seguir edificando la Iglesia diocesana sobre la roca del amor que no pasa.

Os animo a leer la Exhortación pausadamente, quizá en grupos arciprestales o en encuentros fraternos, dejando que el Espíritu hable a cada uno. El amor de Cristo, del que vive el sacerdote y el consagrado, no se improvisa: se cultiva en la oración, se alimenta en la Eucaristía y se expresa en la entrega cotidiana.

Que el ejemplo de San Pedro de Osma, nuestro patrono, nos ayude a servir con humildad y esperanza, y que la Virgen María nos guarde en el amor fiel a su Hijo.

Con afecto y oración fraterna,

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

ADMINISTRADOR DIOCESANO, S.V.



Envío de las actas del Encuentro de Iglesia en Castilla 2025

Soria, 13 de noviembre de 2025

Queridos hermanos en el sacerdocio:

Os hago llegar el cuadernillo correspondiente al XLII Encuentro de Obispos, Vicarios y Arciprestes de Iglesia en Castilla, celebrado en Ávila los días 10 y 11 de marzo de 2025, bajo el lema *La conversión pastoral y misionera. Una llamada a la renovación del estilo pastoral y de las estructuras evangelizadoras. II: Interpretar.*

Este material recoge las intervenciones, la lectio divina, la ponencia teológica, los trabajos de los grupos y las conclusiones del Encuentro. Su lectura sosegada puede ayudarnos a continuar, también en nuestras parroquias y arciprestazgos, el camino común de discernimiento en el que estamos comprometidos como Iglesia en Castilla.

Os invito a acogerlo como un instrumento de reflexión personal y pastoral, y a integrarlo en las dinámicas sinodales y de formación que cada uno consideréis oportunas.

Con afecto fraterno y agradecido por vuestro servicio, os envío un cordial saludo en el Señor.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

ADMINISTRADOR DIOCESANO, S.V.

Convocatoria anual de ayudas para la rehabilitación de templos

Soria, 13 de noviembre de 2025

Queridos hermanos:

Anualmente el Obispado lleva a cabo una convocatoria de ayudas para obras de rehabilitación en iglesias, ermitas, cementerios y casas parroquiales, con el ánimo de planificar de forma más ordenada las diversas intervenciones que se ejecutan en la Diócesis.

Es conveniente que la tramitación se haga cuanto antes para que, en la medida de lo posible, las obras puedan ejecutarse en primavera, pues durante el verano las constructoras tienen mucho volumen de trabajo.

En adjunto, os envío las bases a tener en cuenta sobre el procedimiento que debe seguirse en la tramitación de la solicitud de estas ayudas.

A vuestra disposición.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

ADMINISTRADOR DIOCESANO, S.V.

BASES

de la convocatoria de ayudas para la rehabilitación de templos 2025-2026

Primera. Presentación de las solicitudes

Todas las intervenciones que se quieran realizar en el año 2026 se presentarán entre el 14 de noviembre y el 31 de enero próximo. Se enviarán a la Delegación de patrimonio en ese periodo de tiempo por correo ordinario (c/ Mayor 42, 42300 El Burgo de Osma, Soria) y en PDF (patrimonio@osma-soria.org). En la solicitud enviada por email se incorporarán fotos de los edificios a intervenir. No se concederán ayudas en 2026 a aquellas solicitudes realizadas fuera del plazo establecido.

Segunda. Resolución de las ayudas

La Comisión de patrimonio / CAE resolverán sobre las ayudas solicitadas en febrero de 2026 y se comunicará a los párrocos la resolución, los cuales deberán ejecutar y justificar documentalmente la obra antes del 1 de diciembre de 2026 para no perder la subvención concedida.

Tercera. Cuantía de las ayudas

Teniendo presente el proceso de reforma emprendido por la Diócesis, la subvención (IVA incluido) que se otorgue estará en relación, entre otros criterios, a la capacidad económica real de la parroquia.

Cuarta. Solicitud de permisos

Independientemente de si se solicita una subvención o no al Obispado, es preceptivo solicitar autorización para ejecutar cualquier obra. Igualmente se debe contar con la autorización del Ayuntamiento local solicitando la Declaración responsable o Licencia de obras. Si, además, se interviene en un Bien de Interés Cultural (BIC) o que contenga estelas o escudos, se solicitará esa autorización a la Administración competente (Servicio territorial de cultura, turismo y deporte de la Junta de Castilla y León en Soria), pero siempre tras haber obtenido el permiso de la Comisión de patrimonio / CAE del Obispado.

Quinta. Inspección

La Comisión de patrimonio y sus técnicos llevarán a cabo el seguimiento de las actividades subvencionadas, así como de los justificantes que considere necesarios.

Sexta. Publicidad

Para su necesaria publicidad y posibilitar así la concurrencia y la igualdad de trato, la presente convocatoria se envía a los sacerdotes en activo, y se publicará en el BOO.



Clausura del Año jubilar de la esperanza

Soria, 11 de diciembre de 2025

Queridos hermanos sacerdotes:

Al acercarnos al final del Año jubilar de la esperanza que hemos vivido en nuestra diócesis, deseo dirigirme a vosotros con gratitud y cercanía para invitaros a participar y a convocar a vuestras comunidades parroquiales a las celebraciones de clausura.

Este tiempo jubilar ha sido para todos una llamada a renovar la confianza en el Señor, a reavivar la esperanza cristiana y a caminar juntos como Iglesia diocesana. Por ello, la clausura quiere ser un momento profundamente eclesial, de acción de gracias y de envío.

Las misas de clausura tendrán lugar en las siguientes fechas:

Sábado 27 de diciembre, a las 18:00 h. Concatedral de Soria

Domingo 28 de diciembre, a las 12:00 h. Catedral de El Burgo de Osma

Os animo a participar en estas celebraciones y a facilitar la presencia de los fieles de vuestras parroquias, para que juntos podamos cerrar este Año jubilar poniendo en manos del Señor los frutos recogidos y las esperanzas que aún nos sostienen.

Agradezco vuestra entrega generosa y vuestro servicio fiel al Pueblo de Dios, y os encomiendo al Señor, pidiéndole que siga fortaleciendo nuestra comunión y nuestra misión.

Con afecto fraterno, os saludo en Cristo.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

ADMINISTRADOR DIOCESANO, S.V.

HOMILÍAS

Homilía en la memoria de San Francisco de Asís

Parroquia de San Francisco (Soria), 4 de octubre de 2025

Queridos hermanos:

Hoy nuestra parroquia está de fiesta grande. No celebramos a un santo cualquiera, sino a nuestro patrono y titular, San Francisco de Asís. Esto significa que su vida y su testimonio no son sólo un recuerdo bonito del pasado, sino un espejo en el que mirarnos, una brújula que señala el rumbo de esta comunidad. Tener como titular a san Francisco es una gracia, pero también una llamada: el Señor nos confía la misión de vivir y anunciar el Evangelio con el mismo espíritu que él.

La memoria de San Francisco de Asís nos sitúa siempre ante la frescura del Evangelio. No es un santo lejano ni decorativo; es un hermano que, con su vida, sigue interpelando la nuestra. No podemos quedarnos en la imagen simpática del hombre que hablaba con los animales o componía cantos a la naturaleza. Francisco fue mucho más: fue un hombre que se dejó transformar por Cristo crucificado, hasta reproducir en su carne las huellas de su amor.

La primera lectura, de la carta a los Gálatas, nos lo recuerda: *“Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”*. Esa fue también la pasión de Francisco: gloriarse sólo en la cruz. Allí descubrió que el amor de Cristo es más fuerte que el pecado, que la verdadera libertad no está en acumular sino en entregarse, que la vida adquiere sentido cuando se apoya en Dios y no en las riquezas.

El salmo resuena como un eco de su experiencia: *“Tú, Señor, eres el lote de mi heredad”*. Francisco pudo pronunciarlo con verdad, porque renunció a todo lo que el mundo le ofrecía, incluso a los bienes de su familia, y se abandonó en las manos de Dios. Y fue entonces, en esa aparente pobreza, cuando descubrió la alegría más plena. Lo que a ojos del mundo era pérdida, para él se convirtió en herencia infinita.

El Evangelio nos trae las palabras de Jesús: *“Te alabo, Padre, porque has revelado estas cosas a la gente sencilla”*. He aquí la clave de Francisco: fue un hombre sencillo, transparente, humilde. No pretendió ser más que los demás; al contrario, quiso ser “hermano menor”. Y en esa pequeñez encontró la sabiduría de Dios.

Pero, ¿qué significa para nosotros vivir hoy a la manera de Francisco?

Significa, ante todo, aprender a mirar la vida con otros ojos. Vivimos rodeados de estímulos que nos empujan a consumir más, a acumular, a creer que valemos por lo que tenemos. Francisco nos recuerda que la verdadera riqueza es otra: es saberse hijo de Dios, es descubrir la vida como don. Cuando uno entiende esto, ya no necesita tanto para ser feliz. Una casa sencilla, una mesa compartida, un corazón agradecido..., todo eso basta y sobra.

Significa también recuperar el asombro por la creación. Francisco llamaba hermanos al sol y a la luna, a la tierra y al agua. No era ingenuidad, era fe: veía en todo un reflejo del Creador. Nosotros, que tantas veces tratamos la tierra como un objeto de usar y tirar, estamos invitados a reconciliarnos con ella. Cada vez que cuidamos de los recursos, cada vez que respetamos el entorno, estamos cantando, como Francisco, un “loado seas, mi Señor”.

Significa, además, apostar por la fraternidad verdadera. Francisco abrazó al leproso, al marginado de su tiempo, y en ese gesto descubrió a Cristo vivo. Nosotros también tenemos “leproso” hoy: los descartados de la sociedad, los migrantes, los pobres que viven a nuestro lado, las personas que no cuentan. Celebrar a Francisco es atrevernos a mirar a esos hermanos y decirles, no con palabras sino con gestos: “tú me importas, contigo quiero caminar”.

Significa, finalmente, ser constructores de paz. Francisco fue un hombre reconciliado: con Dios, con los hombres, consigo mismo y con la naturaleza. La paz que él llevaba no era ausencia de problemas, sino fruto de vivir en Cristo. ¿Y nosotros? ¿Qué hacemos cuando en nuestra familia hay tensiones, cuando en la parroquia surgen diferencias, cuando en el trabajo hay roces? Podemos responder con orgullo o con humildad. Podemos sembrar división o podemos sembrar paz. El espíritu de Francisco nos empuja a la segunda opción: ser



instrumentos de paz, allí donde el mundo está herido.

Todo esto no es fácil, hermanos. Requiere un cambio de corazón, una conversión que nos haga pasar de la lógica del “tener” a la lógica del “ser”; de la lógica del “yo primero” a la lógica del “todos somos hermanos”. Pero ese camino no es una carga imposible. Jesús mismo lo ha dicho en el Evangelio de hoy: *“Venid a mí los cansados y agobiados, y yo os aliviaré”*. Francisco pudo vivir así no porque fuera un héroe, sino porque descansó en Cristo.

Por eso, al celebrar hoy su memoria, no basta con admirarlo desde lejos. Tenemos que dejarnos contagiar por su modo de vivir. Que su ejemplo nos impulse a vivir con más sencillez, a cuidar con cariño de la creación, a acercarnos sin miedo a los pobres, a reconciliarnos con quienes nos rodean y a sembrar paz.

Y esto, hermanos, tiene un matiz especial aquí, en esta parroquia de San Francisco de Asís. Porque no sólo celebramos su fiesta: llevamos su nombre. Él es nuestro patrono, nuestro referente, nuestra identidad. Y eso significa que el Señor nos pide ser una comunidad marcada por la sencillez, la alegría, la fraternidad y la paz. Que todo el que entre por las puertas de esta iglesia pueda sentir ese espíritu franciscano: acogida, cercanía, servicio.

Quisiera terminar haciendo también una mención agradecida a quienes, entre nosotros, siguiendo de algún modo la sensibilidad franciscana, dedican su vida al cuidado de los animales, en especial a los veterinarios que nos acompañan en esta celebración. Su tarea es un reflejo concreto de ese amor y respeto por la creación que san Francisco vivió con tanta intensidad. Cuidar de los animales no es sólo una profesión, es también un servicio a la vida y, en cierto modo, a la fraternidad universal. Que el Señor bendiga su trabajo y lo convierta en signo de esperanza y de respeto por todo ser creado.

Que San Francisco interceda por nosotros, para que esta parroquia no sea sólo un lugar de culto, sino también una escuela de vida evangélica, un espacio de fraternidad y de esperanza. Que cada uno de nosotros, como él, pueda repetir de corazón: *“Tú, Señor, eres mi heredad”*. Y que toda la comunidad, guiada por su testimonio, pueda cantar con alegría: *“Loado seas, mi Señor”*. Amén.

Homilía en la memoria del beato Juan de Palafox y Mendoza

Catedral, 6 de octubre de 2025

Queridos hermanos:

Hoy la Iglesia nos invita a dar gracias a Dios por la figura del beato Juan de Palafox y Mendoza, obispo, pastor fiel y testigo luminoso del Evangelio. Celebramos su memoria no como quien mira una reliquia del pasado, sino como quien se reconoce acompañado y alentado por un hermano mayor en la fe, que sigue intercediendo por nosotros y mostrándonos un camino de fidelidad al Señor.

Palafox nació en Fitero, Navarra, en 1600 y, como tantos otros santos, no fue desde niño un modelo de virtudes. Vivió una juventud con errores y vanidades, hasta que la gracia de Dios lo alcanzó y le cambió el corazón. Esa experiencia de conversión marcó toda su vida:

entendió que ser discípulo de Cristo significa dejarse transformar, ponerse en camino, aprender a vivir no para uno mismo, sino para el Señor y para los hermanos. Ordenado sacerdote, fue enviado como obispo a Puebla de los Ángeles, en México, donde desplegó un trabajo impresionante por su entrega, su cercanía y su amor a la justicia. También le tocó asumir tareas de gobierno civil, y allí mostró que es posible servir con rectitud, buscando siempre el bien del pueblo antes que los intereses personales.

Más tarde, en 1654, tomó posesión del obispado de Osma, donde entregó los últimos años de su vida. Murió en El Burgo de Osma el 1 de octubre de 1659, en pobreza evangélica, dejando tras de sí el recuerdo de un pastor que se gastó por entero. El cabildo lo enterró “de limosna”, porque había muerto sin bienes, después de haberlo dado todo. Y precisamente por eso su recuerdo perdura: porque se cumplió en él la promesa del salmo que hoy hemos repetido con fe: *“El justo jamás vacilará, su recuerdo será perpetuo”*.

Para nosotros, esta celebración tiene un significado aún más profundo. Aquí, en esta misma capilla, descansan sus restos, en la catedral que él amó y donde sirvió como pastor fiel. Desde este mismo lugar en el que vivió, oró, predicó y murió, su figura sigue hablándonos al corazón. Y fue precisamente aquí donde la Iglesia, siglos después, reconoció oficialmente la santidad de su vida al proclamarlo beato. En este templo, que guarda su sepulcro, su presencia sigue siendo una llamada silenciosa y constante a la fidelidad, al servicio y a la santidad.

Las lecturas de la liturgia nos ayudan a penetrar en el corazón de este hombre de Dios. En la primera carta a los Tesalonicenses, san Pablo describe cómo debe ser el anuncio del Evangelio: no buscando intereses propios ni honores humanos, sino con sinceridad, con entrega, con un amor tan grande que lleva a compartir no sólo la Palabra de Dios, sino también la propia vida. ¿No es esta una descripción perfecta de lo que fue el ministerio del beato Palafox? Un obispo que predicó sin miedo, que gobernó con rectitud, que se entregó con ternura y fortaleza a su pueblo, que cuidó de sus sacerdotes y de sus fieles como un padre cuida de sus hijos.

El Evangelio nos ha recordado las palabras de Jesús: *“Permaneced en mi amor”*. Esa fue la fuente de la fecundidad del beato Palafox. Permaneció en el amor de Cristo. En medio de tareas de gobierno complicadas, en medio de incomprendiones, en medio de luchas internas y externas, nunca dejó de apoyarse en ese amor más grande que sostiene y da sentido a todo. Permanecer en el amor de Cristo le hizo fuerte, le hizo libre, le hizo capaz de gastar la vida hasta el final. Y de ese amor brotó todo lo demás: su pasión por la justicia, su dedicación a los pobres, su impulso a la educación y a la cultura, su fidelidad a la Iglesia, su austeridad personal.

Hermanos, celebrar hoy a este beato obispo es una llamada también para nosotros. Porque no se trata de admirar a un personaje de otros tiempos, sino de dejarnos interpelar por su ejemplo. Él nos recuerda que la santidad no es un ideal lejano, sino un camino concreto y posible, hecho de fidelidad diaria, de amor sincero, de servicio humilde. Nos recuerda que la Iglesia necesita pastores y laicos con corazón grande, que no busquen honores ni privilegios, sino que se entreguen por amor al Señor y a los hermanos. Nos recuerda que no se puede anunciar el Evangelio sin compartir la vida, sin tocar la pobreza del otro, sin abrirse al dolor de los más débiles.

Y su mensaje sigue siendo actual. En un mundo marcado por la búsqueda de poder,



de riqueza y de éxito, Palafox nos grita con su vida que sólo Cristo basta, que la verdadera grandeza está en permanecer en su amor y en servir con generosidad. En una sociedad que corre el riesgo de olvidar a los últimos, él nos señala que el rostro de Cristo se encuentra en los pobres, en los que no cuentan. En una Iglesia llamada hoy a la conversión pastoral y a ser más misionera, su ejemplo nos anima a anunciar el Evangelio con audacia, con transparencia y con alegría.

Hermanos, al acercarnos ahora al altar, lo hacemos sabiendo que aquí está la fuente de toda santidad y de toda entrega. En cada Eucaristía, Cristo vuelve a darse por nosotros, como hizo el beato Juan de Palafox durante toda su vida. Aquí encontró él la fuerza para servir, la luz para discernir y el consuelo para seguir adelante en medio de las pruebas.

También nosotros venimos a esta mesa para dejarnos renovar por el mismo amor. Que el Cuerpo y la Sangre del Señor nos enciendan en el deseo de vivir con la misma fidelidad, de servir con el mismo ardor, de amar con el mismo corazón. Y que, unidos al beato Palafox, cuya memoria sigue viva entre nosotros, sepamos ser testigos alegres del Evangelio. Que su ejemplo nos impulse a permanecer siempre en el amor de Cristo, y que un día podamos compartir con él la alegría sin fin en el Reino de los cielos. Amén.

Homilía en la Jornada por el trabajo decente

Iglesia del Carmen (Soria), 7 de octubre de 2025

Queridos hermanos:

Hoy, en esta Jornada por el trabajo decente, la Iglesia nos invita a mirar con otros ojos algo tan habitual, tan cotidiano, que muchas veces pasa desapercibido: el trabajo. Nos levantamos, salimos, cumplimos con nuestras tareas, volvemos cansados..., y casi sin darnos cuenta, el trabajo llena gran parte de nuestras vidas. Pero, ¿nos hemos parado a pensar qué significa realmente trabajar?

Trabajar no es sólo ganar un sueldo o cumplir un horario. Es una forma concreta de construir, de colaborar con Dios en su obra creadora. En cada tarea honrada (en el campo, en la fábrica, en el aula, en el hospital o en el hogar) hay algo sagrado, porque en cada una se sigue prolongando ese gesto primero de Dios que, al crear, vio que todo era bueno.

El libro del Génesis nos presenta a un Dios que trabaja con las manos, que organiza el caos, que da forma, que siembra vida. Y cuando termina, contempla su obra y la bendice. Ese relato no es una historia antigua: es un espejo. Porque en ese Dios trabajador nos reconocemos nosotros, creados a su imagen. Somos llamados a cuidar, cultivar y continuar su creación.

Por eso, todo trabajo bien hecho (el del agricultor, el del albañil, el del médico, el del ama de casa, el del maestro, el del barrendero, el del abogado) tiene una dignidad inmensa. No hay trabajos pequeños cuando se hacen con amor y al servicio del bien común. El problema es cuando olvidamos eso y el trabajo se convierte sólo en obligación o en carga. Entonces se vacía de sentido. Pero cuando trabajamos con conciencia y gratitud, el trabajo nos humaniza, nos hace más semejantes a Dios.

El salmo de hoy nos lo recuerda con una imagen preciosa: *“Al ir, iban llorando, llevando las semillas; al volver, vuelven cantando, trayendo sus gavillas”*. Ahí está reflejada la vida de tanta gente. Cuántos hombres y mujeres trabajan cada día en silencio, con sacrificio, sin horarios, sin apenas reconocimiento. Pienso en el jornalero que se levanta antes del amanecer, en la mujer que limpia casas ajenas, en el joven que encadena contratos temporales, en el padre o la madre que se esfuerzan por sacar adelante a los suyos. Detrás de cada sueldo hay una historia, unas manos gastadas, unos ojos cansados, pero también una esperanza que no se rinde.

El salmo nos enseña que el trabajo necesita esperanza. Sembrar es creer que el fruto llegará, aunque no se vea. También nosotros estamos llamados a sembrar confianza, justicia y solidaridad. No basta con producir más; hay que trabajar de un modo que haga crecer a las personas, que cuide la tierra y que fortalezca los lazos entre nosotros.

El Evangelio nos presenta a Jesús en su pueblo, Nazaret. Antes de predicar, antes de hacer milagros, Jesús trabajó. Aprendió de José el arte de la madera, el ritmo de los días, el valor del esfuerzo. Y eso lo cambia todo: Dios no sólo bendice el trabajo, sino que lo ha vivido en su propia carne. En el banco de carpintero de Nazaret, el Creador del universo experimentó el cansancio de nuestras manos, la satisfacción de un trabajo bien hecho, la paciencia de quien empieza de nuevo. En esas tablas y virutas se escondía un misterio: el de un Dios que eligió santificar lo cotidiano.

Y, sin embargo, los suyos no lo reconocen. *“¿No es este el hijo del carpintero?”*. A nosotros también nos cuesta ver a Dios en lo ordinario: en la faena, en el taller, en la oficina, en la cocina, en el campo. Pero ahí, precisamente ahí, Dios está presente, acompañando cada jornada, cada esfuerzo, cada intento por vivir con honestidad y amor.

Quando la Iglesia habla de “trabajo decente” no hace política, proclama el Evangelio. Desde la encíclica *Rerum novarum* hasta nuestros días, la doctrina social de la Iglesia ha repetido lo mismo: un trabajo es decente cuando permite vivir con dignidad, cuando respeta el descanso y la familia, cuando no destruye la salud ni la naturaleza, cuando el trabajador no es tratado como una herramienta sino como una persona.

El Papa Francisco dijo: *“El trabajo no es sólo un medio de ganarse el pan; es una expresión de amor, de dignidad y de participación en la creación”*. Por eso, defender el trabajo digno no es una idea política; es una exigencia de fe. Porque sin trabajo digno no hay vida digna, y sin vida digna no puede hablarse de justicia. El trabajo es más que un contrato: es una forma de construir humanidad.

Esta Jornada es una oportunidad para mirarnos por dentro:

- Si trabajamos, que lo hagamos con responsabilidad, pero también con sentido. Que no olvidemos que cada jornada puede ser una ofrenda, un acto de servicio, una manera de amar.
- Si damos trabajo, que lo hagamos con justicia, con respeto y sin abuso.
- Si estamos en desempleo o en precariedad, que no perdamos la esperanza: Dios conoce nuestro esfuerzo y no olvida ninguna siembra.
- Y como Iglesia, que no miremos hacia otro lado, que defendamos el valor del



trabajo humano no sólo con palabras, sino con hechos: promoviendo solidaridad, acompañando a los que sufren, apoyando a las familias, luchando por un futuro más justo.

El Génesis nos recuerda que Dios confió al hombre el cuidado de la tierra. El salmo nos enseña que el esfuerzo, cuando se hace con fe, da fruto. Y el Evangelio nos muestra a un Dios que también trabajó con sus manos.

Por eso, cada trabajo honesto, hecho con amor, es una oración encarnada. Pidamos hoy al Señor que bendiga nuestras manos, nuestros proyectos, nuestros sueños. Que nos dé justicia en el trabajo, esperanza en la siembra y alegría en la cosecha. Y que, como Jesús en Nazaret, sepamos reconocer su presencia en lo sencillo y lo diario, en el esfuerzo callado de tantos hombres y mujeres que, con su trabajo, sostienen el mundo y hacen visible la ternura del Creador. Amén.

Homilía en la Fiesta de la Virgen del Pilar

Parroquia de El Salvador (Soria), 12 de octubre de 2025

Excelentísimas autoridades civiles y militares

Cuerpo de la Guardia Civil

Hermanos todos

Hoy es día de fiesta grande en España. Día de fe, de historia y de gratitud. Día en que el corazón de un pueblo mira hacia su madre y patrona, la Virgen del Pilar, y descubre en su mirada la memoria de lo que ha sido y el deseo de lo que quiere ser. Bajo su nombre, tan sencillo y tan sólido, se unen tres amores: el amor a Dios, el amor a España y el amor a los que sirven con honor en la Guardia Civil.

1. María, pilar firme de la fe

El libro de las Crónicas nos ha mostrado al pueblo de Israel llevando en procesión el Arca de la Alianza, signo visible de la presencia de Dios en medio de su pueblo. En aquel arca reposaban las tablas de la Ley, memoria viva del pacto con Dios y garantía de la fidelidad divina.

Pero en María, el Arca se hizo vida. Ella llevó en su seno al Dios eterno, y desde entonces Dios camina entre los hombres con rostro de madre y ternura de hogar. El pilar sobre el que la Virgen se apareció al apóstol Santiago es imagen de esa misma verdad: firmeza que no vacila, presencia que no se apaga, solidez que sostiene la fe de los creyentes.

En un mundo donde todo cambia, María permanece. Cuando la vida se acelera y la sociedad se tambalea entre las prisas y la confusión, ella es el punto firme donde el alma puede reposar. Cuando la fe vacila, cuando la esperanza se apaga, cuando el amor se vuelve frágil, María se alza como columna de la fe y sostén de la esperanza. Su sola presencia recuerda que Dios no se retira y que el bien no se extingue.

El salmo lo ha proclamado con certeza serena: *“El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?”*. María, mujer de fe sin temores, nos enseña a vivir con esa misma confianza:

a no rendirnos ante las pruebas, a seguir creyendo cuando faltan las fuerzas, a sostenernos en Dios cuando todo lo demás se derrumba.

2. María, madre de escucha y concordia

El Evangelio nos ha mostrado la verdadera grandeza de María que no está sólo en haber llevado a Jesús en su vientre, sino en haber escuchado y cumplido la Palabra de Dios. Ahí está su secreto: escuchar, acoger, obedecer con amor. María no impone, no se impone: se ofrece, se confía, se entrega.

También nosotros, como sociedad, necesitamos esa sabiduría. Vivimos tiempos de voces alzadas y oídos cerrados, tiempos en que la prisa y la opinión sustituyen al encuentro, a la reflexión y al diálogo. Y, sin embargo, España (esta tierra plural, apasionada y noble) sólo puede avanzar si aprende de María a escuchar, comprender y reconciliar.

La Virgen del Pilar no pertenece a una parte: es madre de todos. No divide, reúne. No excluye, abraza. Bajo su manto caben todos los hijos de esta tierra: los del norte y los del sur, los del campo y la ciudad, los creyentes y los que aún buscan la fe.

En un tiempo de desencuentros, María nos ofrece su casa, donde todos podemos reconocernos como hermanos. Ella es el alma de una España que no se resigna a la división, sino que sueña con la concordia y la unidad.

3. El Pilar, signo de esperanza y fortaleza

Según la tradición, el apóstol Santiago, abatido por el cansancio y la desilusión, recibió la visita de la Virgen sobre un pilar de jaspe. Aquel firme pilar fue para él signo de fortaleza y de fidelidad, promesa de que su misión no estaba perdida.

Desde entonces, el Pilar se alza como símbolo de la presencia de Dios que no falla, de la fe que no se apaga y de la esperanza que resiste incluso los embates de las noches del mundo.

A lo largo de los siglos, España ha tenido días de gloria y días de dolor. Ha levantado templos y ha llorado guerras; ha dado santos y sabios, mártires y poetas; ha evangelizado y ha aprendido, ha caído y se ha levantado. Pero siempre, cuando su fe parecía débil, cuando su alma se nublaba, ha escuchado una voz maternal que decía: "Estoy contigo. No temas".

El Pilar sigue en pie. Y con él, la fe de un pueblo que, aunque cansado a veces, no ha querido nunca vivir sin esperanza.

4. María del Pilar y la Guardia Civil

Y en este día, nuestra mirada se detiene con gratitud en quienes visten el uniforme de la Guardia Civil. Vosotros, hombres y mujeres de servicio y de honor, habéis hecho de vuestra vida un compromiso: velar por los demás, incluso a costa de vosotros mismos.

Desde hace casi dos siglos, camináis por España entera: en los pueblos y en las ciudades, en las carreteras, en las montañas, en los mares. A veces invisibles, a veces en silencio, pero siempre presentes. Y el pueblo español lo sabe. Por eso os quiere, os respeta y confía en vosotros.

Habéis sido, y seguís siendo, pilar de la convivencia, columna de seguridad y de paz.



Vuestro honor (ese lema que lleváis grabado en el alma) no es palabra vacía: es vocación de servicio, fidelidad, disciplina, sacrificio. Y bajo el amparo de la Virgen del Pilar habéis aprendido que la verdadera fuerza está en el servicio, que la grandeza se mide en entrega y que la justicia florece en el deber cumplido con honor.

Que Ella, vuestra patrona, os proteja siempre. Que acompañe vuestras patrullas, consuele a vuestras familias y os guarde en el peligro. Y que el cariño sincero del pueblo, que os recibe con respeto, os recuerde cada día que España os necesita, os reconoce y os agradece.

5. Bajo el amparo de María

Los Hechos de los Apóstoles nos han mostrado a María reunida en oración con los discípulos, esperando el Espíritu. Allí, en el silencio del Cenáculo, nació la Iglesia. También nosotros necesitamos hoy ese espíritu. Necesitamos una España que escuche, que dialogue, que se una. Una patria donde el respeto sustituya al rencor, donde el servicio se valore más que la vanidad, donde la fe inspire la convivencia y el bien común.

María puede ser madre de esa reconciliación que tanto necesitamos. Ella, que en el Cenáculo reunió a los discípulos dispersos y los sostuvo en la espera del Espíritu, sabe cómo acercar los corazones que se han distanciado y cómo curar las heridas que el tiempo o el orgullo han abierto. Su corazón, amplio como el cielo y tierno como un hogar, tiene espacio para todos los hijos de esta tierra. Bajo su mirada, los rencores se disuelven, las diferencias se hacen pequeñas y renace el deseo de caminar juntos.

Ella no trae división, sino encuentro; no impone, sino invita; no juzga, sino abraza. Y desde su Pilar firme, sigue recordándonos que un pueblo sólo se mantiene en pie cuando sus hijos se reconocen hermanos.

Conclusión

Hermanos: la Virgen del Pilar no es un eco lejano del pasado, sino una presencia viva que atraviesa los siglos y sostiene, aún hoy, el corazón creyente de nuestro pueblo. Es columna de la fe que no vacila y madre de la unidad que no excluye a nadie.

Pidámosle, con alma agradecida y confiada, que siga siendo pilar de España y alma de su concordia, que bendiga los hogares donde nace la vida y se custodia el amor, que fortalezca a nuestros jóvenes para que no pierdan la fe ni el ideal, que inspire a quienes gobiernan a buscar siempre el bien común, y que acompañe (con ternura de madre y firmeza de guía) a todos los que sirven con honor, especialmente a los hombres y mujeres de la Guardia Civil, cuyo valor callado y entrega generosa son también pilares de nuestra convivencia y de nuestra paz.

Y que, bajo su mirada serena, España entera siga caminando con esperanza, unida en el pilar de la fraternidad y abierta a un futuro de justicia y concordia. Amén.

Homilía en la Fiesta de Santa Teresa de Jesús (75º aniversario del Carmelo de El Burgo de Osma)

Convento de las MM. Carmelitas (El Burgo de Osma), 15 de octubre de 2025

Queridas madres Carmelitas descalzas, queridos hermanos en el Señor:

Hoy celebramos una doble fiesta. Por un lado, la Iglesia entera se alegra con Santa Teresa de Jesús, mujer de fuego, maestra de oración, doctora de la Iglesia y testigo luminoso de la amistad con Dios. Y, al mismo tiempo, esta comunidad religiosa de El Burgo de Osma da gracias por sus setenta y cinco años de presencia en nuestra diócesis.

Ambas celebraciones se iluminan mutuamente: la palabra de Dios de este día nos invita a reconocer que la sabiduría, la humildad y el amor son el corazón de la vida teresiana, y la historia de este convento nos muestra cómo esa palabra se ha hecho carne en el silencio fecundo de unas vidas entregadas a la oración y al amor.

1. “El que teme al Señor obrará el bien” (Eclo 15, 1-6)

El libro del Eclesiástico nos habla hoy de la sabiduría que brota del amor. Dice: *“El que teme al Señor obrará el bien, y el que es fiel a la ley alcanzará la sabiduría... Ella le saldrá al encuentro como una madre”*. Esa sabiduría no se mide por títulos ni por poder, sino por el corazón dócil del que escucha y busca a Dios en todo.

El texto que hoy escuchamos presenta la sabiduría como un don que nace de la intimidad con Dios. *“Temer al Señor”* significa respeto amoroso, reconocimiento de su presencia. En la tradición bíblica, el sabio es quien vive en armonía con el querer de Dios y, por eso, la sabiduría *“le saldrá al encuentro como una madre”*.

Santa Teresa fue una mujer habitada por esa sabiduría. Supo unir la inteligencia espiritual y la experiencia humana. Le bastó mirar dentro de sí para descubrir (como ella decía) que *“en el centro del alma habita Dios”*.

La vida de Teresa confirma que la verdadera sabiduría se alcanza por el camino del amor. No fue una mujer de teorías, sino de experiencia; y su búsqueda interior la llevó a comprender que conocer a Dios y conocerse a sí misma son dos movimientos inseparables. Esa experiencia de autoconocimiento en Dios se convierte en escuela permanente para cuantos la seguimos.

Esa misma sabiduría ha guiado también el camino de este Carmelo de El Burgo. Desde aquel 18 de octubre de 1950, cuando Madre Javiera de Jesús y sus compañeras llegaron a esta villa, se sembró aquí una semilla de sabiduría evangélica. Su fe sencilla y su amor ardiente fueron más sólidos que los muros que después se construirían.

El Burgo, con su antigua tradición espiritual, acogió con cariño esta fundación. Aquellas primeras hermanas trajeron a la villa la frescura del espíritu teresiano: silencio, alegría, oración y fraternidad. Su presencia se convirtió en un lugar donde muchos descubrieron la paz interior que sólo da la sabiduría del Evangelio.

2. “Cantaré eternamente las misericordias del Señor” (Sal 88)

El salmo responsorial es hoy un canto de memoria agradecida: *“Cantaré eternamente*



las misericordias del Señor". Si miramos estos 75 años, podemos reconocer que toda la historia de esta comunidad es un canto a la fidelidad de Dios.

Desde aquella casa humilde en la calle del Puente, hasta la inauguración del nuevo convento en la carretera de San Leonardo, cada paso estuvo marcado por la confianza. Incluso los pequeños signos (como el accidente del obrero que sobrevivió milagrosamente, atribuido a la protección de San José) se leyeron como gestos de una providencia que nunca abandona.

En esa confianza se fue tejiendo también una relación viva con la villa de El Burgo. Los vecinos, sacerdotes y familias se sintieron parte de la obra, aportando su ayuda y su afecto. A lo largo de las décadas, el convento se integró silenciosamente en la vida del pueblo: muchos se han acercado a pedir oración, consejo o simplemente a dejarse envolver por la paz del Carmelo. Es una historia compartida entre Dios, las hermanas y el pueblo que las acogió.

Han pasado generaciones, hermanas que ya gozan del rostro de Dios, y otras que hoy siguen manteniendo viva la llama. Pero el hilo que las une es el mismo: la misericordia del Señor, que dura por siempre.

3. "Venid a mí los que estáis cansados y agobiados" (Mt 11, 25-30)

En el Evangelio, Jesús alaba al Padre porque revela sus secretos *"a los sencillos y a los pequeños"*. Teresa fue una de esas pequeñas que todo lo esperaron de Dios. Ella descubrió que el alma se agranda cuando se deja amar. Por eso podía decir con libertad y alegría: *"Nada te turbe, nada te espante, solo Dios basta"*.

En un mundo que corre demasiado y que olvida el alma, el Carmelo es un signo profético de descanso y confianza. Aquí, en este monasterio, el Señor sigue diciendo: *"Venid a mí los que estáis cansados"*. Y lo dice a través del silencio de las madres, de sus oraciones diarias, de su trabajo escondido, de su sonrisa sencilla tras la reja. Ellas nos recuerdan que la verdadera fecundidad no depende del ruido, sino de la intimidad con Cristo.

Cuántas personas del Burgo y de toda la diócesis han encontrado aquí ese consuelo del que habla el Evangelio. Las Carmelitas han sido, durante tres cuartos de siglo, porteras del descanso de Dios: su oración constante ha sido una mano tendida al cansancio de los demás. En su pobreza y clausura han cargado sobre sus hombros muchas penas ajenas, cumpliendo el mandato de Jesús con una ternura silenciosa.

4. 75 años de silencio fecundo

Setenta y cinco años no son sólo una cifra; son una historia de amor fiel, tejida de sacrificio, de risas discretas y de noches en vela ante el sagrario. Desde la colocación de la primera piedra en marzo de 1952, hasta la inauguración solemne de la iglesia en junio de 1955, el Carmelo ha sido el corazón orante del Burgo de Osma.

Esta villa episcopal, con su larga historia de fe, ha encontrado en este monasterio un contrapunto contemplativo. Mientras la Catedral alza su voz visible, el Carmelo eleva su voz invisible, y ambas forman una misma sinfonía: la oración del pueblo de Dios. En torno a las hermanas, se ha ido tejiendo una comunión espiritual con toda la diócesis, unida en la súplica y en la alabanza.

Mientras fuera el mundo cambiaba, dentro resonaba lo esencial: la alabanza, la intercesión y la contemplación. Este convento, querido por tantos obispos, sacerdotes y fieles, ha contribuido a sostener espiritualmente a la diócesis. D. Saturnino Rubio Montiel, que acogió la fundación, y el Padre Silverio de Santa Teresa, que la alentó y la calificó como “*uno de los más teresianos*”, sabían bien que la diócesis necesitaba este pulmón de oración.

Y así ha sido hasta hoy: un lugar de intercesión continua por las vocaciones, por los sacerdotes, por los enfermos, por los necesitados. Cada día, detrás de estos muros, se reza por todos, incluso por quienes no lo saben. Por eso, esta celebración no es sólo conmemoración del pasado, sino acción de gracias por una presencia viva, que sigue latiendo silenciosamente en el corazón del pueblo de Dios.

5. Una invitación para hoy

Queridas madres, queridos hermanos: en esta fiesta, el Señor nos invita a beber de la fuente teresiana y nos recuerda que todos estamos llamados a la contemplación, a reservar tiempo para el silencio, a descubrir el amor de Dios en medio del cansancio diario. A vosotras, queridas Carmelitas, el Señor os dice hoy: “*Seguid siendo luz escondida, perfume de Cristo, alma que sostiene a muchos sin que lo sepan*”.

El aniversario que hoy celebramos no es un punto de llegada, sino una llamada a seguir caminando. En un mundo sediento de sentido, vuestra misión contemplativa es más necesaria que nunca. Santa Teresa soñaba con “*amigos fuertes de Dios*”; vosotras sois esa amistad hecha oración, una presencia que evangeliza sin palabras y que recuerda a todos que, como enseña el Evangelio, la verdadera grandeza se mide por la humildad.

Conclusión

Al mirar estos 75 años, podemos repetir con Teresa: “*Dios no se muda. La paciencia todo lo alcanza. Quien a Dios tiene, nada le falta*”.

Que Santa Teresa de Jesús, maestra y madre, os siga acompañando. Que este Carmelo de El Burgo de Osma siga siendo durante muchos años una llama viva de amor en el corazón de nuestra diócesis. Y que nosotros sigamos cantando con alegría las misericordias del Señor. Amén.

Homilía en el Jubileo de las Cofradías

Catedral, 18 de octubre de 2025

Queridos hermanos,
queridos cofrades.

Hoy nos reúne el Señor en este Jubileo de las cofradías, una cita de fe y de comunión que quiere ser, más que una celebración, un encuentro con nuestras raíces espirituales. En este Año de la Esperanza venimos como peregrinos al corazón de la diócesis para dar gracias por tantas generaciones que, con humildad y entrega, han mantenido viva la devoción popular y el testimonio cristiano en nuestra tierra. Este día no mira sólo al pasado, sino que abre el horizonte hacia el futuro: es tiempo de renovar el corazón, de fortalecer la fraternidad y de redescubrir en nuestras cofradías un camino de evangelio, de oración y de servicio.



1. “Mientras Moisés tenía las manos en alto, vencía Israel” (Éx 17, 11)

La primera lectura nos presenta una escena impresionante. Moisés, desde la cima del monte, levanta las manos mientras su pueblo lucha en el valle. Y cuando se cansa, Aarón y Jur le sostienen los brazos, y así el pueblo vence. Esa imagen es preciosa: el pueblo lucha, pero la victoria depende de la oración. No de la fuerza, sino de la fe. ¡Y qué necesario es recordar esto hoy! Porque también nosotros (como sociedad, como Iglesia) nos cansamos, nos distraemos, perdemos el impulso. Pero cuando hay alguien que reza, alguien que confía, alguien que sostiene la fe de los demás, la esperanza vuelve a encenderse.

Queridos cofrades, vosotros también sostenéis los brazos de muchos: cuando lleváis un paso por las calles, cuando preparáis un altar, cuando acompañáis a un enfermo o ayudáis a una familia que sufre... A veces pensáis que “sólo hacéis una procesión” o “una actividad de Semana Santa”, pero en realidad estáis sosteniendo la fe de muchos: de ese vecino que desde hace mucho no entra en la iglesia, pero que se santigua cuando pasa el Cristo, de esa mujer mayor que ve pasar a la Virgen desde su ventana y vuelve a rezar, de ese joven que, aunque no sabe bien por qué, siente que ese silencio y ese paso le tocan el corazón. Sois, sin saberlo, una oración en movimiento.

2. “El Señor te guarda a su sombra, está a tu derecha” (Sal 120, 5)

El salmo de hoy es un canto de confianza. El peregrino sube a Jerusalén y repite: *“¿De dónde me vendrá el auxilio? El auxilio me viene del Señor”*. Es un salmo que bien podría rezar cualquiera de nosotros cuando la vida pesa, cuando la salud falla o cuando las cosas no salen como esperábamos.

El salmista no dice que no habrá dificultades. Dice algo más profundo: que el Señor no se duerme, que no se desentiende, que camina a nuestro lado. ¡Cuántas veces, hermanos, esa fe sencilla es la que mantiene viva la esperanza de nuestros pueblos!: la fe de los que madrugan para preparar la procesión, la de los que limpian la iglesia sin que nadie lo sepa, la de los que rezan en silencio por los demás. Dios está ahí, acompañando cada paso oculto, cuidando lo pequeño y dando sentido a lo que parece insignificante.

Y el Jubileo de la Esperanza nos invita precisamente a eso: a mirar hacia arriba, a confiar de nuevo, a no quedarnos sólo en lo que se ve. Porque la esperanza no es ingenuidad: es certeza de que Dios no abandona su obra.

3. “Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo” (2 Tím 4, 2)

San Pablo da un consejo a su discípulo Timoteo, pero que hoy resuena también para nosotros: no te canses de anunciar el Evangelio, aunque parezca que nadie escucha. Y es verdad, vivimos tiempos en los que parece que hablar de Dios cuesta. Que hay miedo, indiferencia o incluso burla. Pero ahí entra vuestra misión, queridos cofrades: hacer visible el Evangelio en medio de la gente. Porque las cofradías no son sólo custodias de imágenes, sino custodias de fe, de cultura, de humanidad. Os invito a no tener miedo de mostrar vuestra fe con alegría, de hacer de vuestras hermandades escuelas de fraternidad, de abrir vuestras puertas a los jóvenes, a los que buscan, a los que están heridos, a los que dicen no creer, pero tienen sed de sentido.

El mundo no necesita discursos complicados. Necesita ver cristianos que aman, que sirven y que perdonan. Y ahí, amigos, las cofradías pueden ser un primer paso, una puerta abierta a la fe.

4. “¿Y Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a Él día y noche?” (Lc 18, 7)

El Evangelio nos presenta a la viuda insistente, que no deja de llamar a la puerta del juez. Y Jesús nos dice que esa perseverancia es la fe que agrada a Dios. Cuántas veces nos pasa igual: pedimos, y parece que Dios calla. Rezamos, y no vemos resultados. Pero Jesús nos dice hoy: no te canses de rezar, no dejes de esperar.

Quizá alguno de vosotros haya venido hoy cansado, desanimado, con la fe medio apagada. El Señor te dice: no te rindas, yo te escucho, yo estoy contigo. Y su respuesta no llega en forma de milagro, sino de paz interior, de fortaleza, de luz para seguir adelante.

Esa viuda del Evangelio es imagen de tantos creyentes que no se dan por vencidos, de tantas madres que rezan por sus hijos, de tantos cofrades que, sin alardes, mantienen la fe viva en sus pueblos.

5. “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?” (Lc 18, 8)

“Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?” Esta pregunta final de Jesús nos interpela de lleno: ¿encontrará el Señor fe en nuestras cofradías, en nuestras familias, en nuestra diócesis? La fe no se demuestra con palabrería, sino con gestos concretos: con la oración sencilla y perseverante, con el servicio humilde al prójimo, con el perdón que abre puertas, con la esperanza que se mantiene en pie incluso en tiempos difíciles.

Este Jubileo de la Esperanza nos invita a renovar el corazón, a volver a lo esencial: a Cristo. A reencontrarnos con Él, que sigue vivo en la Eucaristía, en los pobres y en la comunidad. Y a pedirle que haga de nosotros hombres y mujeres de esperanza, de esos que no se rinden, que saben mirar más allá de las sombras. Porque Cristo no vino a buscar perfectos, sino a acompañar a los que están cansados, a levantar al que cayó, a encender la llama en el que ya no creía.

Conclusión

Queridos cofrades, al salir hoy de esta Catedral, llevad con vosotros no sólo la medalla o el estandarte, sino la certeza de haber sido mirados por Cristo. Él os confía una misión: mantener encendida la fe en vuestros pueblos, ser llama de esperanza en medio del cansancio del mundo, hacer visible el amor de Dios con gestos sencillos.

Cuando regreséis a vuestras parroquias, que cada procesión, cada reunión, cada gesto de servicio sea una manera de decir: Dios sigue pasando por nuestras calles. Y que nadie, al veros, pueda dudar de que el Evangelio sigue vivo.

Salid con alegría, con el corazón encendido y los ojos puestos en María, la Madre que camina con nosotros. Que ella os enseñe a creer cuando la fe se hace pequeña, a esperar cuando el horizonte se nubla y a amar siempre.

Porque el Señor no os pide que mantengáis una costumbre, sino que hagáis de vuestra fe un testimonio vivo, una llama que encienda otras llamas. Que este Jubileo no se quede



en un recuerdo, sino que siga respirando en cada cofradía, en cada pueblo, en cada corazón que todavía espera y cree. Amén.

Homilía en la Jornada del DOMUND

Parroquia de Santa Bárbara (Soria), 19 de octubre de 2025

1. Orar sin desfallecer: la fe que sostiene el mundo

Jesús hoy nos cuenta una historia aparentemente pequeña, pero que encierra un tesoro: una viuda que no se cansa de pedir justicia. No tiene poder ni dinero ni apoyos..., sólo tiene su voz, su fe y su perseverancia. Y con eso, ¡vence!

Jesús nos enseña que *“es necesario orar siempre, sin desfallecer”*, es decir, seguir confiando aun cuando no veamos resultados ni señales. Esa mujer del Evangelio es imagen de tantos hombres y mujeres que no se rinden: padres que se desvelan cada día por sus hijos, abuelas que ofrecen su rosario por los enfermos, jóvenes que no pierden la fe en medio de un mundo distraído. Todos ellos son testigos de que la oración mantiene viva la esperanza. Porque orar no es sólo pedir cosas a Dios: es mantener encendida la lámpara de la fe cuando todo parece oscuro.

Y Jesús concluye el Evangelio de hoy con una pregunta que nos toca el corazón: *“Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?”* La fe perseverante, humilde y confiada es la que da fuerza y sentido a toda tarea evangelizadora.

127

2. Moisés y los brazos que sostienen la misión

La primera lectura nos ofrece una imagen preciosa. Moisés, en lo alto de la colina, con los brazos levantados, ora mientras el pueblo combate. Cuando se cansa, Aarón y Jur le sostienen los brazos, y así Israel vence. Esa escena es la Iglesia entera: unos luchan en primera línea (los misioneros que anuncian el Evangelio lejos de casa), otros oran, ayudan, acompañan, sostienen desde el silencio o desde la comunidad.

Sin la oración de unos, la fuerza de los otros se apaga. Y sin la entrega de los que van, la oración se queda sin carne ni rostro. Así es la misión: un cuerpo que se apoya mutuamente. Cada uno de nosotros puede ser como Aarón o como Jur: sostener con nuestra fe, con nuestra oración, con nuestro pequeño gesto.

3. La Palabra que enciende el corazón

San Pablo le dice a Timoteo: *“Permanece en lo que has aprendido..., proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo”*. La misión nace de la Palabra. No se trata de hablar mucho, sino de dejar que el Evangelio arda dentro de nosotros y se note en nuestra vida.

Ser misionero no significa necesariamente cruzar océanos; a veces significa cruzar la calle, acercarse al vecino, tender una mano, ofrecer perdón, sembrar alegría. Ahí empieza la misión.

4. Misioneros de esperanza: el rostro alegre de la Iglesia

El lema de la Jornada del DOMUND de este año, *“Misioneros de esperanza entre los pueblos”*, nos invita a mirar el mundo con los ojos de Dios. Un mundo que a veces parece cansado, dividido, sin rumbo... necesita ver rostros que transmitan esperanza, no pesimismo; corazones que crean que el amor es más fuerte que el mal.

Los misioneros son precisamente eso: testigos de esperanza. En medio de la pobreza, de la guerra o del sufrimiento, ellos siguen creyendo, siguen sirviendo, siguen sonriendo. Y cuando nosotros los apoyamos nos unimos a esa corriente de esperanza que recorre el mundo entero.

5. El Señor es nuestra fuerza

El salmo de hoy nos ha hecho proclamar: *“El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra”*. No estamos solos en el camino. El mismo Dios que sostuvo los brazos de Moisés y escuchó el clamor de la viuda, sostiene también hoy nuestra misión. Él acompaña nuestras idas y venidas, protege a quienes se van lejos a predicar el Evangelio y a quienes permanecemos aquí.

Por eso, hoy el Señor nos invita a renovar nuestra fe y a comprometernos con nuestra oración perseverante, con nuestra colaboración generosa, con una vida que irradie esperanza.

Conclusión

Hermanos, el mundo necesita esperanza y Dios confía en nosotros para llevarla. No hace falta ser héroes ni santos de vitrina; basta tener un corazón que crea, unas manos que sirvan y una voz que ore sin cansarse.

La viuda del Evangelio, Moisés en la montaña, Pablo anunciando la Palabra..., todos ellos nos enseñan que la fe no se mide por los resultados, sino por la fidelidad. El misionero no es el que siempre triunfa, sino el que nunca se rinde.

Ser misioneros de esperanza entre los pueblos significa creer que cada gesto de amor tiene poder, que cada oración tiene peso, que cada moneda ofrecida en el DOMUND puede convertirse en sonrisa, en escuela, en vida nueva.

El Señor hoy nos pregunta, como en el Evangelio: *“¿Encontrará esta fe en la tierra?”* Y nosotros queremos responderle con firmeza: sí, Señor, aquí estamos, aquí hay una comunidad que sigue creyendo, que sigue orando, que sigue esperando, aquí hay corazones dispuestos a sostener los brazos cansados del mundo, a llevar tu esperanza donde otros ya no creen, a ser luz en medio de la noche.

Porque la misión no es un lugar: es el fuego del Evangelio que transforma todo lo que toca. Y cuando ese fuego se enciende en un corazón, ilumina incluso las noches más oscuras. Amén.



Homilía en la entrega de la *missio canonica* a profesores de religión

Parroquia de San José (Soria), 20 de octubre de 2025

1. Una fe que se apoya sólo en Dios

En la primera lectura, san Pablo nos presenta a Abraham como modelo de fe. Dice que “no fue incrédulo, sino que se hizo fuerte en la fe, dando con ello gloria a Dios, al persuadirse de que Dios es capaz de hacer lo que promete” (Rm 4, 20-21). Abraham mantuvo su fe incluso cuando todo parecía perdido. Creyó contra toda esperanza, confiando en la promesa de Dios aun cuando no veía salida. Y esa fe, recuerda san Pablo, le fue reconocida como justicia.

Queridos profesores de religión: también vosotros estáis llamados a creer contra toda esperanza. En un contexto cultural donde la fe a veces se ridiculiza, donde el Evangelio parece “fuera de programa” o donde muchos se sienten autosuficientes, vuestra misión es la misma que la de Abraham: seguir creyendo y seguir confiando.

El profesor de religión no transmite una ideología ni una simple tradición cultural: ayuda a descubrir la fe. Y educar en la fe significa abrir a los alumnos a un horizonte más amplio, enseñarles que la vida tiene un sentido profundo y que el amor y la verdad son caminos que merecen ser recorridos.

2. La *missio canonica*: un envío, no un trámite

Hoy, al recibir la *missio canonica*, la Iglesia os dice: “confío en ti para que hables en mi nombre, para que, en el aula, seas testigo de la fe, no sólo transmisor de conocimientos”. No es un nombramiento burocrático, sino una llamada y un envío. Así como Abraham salió sin saber adónde iba, así también vosotros salís cada día al aula sin saber del todo cómo responderán vuestros alumnos, pero confiando en que Dios camina con vosotros. Y eso es lo esencial: no camináis solos. Detrás de cada clase hay una Iglesia que os sostiene, un Evangelio que os inspira y un Dios que os acompaña.

3. El Evangelio: cuidado con las riquezas que distraen

El Evangelio de hoy (Lc 12, 13-21) nos presenta al hombre que acumuló riquezas sin pensar en lo esencial. Se preocupó por construir graneros más capaces, pero olvidó construir un corazón más grande. Jesús lo llama “necio”, no porque tuviera bienes, sino porque no supo qué hacer con ellos. Guardó para sí lo que estaba llamado a compartir.

Esta parábola es muy actual. Vivimos en un tiempo donde se acumula información, pero se pierde sabiduría; donde hay muchos datos, pero poca profundidad; donde se habla mucho, pero se escucha poco. Y ahí está vuestra misión, queridos profesores: ayudar a los alumnos a distinguir lo importante de lo superficial, a no confundir éxito con plenitud, a descubrir el valor de la verdad, la belleza y la fe.

El Evangelio nos recuerda que no basta con “saber mucho”, hay que “vivir bien”. Y la clase de religión es, en el fondo, una invitación a vivir desde el sentido, desde la trascendencia, desde la luz de Dios.

4. Creer para enseñar, enseñar para crecer

Ser profesor de religión no es una profesión cualquiera. Es una vocación dentro de la vocación docente. Implica competencia, formación, estudio..., pero sobre todo implica una fe viva y una coherencia de vida. Por eso, recibir la *missio canonica* no es un punto de llegada, sino un punto de partida.

La fe que transmitís ha de mantenerse viva y nutrirse cada día. La inteligencia que enseña requiere formación constante. Y el corazón que acompaña necesita descanso, oración y cuidado para no agotarse. La formación permanente no es un lujo ni una carga: es una necesidad. Porque el mundo cambia, los jóvenes cambian, las preguntas cambian..., pero el Evangelio sigue siendo el mismo. Y para hacerlo llegar con frescura y verdad, necesitamos seguir aprendiendo, leyendo, dialogando, profundizando.

Formarse no consiste únicamente en acumular saberes, sino en dejar que la verdad que se enseña transforme la propia vida. El Papa Francisco lo recordaba con frecuencia: "*La fe se transmite por atracción*", y sólo puede atraer quien se deja iluminar por ella. Por eso, el profesor de religión está llamado a ser, antes que maestro, discípulo; antes que transmisor, buscador; antes que mero profesional, testigo.

5. Un aula, una pequeña Galilea

Cada aula puede convertirse en una pequeña Galilea, ese lugar donde Jesús enseñaba y sanaba y donde todos lo seguían con entusiasmo. Quizá no siempre tengáis un ambiente fácil. Habrá ironías, indiferencia, miradas cansadas, preguntas difíciles... Pero en medio de todo eso, Dios siembra. A veces las semillas tardan en germinar, pero germinan.

Una palabra, un gesto, una respuesta dicha con respeto y fe, puede marcar para siempre el corazón de un joven. Recordad: vosotros sois sembradores, no dueños de la cosecha. Dios hará el resto.

6. "El Señor cumple sus promesas"

El salmo de hoy, tomado del cántico de Zacarías, nos invita a proclamar: "*El Señor nos ha suscitado una fuerza de salvación, según lo había prometido*". Es una afirmación llena de esperanza: Dios es fiel a sus promesas. Y una de esas promesas es que nunca faltarán testigos del Evangelio en medio del mundo. Hoy, vosotros, profesores de religión, sois signo concreto de esa promesa hecha realidad.

7. Conclusión: maestros con fe, esperanza y alegría

Queridos amigos, el mundo necesita educadores con alma, testigos con esperanza, creyentes que sepan razonar su fe y vivirla con alegría.

El aula no es sólo un lugar para enseñar, es un espacio para encontrarse con la vida y con Dios. Y vosotros, enviados hoy con la *missio canonica*, sois misioneros en las aulas, constructores de puentes entre fe y cultura, entre razón y esperanza. Por eso, no os desaniméis cuando el contexto parezca difícil. No olvidéis que la fe de Abraham, que creyó contra toda esperanza, sigue viva en vosotros.

Que la sabiduría de Jesús siga guiando vuestra tarea. Y que el Espíritu Santo renueve



cada día vuestro entusiasmo, vuestra curiosidad, vuestro deseo de seguir aprendiendo y sirviendo.

El Señor os envía hoy, como envió a Abraham, como envió a los apóstoles, como sigue enviando siempre a su Iglesia: no con grandes medios, sino con un corazón grande y una fe viva. Y que vuestras palabras sigan siendo testimonio de una fe que no se impone, sino que ilumina; de una esperanza que no grita, pero sostiene; de un amor que, aun pequeño, puede cambiar el mundo. Amén.

Homilía en la misa por los obispos y sacerdotes difuntos

Parroquia de Santa María La Mayor (Soria), 3 de noviembre de 2025

Queridos hermanos:

Reunidos en torno al altar del Señor, celebramos hoy la Eucaristía en sufragio por los obispos y sacerdotes difuntos de nuestra diócesis. En esta celebración se entrelazan dos sentimientos que el Evangelio mantiene siempre unidos: la gratitud y la esperanza.

Damos gracias a Dios por el don del sacerdocio y por la vida de tantos pastores que sirvieron a esta Iglesia con fidelidad. Y, al mismo tiempo, confiamos a su misericordia el descanso de quienes, marcados con el sello del Buen Pastor, ofrecieron su vida por el Evangelio.

1. “Las almas de los justos están en las manos de Dios” (Sab 3, 1)

La primera lectura nos ofrece una certeza que sostiene nuestra fe: *“Las almas de los justos están en las manos de Dios y ningún tormento las alcanzará”*. Estas palabras son más que un consuelo: son una profesión de fe. Dios no abandona a quienes lo han amado. Aquellos sacerdotes que anunciaron su palabra, que celebraron los sacramentos, que perdonaron en su nombre, que acompañaron a los pobres y enfermos..., están ahora en sus manos, en la paz definitiva del Reino.

Quizá muchos de ellos sirvieron en lugares pequeños, con trabajos humildes y silenciosos; algunos tal vez cargaron con sufrimientos, soledades o incomprendimientos. Pero a los ojos de Dios, toda entrega (incluso la más escondida) tiene valor eterno. Su vida, ofrecida día tras día, se ha convertido en semilla de esperanza para nuestra Iglesia.

2. “El Señor es mi pastor, nada me falta” (Sal 22)

El salmo de hoy pone en nuestros labios la oración que tantas veces rezaron ellos mismos, quizá al final de sus días: *“El Señor es mi pastor, nada me falta”*. Esta es la confesión más pura del corazón sacerdotal: haber aprendido, a lo largo de los años, a confiar. Confiar en medio de las alegrías y las fatigas del ministerio. Confiar cuando las fuerzas disminuyen o el fruto no se ve. Confiar en la bondad del Pastor que guía y sostiene.

Hoy rezamos este salmo por ellos, pero también con ellos. Porque sus voces, unidas ahora al coro de los santos, siguen cantando esta misma confianza: *“Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo”*.

3. “He combatido el buen combate” (2Tim 4, 7)

En la segunda lectura, san Pablo nos ofrece su testamento espiritual, que podría ser también el de muchos de nuestros sacerdotes difuntos: *“He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe”*. Estas palabras resumen toda una existencia sacerdotal: la de quien no ha vivido para sí, sino para el Señor y para su pueblo. El combate no siempre fue fácil: hubo cansancio, pruebas, tal vez soledad. Pero lo importante es haber guardado la fe, haber perseverado, haber sostenido la lámpara encendida incluso en las noches de la vida.

Esa fidelidad cotidiana (hecha de años de misa celebrada con sencillez, de visitas a enfermos, de acompañamientos discretos, de horas de oración solitaria) es el tesoro que hoy presentamos ante Dios. Y sabemos que *“el Señor, juez justo”*, como dice san Pablo, les ha reservado *“la corona de justicia”*.

4. “Yo soy el Buen Pastor” (Jn 10, 11)

El Evangelio nos hace mirar a Cristo, el Buen Pastor, que da sentido a toda vocación sacerdotal. *“Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas”*. Cada sacerdote, cada obispo, está llamado a configurarse con este rostro de Cristo: pastor que conoce, ama y entrega. No todos nuestros hermanos lo hicieron del mismo modo, ni todos con igual medida de acierto humano, pero todos fueron tocados por esta llamada a dar la vida. Y eso basta para que su existencia quede grabada en el corazón de Cristo.

El Buen Pastor no olvida a los suyos. Él conoce a cada uno por su nombre, los llama y los conduce ahora a las praderas eternas. Ellos, que tantas veces celebraron la Eucaristía en la esperanza del cielo, participan ya del banquete del Reino, donde no hay cansancio ni lágrimas.

5. Acción de gracias y compromiso

Esta celebración no mira sólo al pasado; nos compromete también a nosotros, que seguimos caminando. Los sacerdotes y obispos difuntos nos recuerdan que el ministerio es una peregrinación de amor y fidelidad, que sólo se entiende desde la confianza en Dios. Nos enseñan a servir con humildad, a orar incluso en la sequedad, a cuidar la comunión fraterna y a mantener encendida la esperanza.

Su memoria nos impulsa a renovar nuestra entrega. Porque la mejor manera de honrar su recuerdo es vivir con la misma disponibilidad con que ellos sirvieron, sabiendo que un día, al final del camino, también nosotros escucharemos la voz del Pastor: *“Ven, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor”*.

Homilía en la clausura del VII Encuentro de mujeres de Emaús

Capilla del Seminario diocesano (El Burgo de Osma), 9 de noviembre de 2025

Queridos hermanos: llegamos al final de este encuentro, pero una clausura en clave Emaús nunca cierra nada, sino que inaugura. Ahora comienza el camino de vuelta: el camino donde ese fuego que habéis experimentado por dentro tiene que convertirse en decisiones, en gestos, en mirada, en estilo de vida. Lo que aquí ha ocurrido no puede quedar guardado



como experiencia bonita para recordar. Porque un encuentro con Cristo se verifica fuera: en la calle, en la vida concreta que ahora volvéis a pisar, con vuestra historia y vuestras responsabilidades. Aquí habéis recogido fuego; ahora os toca llevarlo a otros.

Las lecturas de hoy nos llevan al punto decisivo donde Dios deja de ser argumento espiritual y pasa a ser dinamismo vivo que reordena, sana y recrea la vida concreta.

1. El agua que sale del templo

Ezequiel hoy ve un templo del que brota agua. Agua pequeña al principio, pero que crece, se hace torrente, da vida a todo lo que toca, da fruto, sana las aguas estancadas y muertas y allí donde llega produce vida nueva.

Este es un icono perfecto del itinerario Emaús. Al principio, el Señor suele aparecer de forma muy suave, casi imperceptible: en un pequeño detalle, en una palabra que toca una zona interior que aún no sabíamos nombrar, en una intuición tenue. Pero si dejamos que eso crezca, si le damos tiempo, si permitimos que la Palabra de Dios nos ilumine y nos interpele por dentro, esa pequeña corriente se convierte en un torrente que transforma la vida.

Muchas aquí lo podéis decir con verdad: empezó con algo pequeño y ahora toca zonas que creíais que no podían tener vida, zonas acostumbradas a funcionar por inercia, zonas que dabais por perdidas. Ese es el modo característico de Dios. Dios empieza pequeño, pero cuando le abrimos, desborda. Y esto no puede quedar reducido al interior exclusivo de las que aquí habéis participado. El torrente no se encierra, el torrente no se colecciona para dentro de un grupo selecto. El torrente está hecho para desbordar hacia fuera, hacia la ciudad, hacia el barrio, hacia la vida cotidiana, hacia aquellas mujeres que aún no han sido tocadas por la experiencia cristiana.

2. Vosotras, templo

San Pablo lo dice con fuerza hoy: vosotros sois templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros. El templo no es primero un edificio. El templo es la persona tocada por la Palabra de Dios. Por eso, este fin de encuentro tiene esta consecuencia decisiva: la corriente de agua ahora sale del templo vivo que sois vosotras. Ese torrente empieza a circular por vuestras decisiones, vuestras conversaciones, vuestras relaciones, vuestra manera de mirar, vuestro modo de sostener heridas, matices, límites y esperanzas.

Aquí hay algo crucial: que otros puedan beber de la vida que ha brotado en vosotras. Emaús nunca es una experiencia para guardarse en el cajón espiritual íntimo. Es para contagiar estilo, para inaugurar una mirada nueva, para que otras personas puedan descubrir que hay más vida que la que nos resignamos a llevar. Es experiencia para ofrecer al conjunto de la Iglesia. No para crear un círculo cerrado, sino para ser fermento dentro del pueblo de Dios, para servir a la Iglesia, para prolongar en la comunidad cristiana la experiencia de escuchar, sanar, acompañar y reavivar lo que parecía agotado. Un movimiento espiritual que se encierra se marchita. Un movimiento espiritual que se abre fecunda.

3. Jesús purifica el templo

El Evangelio de hoy nos muestra a Jesús entrando en el templo y recolocando lo que allí se había desordenado. No actúa desde la violencia, sino desde la verdad. Cuando Él quiere abrir un camino nuevo, devuelve el templo a su sentido profundo.

Y esto es clave también en la experiencia de Emaús. Muchas veces lo que necesitamos no es destruir nada, sino ordenar mejor, discernir, recuperar lo auténtico, dejar que lo secundario vuelva a su sitio y que lo esencial ocupe el centro. Hay maneras de pensar, de funcionar, de protegernos, que quizá no son malas en sí mismas, pero que ya no sirven para crecer. Jesús no entra para acusar, entra para liberar espacio, para que el templo esté disponible para Dios y para la vida. Por eso, esta clausura es también invitación a una purificación amable: dejar que Jesús nos ayude a simplificar, a quedarnos con lo que da vida, para que el templo que somos respire en paz y pueda abrirse mejor al servicio de los demás.

4. La Pascua verdadera

Jesús dice: destruid este templo y en tres días lo levantaré. Él hablaba de su cuerpo. La Pascua inaugura un modo nuevo de vivir desde dentro. Por eso, esta experiencia no es estética ni emocional, sino pascual. Habéis pasado por purificación, por iluminación, por reconocimiento y por sanación. Por eso hoy, antes de terminar, hay que hacer un acto interior: "Señor, yo acepto que tú reconstruyas mi templo según tu Pascua y no según mis viejas defensas". Esta es la verdadera clausura: no cerrar algo, sino permitir que Jesús inaugure algo nuevo.

5. Misión

Vosotras a partir de ahora sois torrente. Todo encuentro de Emaús termina en envío. La Iglesia os envía. La misión empieza ahora y se vive donde está la vida real: en la familia, en el trabajo, en las tensiones, en los conflictos reales, en las mujeres que sufren, en las que están rotas, en las que no se creen queridas, en las que nadie acompañó. Esa es vuestra calle. Esa es vuestra tarea. Esa es vuestra fecundidad. No encerrarse, sino entregar. No acumular experiencia espiritual como tesoro interno, sino regalarla como torrente que se desborda. La Iglesia necesita este estilo femenino de Emaús que escucha, sostiene, acompaña, da paso y hace posible que otros descubran que Dios sigue actuando.

Y permitidme tres indicaciones sencillas para custodiar este camino que habéis iniciado. Primera: defended cada día un espacio interior propio, pequeño pero real, aunque sean cinco minutos, para recordar quiénes sois en Cristo y desde dónde queréis vivir. Segunda: compartid con naturalidad, sin presión y sin prisa, gestos gratuitos de escucha y acompañamiento allí donde estéis: en la familia, en el trabajo, en la calle. Esa es la forma más real de prolongar el estilo de Emaús. Tercera: mantened el corazón abierto a la Iglesia. No os cerréis en el grupo como única referencia espiritual. Lo que aquí ha nacido está llamado a enriquecer, servir y ensanchar la vida eclesial donde estáis insertadas. Así, la gracia que habéis recibido no será sólo un recuerdo bonito, sino que se hará semilla viva y dará fruto en la vida concreta a la que ahora volvéis.

Que hoy el Señor selle y potencie lo que ha comenzado en vosotras. Que haga firme lo auténtico, que purifique lo que aún necesita tiempo y que impulse sin miedo todo lo que está llamado a florecer en la vida real de cada día. Que vuestra vida sea manantial abierto donde muchos puedan beber del Agua viva de Dios.

Ahora id. Caminad hacia fuera con libertad, con verdad interior, con lucidez y con esperanza. No escondáis el fuego. No retengáis la Vida de Dios que habéis recibido. Sed torrente. La Iglesia os necesita. El mundo al que volvéis os espera. Dios va delante. Amén.



Homilía en la Jornada del voluntariado de Cáritas

Catedral, 29 de noviembre de 2025

Queridos hermanos:

Me alegra encontrarme hoy con vosotros y poder saludaros al comenzar esta Eucaristía. Gracias por vuestra presencia, por vuestro tiempo y, sobre todo, por vuestra manera de estar al lado de quienes más lo necesitan. Cada uno de vosotros, desde lo que sois, formáis parte de este rostro concreto de la Iglesia que es Cáritas: un rostro hecho de manos que acogen, de miradas que escuchan y de corazones que se compadecen. Que esta celebración sea para cada uno un descanso, un aliento y una confirmación en el camino de servicio que realizáis.

La primera lectura, tomada del libro de Daniel, nos habla de visiones inquietantes, de reinos que pasan, de poderes que se tambalean... y, sin embargo, también nos anuncia que el reino será entregado al pueblo de los santos del Altísimo. Es decir, que la historia, pese a sus sombras, pertenece a quienes se dejan guiar por Dios, a los humildes, a los que sirven, a los que no buscan imponerse, sino levantar al otro.

En un tiempo en el que las noticias hablan de guerras, crisis, desigualdades crecientes e incertidumbre, esta palabra de Daniel es un consuelo y también un reto. Nos recuerda que vuestra misión no es secundaria, sino parte de ese reinado de Dios que avanza silenciosamente. Cuando acompañáis a una familia, cuando resolvéis un trámite, cuando calmáis un miedo, cuando escucháis sin prisas, estáis diciendo al mundo que las fuerzas que destruyen no tienen la última palabra.

Vosotros, voluntarios de Cáritas, sois precisamente ese pueblo humilde que construye un reino que no aparece en los titulares, pero sí en los gestos: un reino hecho de cercanía, escucha, acompañamiento, paciencia y entrega. Frente a las fuerzas grandes del mundo, vuestro servicio parece pequeño, pero es más fuerte y más duradero que cualquier reino humano, porque nace del amor. Y por eso debéis sentirnos orgullosos, no por vanidad, sino porque estáis cooperando con Dios mismo en la transformación del mundo.

El salmo responsorial, tomado del cántico de Daniel, responde con una invitación constante: *“Benedicid al Señor”*. No es sólo un canto litúrgico; es una actitud. Bendice al Señor quien reconoce que todo lo que hace (también el voluntariado) no lo hace para sí mismo, sino para manifestar la bondad de Dios. Bendice al Señor quien sabe que servir al pobre es motivo de gratitud, no de orgullo. Bendice al Señor quien descubre que en cada rostro atendido hay una especie de sacramento: Dios se deja tocar en el hermano.

Qué hermoso sería que, al terminar cada jornada de servicio, cada uno pudiera decir: *“Hoy también he bendecido al Señor con mi vida”*, no porque todo haya salido perfecto, sino porque he puesto el corazón. Y si a veces el cansancio se impone, o las situaciones nos superan, o los problemas parecen no tener solución, entonces también ahí es tiempo de bendecir a Dios: porque nos sostiene, nos anima y nos hace comprender que, incluso cuando nuestros recursos son limitados, su misericordia es infinita.

Y en el Evangelio, Jesús nos exhorta: *“Tened cuidado... estad siempre despiertos... manteneos en pie”*. Jesús conoce nuestra tendencia a la dispersión, al desánimo, incluso al

desgaste del alma. Y por eso nos invita a velar. ¿Velar para qué? Para no perder el corazón. Para no dejar que lo urgente haga invisible lo importante. Para que la tarea no mate la motivación. Para no olvidar que lo que hacemos en Cáritas, lo hacemos en su nombre.

Jesús nos invita a una vigilancia que no es miedo, sino atención amorosa. Como quien cuida un fuego pequeño para que no se apague, así hemos de cuidar la llama del servicio. Y cada uno sabe cuáles son sus tentaciones: el activismo que agota; la rutina que enfría; la falta de reconocimiento que desanima; conflictos o malentendidos que hieren... Por eso el Señor nos pide vigilancia: para que nuestro corazón siga siendo tierno, compasivo, capaz de sorprenderse ante el sufrimiento, capaz también de alegrarse con cada pequeña mejora en la vida de las personas acompañadas.

Estamos también a las puertas del Adviento, un tiempo que justamente nos invita a velar, a esperar, a mantener encendida la lámpara. Y creo que los voluntarios sois especialmente “hombres y mujeres del Adviento”: personas que, sin hacer ruido, mantienen viva la esperanza en realidades donde parece haberse apagado. Vosotros sois quienes recordáis, con vuestra presencia, que Dios viene siempre, que Dios sigue visitando a su pueblo a través de vuestros gestos.

En Adviento encenderemos velas. Vosotros encendéis vidas. Encendéis autoestima, dignidad, horizontes nuevos. Sois como esas luces pequeñas que, en una habitación oscura, permiten de pronto ver la salida. El mundo necesita estas luces, y nuestra diócesis y nuestras parroquias, gracias a vuestro servicio, pueden decir humildemente que siguen ofreciendo una esperanza real para muchas personas.

Por eso hoy, en esta misa conclusiva de la jornada, quisiera dar gracias al Señor por vuestra generosidad y vuestra perseverancia; gracias por los gestos que nadie ve, por los nombres que nadie conoce, por las horas entregadas, por los desvelos, por la creatividad para buscar soluciones, por el amor concreto que ponéis en cada persona que atendéis. Vosotros hacéis visible la Iglesia allí donde más falta hace: en los márgenes, en los cruces de dolor, en las grietas de la dignidad humana.

Y también quiero animaros a seguir adelante. No os canséis de hacer el bien; no dejéis que las dificultades os roben la alegría; no penséis nunca que lo que hacéis es poco. Para quien recibe vuestra ayuda, es muchísimo. Y para Dios, es todo.

Pero también hoy Jesús os recuerda: “*velad*”. No para que hagáis más, sino para que cuidéis vuestra vida interior; para que no perdáis la alegría; para que protejáis la motivación; para que vuestro servicio no sea activismo, sino Evangelio vivo. Velad para manteneros en pie frente a las dificultades, los recortes, la incomprensión o el cansancio. Velad para que nadie os robe la ternura. Velad para que vuestro sí siga siendo fresco, limpio, alegre.

Antes de concluir, quisiera dirigirme de nuevo a cada uno de vosotros desde el corazón de este Año Jubilar de la Esperanza que estamos viviendo como Iglesia. Un Jubileo es siempre un tiempo de gracia, de renovación y de puertas abiertas. Y vosotros, con vuestra vida entregada, sois precisamente eso: puertas abiertas a la esperanza para quienes han perdido casi todo, luz en medio de tantas noches de incertidumbre.

Hoy, al terminar esta jornada, os invito a volver a vuestras parroquias y a vuestros



equipos con un ánimo renovado. Que este Año de la Esperanza sea también para vosotros un pequeño jubileo interior: un tiempo para dejar que Dios os cure el cansancio, os devuelva la alegría y os recuerde que ninguna entrega es estéril cuando brota del amor.

Seguid siendo artesanos de esperanza en lo cotidiano; seguid poniendo humanidad donde a veces sólo hay frialdad; seguid siendo ese signo silencioso de que Dios sigue actuando a través de manos concretas, de nombres concretos, de historias concretas: las vuestras.

Que el Señor os bendiga, os fortalezca y haga fecundo todo lo que sembráis. Y que María, Madre de la Esperanza, os acompañe siempre en este hermoso camino de servir. Muchas gracias por todo lo que hacéis y por todo lo que sois.

Homilía en la clausura del Encuentro de hombres de Emaús

Capilla del Seminario diocesano (El Burgo de Osma), 30 de noviembre de 2025

Queridos hermanos:

Venimos de vivir un encuentro intenso. Dios ha tocado fibras que quizá estaban dormidas; ha encendido luces donde había sombra; ha abierto caminos donde creíamos que no había salida. Muchos de vosotros podéis decir, como los discípulos de Emaús: “¿No ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24, 32)

Pero justamente hoy, en este momento de clausura, la liturgia nos pone delante una palabra que es a la vez promesa, llamada y advertencia.

1. “*Camínemos a la luz del Señor*” (Is 2, 1-5): el Encuentro no termina, empieza

Isaías nos habla de un pueblo en marcha que camina a la luz del Señor. No dice: “Recordemos lo que hemos vivido”, sino “camínemos”. El encuentro de este fin de semana ha sido una cima; pero la fe no se despliega principalmente en la cima, sino en el valle cotidiano. Es decir, la experiencia cristiana no se alimenta sólo de momentos altos (ciertamente necesarios), sino que crece cuando uno persevera en lo pequeño, cuando se mantiene fiel en lo común, cuando transforma la emoción en convicción.

Muchos de vosotros habéis visto estos días cómo Dios ha comenzado a “*convertir espadas en arados*”: heridas que empiezan a cicatrizar, culpas que por fin encuentran descanso, corazones que comienzan a reconciliarse consigo mismos o con otros. Pero ese proceso (como toda conversión verdadera) exige seguir cuidándolo, protegiéndolo, alimentándolo.

Emaús no ha sido un paréntesis. Ha sido un envío. Dios os ha llamado para caminar hacia adelante sin complejos, hacia una vida más libre y auténtica.

2. “*Vamos a la casa del Señor*”: la fe crece en comunidad

El salmo 121 es el canto de unos peregrinos que suben juntos a Jerusalén. Nadie sube solo; nadie llega solo. La fe no es un proyecto individual o una aventura en solitario. La fe cristiana es eclesial o no es fe cristiana.

Y permitidme subrayar algo que considero importante. Vivimos en un tiempo de gran riqueza espiritual, en el que surgen muchas iniciativas, caminos y experiencias que ayudan a las personas a encontrarse con Dios. Damos gracias por todo lo bueno que el Espíritu va sembrando en medio de su Iglesia. Cada realidad aporta un don particular para despertar la fe y acompañar procesos de conversión.

Al mismo tiempo, sabemos que toda experiencia plenamente cristiana encuentra su plenitud cuando se vive en comunión con la Iglesia, como parte de una única familia, caminando juntos en la fe, desde la humildad y el servicio. Por eso, Emaús no es un camino aislado, sino una expresión viva de esta comunión eclesial: nace en la Iglesia y conduce siempre a ella. Porque lo que transforma el corazón no es un método concreto, sino el encuentro con Cristo; y Cristo nos reúne como discípulos en su Iglesia para vivir y crecer como comunidad.

Sin la Eucaristía, sin la parroquia, sin la comunidad concreta, sin los sacramentos, sin un lugar donde ser acompañados y escuchados, uno vuelve poco a poco a la vida de antes.

El salmo nos recuerda que en Jerusalén el pueblo encontraba un punto de referencia: el lugar donde se aclaraban los caminos, se tomaban decisiones y se aprendía a vivir unidos. Hoy la Iglesia es ese espacio donde nuestra fe se orienta, se discierne, se comparte y se convierte en misión; donde no caminamos solos, sino acompañados; donde descubrimos, sobre todo, que formamos parte de una familia. Por eso, dejad que todo lo que Dios ha despertado en vuestro interior encuentre su hogar en la vida de la Iglesia, donde la fe se sostiene, madura y se hace servicio. En esa comunión madura se encuentra la paz de la que habla el salmo: una paz que brota de sentirse en casa, sostenidos por Dios y por los hermanos: *“Que haya paz dentro de tus muros y seguridad en tus palacios”*.

3. “Es hora de despertar” (Rom 13, 11-14): la emoción debe convertirse en decisión

San Pablo nos habla hoy con una contundencia que no deja escapatoria: *“Es hora de despertaros del sueño”*. Muchos han despertado este fin de semana, pero ese despertar debe transformarse en un estilo de vida. Pablo advierte de las *“obras de las tinieblas”*: no son, quizás, grandes pecados, sino rutinas que nos hacen mediocres, tibios, insensibles y perezosos.

El encuentro os ha sacado de la tibieza espiritual; ahora toca perseverar. Por eso Pablo dice: *“Revestíos del Señor Jesucristo”*. Es una imagen preciosa: revestirse es cubrir la vulnerabilidad. Revestirse es dejar que otro (Cristo) sea nuestra fuerza. Revestirse es recordar cada día: *“No voy solo”*. Pero ese revestirse implica decisiones concretas, renunciadas reales, pasos firmes. Si nada cambia después del encuentro, entonces nada ha sucedido en el encuentro.

4. “Estad en vela” (Mt 24, 37-44): la vigilancia es amor despierto

Jesús nos invita a una vigilancia amorosa. No es vivir con miedo a que Dios nos “pille desprevenidos”, sino vivir con el corazón despierto para no dejar que la vida se nos escape.

La vigilancia evangélica es preguntar cada día: ¿Qué voz estoy escuchando hoy: la de Cristo o la de mis automatismos? Jesús nos advierte del enemigo que roba la alegría: el ruido, la prisa, la rutina, la autocomplacencia, la tentación de aislarse, y también el engaño de pensar: *“Ya viví un encuentro; ya está todo hecho”*. No. El Evangelio hoy lo dice con claridad: estad en vela, seguid despiertos, no dejéis que el demonio robe lo que Dios os ha regalado.



5. ¿Y ahora qué? Cinco decisiones para que el fuego no se apague

Os propongo cinco caminos concretos para perseverar.

a. La oración diaria: dejar que la Palabra siga hablando

No hace falta oración “perfecta”. Basta una oración real. Cinco o diez minutos al día. Un versículo del Evangelio. Una acción de gracias. Un silencio. Pero es preciso hacerlo cada día. Porque el corazón, igual que el cuerpo, necesita alimento diario, no ocasional.

b. La Eucaristía dominical: el fuego de Emaús se alimenta en el Pan de Emaús

Lo que habéis vivido aquí nació de la Palabra y del Pan partido. Pues bien: eso está disponible cada domingo. Si dejáis la Misa, se enfría el alma. Si sois fieles a la Misa, Cristo mantiene vivo el fuego. La Eucaristía no es un deber; es una necesidad vital del corazón cristiano.

c. Comunidad concreta: nadie persevera solo

Buscad un grupo, una fraternidad, un equipo, una parroquia donde compartir el camino con otros. Hablad con el párroco. Preguntad dónde podéis participar. Dejad que otros os sostengan y dejad que Dios os utilice para sostener a otros. El carbón separado se apaga; el carbón unido arde más.

d. Revisión de vida y sacramento del perdón: la limpieza interior mantiene el alma ligera

La confesión no es para quienes pecan “mucho”, sino para quienes quieren seguir caminando. Es la ducha del alma. Es la actualización de Emaús en lo cotidiano. Una confesión mensual (o más frecuente si hace falta) es un modo concreto de permitir que Dios siga moldeando el corazón.

e. El servicio: lo que no se da, se estanca

El amor que habéis recibido no es para guardarlo, sino para repartirlo. Servid en vuestra familia, en vuestra parroquia, en algún proyecto solidario. Sed hombres que levantan, que escuchan, que acompañan, que perdonan. El que sirve se mantiene despierto; el que se encierra, se duerme.

6. Conclusión: “El Señor ha pasado... ¿y tú qué camino eliges ahora?”

Hermanos: en estos días el Señor ha pasado muy cerca: ha abierto puertas, ha limpiado miradas, ha devuelto fuerza, ha despertado preguntas que quizá llevaban años silenciadas. Y cuando Dios pasa, deja siempre una llamada: levántate y camina.

Los discípulos de Emaús, al reconocer a Jesús, no se quedaron en el calor del momento. Se pusieron en marcha en plena noche. La fe auténtica siempre nos mueve, nos impulsa, nos cambia la dirección. Por eso, quisiera dejaros una pregunta que es decisiva, no para este encuentro, sino para toda vuestra vida: “¿Qué camino vais a tomar ahora que Cristo ha salido a vuestro encuentro?”

No respondáis con sentimientos; responded con decisiones. Porque la fe no se mide por lo que se siente, sino por lo que se elige; no por lo que conmueve, sino por lo que transforma.

Hermanos, proteged el fuego que el Señor ha encendido dentro de vosotros. Caminad en comunión con la Iglesia, sosteniéndoos unos a otros. Permaneced despiertos al paso de Dios y dejad que su Palabra siga dando forma a vuestro corazón. Volved a vuestras casas como hombres nuevos; no sólo conmovidos, sino transformados.

Aquí Dios ha rozado vuestro interior; que vuestra vida cotidiana convierta ese roce en un auténtico camino.

Homilía en el 25º aniversario de la dedicación del templo parroquial

Parroquia de Santa Bárbara (Soria), 7 de diciembre de 2025

Queridos hermanos:

Las lecturas de este segundo domingo de Adviento nos introducen con fuerza en la dinámica propia de este tiempo: una espera activa, una esperanza que no se cruza de brazos, sino que se convierte en compromiso. No aguardamos al Señor como quien contempla pasivamente el paso del tiempo; lo esperamos preparando el corazón y enderezando caminos, como proclama Juan Bautista: *“Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos”*.

El profeta Isaías nos regala una de las imágenes más bellas del Adviento: *“Brotará un renuevo del tronco de Jesé”*. Cuando todo parece seco, cuando da la impresión de que la vida y la fe se agotan, Dios hace brotar algo nuevo. Ese retoño es el Mesías esperado, lleno del Espíritu: espíritu de sabiduría, de consejo, de fortaleza, de conocimiento, de justicia y de mansedumbre. Pero, al mismo tiempo, esa profecía habla también de nosotros y de nuestras comunidades. Allí donde parece haber cansancio o fragilidad, Dios sigue actuando; sigue suscitando vida nueva, esperanza nueva, caminos nuevos.

La imagen del mundo reconciliado (el lobo junto al cordero, la pantera junto al cabrito) no es una fantasía irreal, sino la llamada a construir comunidades donde sea posible convivir desde el respeto, la acogida y el perdón. Comunidades donde nadie se imponga sobre otros, donde los frágiles encuentren cuidado y los pobres justicia, donde se aprenda a vivir la mansedumbre evangélica como fuerza verdadera. Todo eso es obra del Espíritu que actúa en la Iglesia cuando nos dejamos conducir por Él.

El salmo prolonga esta visión profética al describir un reino donde florecen la justicia y la paz, donde los débiles son defendidos y los pobres escuchados. Esta oración se hace pregunta directa para nosotros: ¿es nuestra parroquia reflejo de ese Reino? ¿Es lugar de cercanía para quien sufre, de consuelo para quien está solo, de apoyo para quien atraviesa dificultades? Porque preparar la venida del Señor no consiste en realizar bonitas celebraciones, sino en hacer visible, en lo concreto de la vida, la misericordia y la justicia de Dios.

San Pablo recoge el corazón mismo de la vida comunitaria cuando nos exhorta: *“acogeos mutuamente, como Cristo os acogió para gloria de Dios”*. Es una frase que podría resumir la experiencia cristiana. La Iglesia es hogar abierto; nadie sobra, nadie es extraño, nadie merece quedar al margen. Cristo no nos pide perfección para acogernos; nos acoge primero para transformarnos después. Vivir el Adviento supone salir de un cristianismo individualista



para reconocernos miembros responsables los unos de los otros, cuidando especialmente la comunión, promoviendo la cercanía y evitando la tentación del aislamiento o la indiferencia.

Y entonces aparece Juan Bautista, con su voz fuerte y exigente, para recordarnos que la espera auténtica pide conversión. No basta con repetir costumbres religiosas; es necesario que nuestra fe produzca frutos concretos. Convertirse significa revisar nuestras actitudes, renovar nuestra forma de vivir la parroquia, preguntarnos si seguimos anunciando el Evangelio con ilusión y audacia, si permanecemos abiertos a quienes buscan o se sienten alejados, si nuestros métodos pastorales sirven verdaderamente al encuentro con Cristo y con los hermanos. La conversión que nos pide el Adviento es una conversión personal, pero también una conversión pastoral: dejar que el Espíritu nos empuje hacia formas más cercanas, acogedoras y misioneras de vivir nuestra fe.

Esta parroquia de Santa Bárbara nació precisamente en un tiempo de respuesta a la realidad concreta de nuestra ciudad. Fue creada como fruto del crecimiento urbano de Soria hacia la zona norte, en las conocidas Eras de Santa Bárbara, entonces en plena transformación. La Diócesis quiso plantar aquí su presencia, para acompañar espiritual y comunitariamente a las nuevas familias que iban llegando a este barrio naciente.

Todo esto cobra un significado muy especial hoy, cuando celebramos el 25º aniversario de la dedicación de este templo parroquial de Santa Bárbara. Dedicamos entonces un edificio (muros, altar, bancos...), pero, sobre todo, se consolidó una comunidad convocada por Dios. Durante estos veinticinco años, este ha sido lugar de encuentro con la Palabra, mesa de Eucaristía, espacio del perdón, casa de oración y ámbito de consuelo en el dolor. Aquí muchos han aprendido a creer, otros han recuperado la esperanza, otros han encontrado apoyo en momentos de prueba y no pocos han sido despedidos confiadamente a la Casa del Padre.

Nuestra comunidad se apoya también en una historia más antigua: la ermita de Santa Bárbara, próxima a este templo, sencilla construcción gótica del siglo XV-XVI, custodia un retablo fechado en 1501, uno de los más antiguos de la ciudad. Desde hace siglos aquel pequeño santuario ha sido un punto de referencia para la fe del pueblo. Hoy la ermita permanece rodeada de edificios modernos como signo elocuente: la fe permanece mientras la ciudad cambia, enlazando generaciones pasadas y presentes en una misma tradición creyente.

Pero si algo hemos aprendido en este tiempo es que una parroquia no se sostiene por sus muros, sino por las piedras vivas que la conforman: personas que sirven, que oran, que colaboran, que sostienen silenciosamente la vida comunitaria. Por eso, celebrar este aniversario no es anclarse en el pasado, sino renovar el compromiso hacia el futuro: preguntarnos qué parroquia queremos seguir construyendo, cómo podemos servir mejor y qué rostro de Iglesia estamos llamados a ofrecer en los próximos años.

Y todo ello bajo la protección de Santa Bárbara, mártir del siglo III, cuya tradición representa la valentía en la fe y la confianza incluso en medio de la prueba. Las tres ventanas de la antigua ermita, evocando la fe en la Trinidad, son una imagen hermosa de lo que quiere ser esta parroquia: una casa con las ventanas abiertas a Dios, a los hermanos y a las necesidades de nuestro tiempo.

En este agradecimiento ocupa un lugar verdaderamente central la memoria de D. Manuel Peñalba, sacerdote profundamente querido por esta comunidad y por todo nuestro presbite-

rio soriano. Nos encontramos hoy precisamente en la parroquia que él puso en marcha con paciencia y entrega, cuando aún no existía este templo material, pero sí una llamada clara a crear una comunidad cristiana en este nuevo barrio que iba naciendo. Antes que levantar muros, D. Manuel levantó vínculos: vínculos de fe compartida, de esperanza sostenida y de acompañamiento cercano.

Celebrar hoy este aniversario es recordarlo con afecto, pero no desde la nostalgia, sino desde el reconocimiento agradecido por una vida sacerdotal gastada en el servicio humilde. No es un homenaje lo que hacemos al traer su memoria, sino una acción de gracias a Dios por el testimonio de su vida sencilla, por su espíritu incansable de servicio y por su bondad cercana.

Nacido en Bocigas el 21 de octubre de 1951, su vocación fue creciendo al calor de la Eucaristía, que marcó profundamente toda su existencia creyente. El 7 de noviembre de 1976 recibió el sacramento del Orden. Desde entonces, su identidad sacerdotal quedó grabada en una convicción que transmitía con naturalidad: la Eucaristía es la fuente, el centro y la cumbre de la vida cristiana. Desde este altar celebró incansablemente el misterio de un Dios que se entrega por amor. Muchos aprendimos junto a él que no se puede comprender la vida cristiana, ni la vocación sacerdotal, sin beber continuamente de esta fuente.

En los primeros años de ministerio sirvió en el arciprestazgo de El Burgo de Osma, y durante una larga etapa desempeñó una labor especialmente fecunda como padre espiritual del Seminario diocesano, acompañando a jóvenes que se preparaban para el sacerdocio. Muchos sacerdotes de nuestra diócesis guardamos todavía en el corazón el recuerdo agradecido de sus consejos sencillos, su escucha serena y su orientación discreta.

Posteriormente, llegó al arciprestazgo de Soria, primero a la parroquia de San José, y más tarde a esta de Santa Bárbara, donde vivió una de las etapas más intensas y queridas de su ministerio: crear una comunidad prácticamente desde cero, compartir la fe con las familias que se iban asentando en este nuevo barrio, celebrar la vida y el dolor de sus vecinos, acompañar procesos personales y colectivos con una enorme cercanía pastoral.

Fue también durante años Delegado del clero, servicio que desempeñó siempre sin escatimar tiempo ni esfuerzos, cuidando con verdadero afecto a sus hermanos sacerdotes. En todas sus tareas se caracterizó por una actitud interior constante: obediencia confiada a la Iglesia, aceptación serena de las encomiendas recibidas y una profunda fe en la providencia de Dios. Nunca rehusó responsabilidades ni buscó protagonismo. Su estilo fue siempre el mismo: la presencia humilde, la palabra oportuna, el acompañamiento silencioso.

Quienes tuvimos la dicha de tratarlo sabemos que su acogida a todos fue siempre generosa y sin distinción. Supo ser pastor y amigo, sacerdote y padre, escucha segura para quien necesitaba abrir el corazón. Nunca levantó muros entre él y las personas: por el contrario, fue especialista en tender puentes. Y aun en el último tramo de su vida nos dejó una de sus enseñanzas más conmovedoras. Ya en el hospital, cuando apenas podía hablar, continuaba comunicando paz sólo con la mirada, aceptando el plan de Dios con una serenidad que edificaba a cuantos se acercaban a él. Su forma de vivir la enfermedad y la cercanía de la muerte fue para todos una auténtica catequesis silenciosa de fe confiada y abandono en Dios.

Recordar hoy a D. Manuel no es sólo agradecer su pasado; es asumir un compromiso: continuar construyendo esta parroquia con su mismo espíritu de servicio humilde, fidelidad



discreta y amor sincero al Pueblo de Dios. Que su memoria nos anime a no desfallecer, a cuidar la comunión y a mantener viva la Eucaristía como corazón palpitante de nuestra vida cristiana.

Así, en este segundo domingo de Adviento, la Palabra de Dios nos empuja a la conversión, el aniversario nos invita al agradecimiento y a la responsabilidad, y el testimonio de D. Manuel nos convoca a la fidelidad cotidiana. Que esta celebración eucarística renueve en todos nosotros el deseo de ser piedras vivas de una Iglesia cercana y servidora, de construir una parroquia abierta, alegre, misionera, y de caminar, con esperanza firme, al encuentro del Señor que viene.

Confiemos este tiempo de Adviento y el camino de nuestra parroquia a María, Madre de la esperanza, que supo velar en la noche sin apagar la luz del corazón, creer cuando todo parecía sumirse en el silencio y acoger el misterio de Dios con plena disponibilidad. Que ella nos enseñe a custodiar con fidelidad la fe recibida, a seguir edificando la comunidad de Santa Bárbara con la misma entrega sencilla y perseverante que nos legaron quienes nos precedieron (de manera tan entrañable nuestro querido D. Manuel), y a prepararnos cada día para el encuentro con Cristo que viene a habitar en medio de nosotros. Que, bajo su mirada maternal, sepamos caminar unidos, sosteniéndonos unos a otros en la esperanza, hasta llegar a compartir juntos la alegría plena y sin ocaso de la Casa del Padre.

Homilía en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción (Vigilia)

Iglesia de San Juan de Rabanera (Soria), 7 de diciembre de 2025

143

En esta vigilia, pongamos unos momentos el corazón en silencio ante María. Entremos interiormente en Nazaret, contemplemos su casa humilde, pidamos la gracia de escuchar como ella escucha.

Queridos hermanos:

Hoy celebramos una de las fiestas más entrañables de nuestra fe: la Inmaculada Concepción de la Virgen María, una fiesta que despierta cariño, devoción y confianza, porque cuando miramos a María no vemos algo lejano, sino un rostro materno que nos entiende, nos acompaña y nos conduce siempre hacia su Hijo.

Las lecturas que hemos escuchado forman como un gran arco desde el principio de la historia hasta el corazón del Evangelio. En la primera lectura contemplamos la herida original: el ser humano, seducido por el pecado, rompe la comunión con Dios y se esconde de Él. Aparece el miedo, la vergüenza y la desconfianza. Todos podemos reconocernos ahí. También nosotros, cuando fallamos, tendemos a escondernos, a justificarnos, a alejarnos de Dios. Sin embargo, ese pasaje no termina en condena, sino en promesa: Dios anuncia que el mal no tendrá la última palabra. Habrá una mujer cuya descendencia vencerá definitivamente al pecado. Ya desde el comienzo brilla una luz de esperanza: Dios no abandona, Dios no se cansa de buscar y salvar. Tal vez cada uno de nosotros podría poner aquí su propia historia: alguna herida, alguna caída, algún momento en que sentimos que Dios nos buscaba sin rendirse.

Esa promesa encuentra su cumplimiento pleno en María. En el Evangelio escuchamos

el saludo del ángel: *“Alégrate, llena de gracia”*. En estas palabras está concentrada la esencia de la Inmaculada. María es llamada “llena de gracia” porque desde el primer instante de su existencia ha sido colmada del amor de Dios; en ella no hubo espacio para el pecado, porque todo estaba ocupado por la gracia. Dios la preparó así para que su corazón fuera hogar limpio y disponible para el Hijo eterno hecho carne.

Pero la grandeza de María no está sólo en lo que Dios hizo en ella, sino también en su respuesta. María escucha el anuncio desconcertante del ángel: será madre sin conocer varón; su vida ordinaria se verá trastocada; tendrá que fiarse de un plan que la desborda. Podría haber puesto en primer plano sus miedos, sus dudas, sus seguridades humanas. Sin embargo, después de preguntar con sencillez, responde con una frase que ha cambiado la historia: *“Aquí está la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra”*.

No es el suyo un “sí” ingenuo ni superficial. Es un acto profundo de abandono en Dios. María no entiende todo, pero confía. No controla el futuro, pero se entrega. Podemos imaginar a la joven María en ese instante: sola, frágil en apariencia, pero sostenida por una fe inmensa. En ese ‘sí’ cabía el mundo entero. Su respuesta es fruto de un corazón limpio, totalmente disponible, sin dobleces. En ella vemos lo que significa vivir abiertos a Dios: creer que Él sabe más que nosotros y que su voluntad es siempre amor.

San Pablo nos ha recordado hoy algo precioso: Dios nos ha elegido para ser santos. Es decir, lo que ha acontecido de modo singular en María está destinado también a nosotros. Ella es el anticipo de lo que Dios quiere hacer en toda la humanidad: limpiarla, liberarla del pecado, conducirla a la plenitud del amor. María no es una excepción que nos aleja, sino un espejo que nos revela nuestra vocación más profunda.

La Inmaculada nos recuerda que no estamos hechos para el mal, para la rutina sin alma o para una vida triste. Estamos hechos para la santidad, para un corazón lleno de gracia, para vivir como hijos amados de Dios. Aunque carguemos con debilidades, heridas o pecados, la gracia es más fuerte. Dios no se resigna con nosotros. Como hizo con María (aunque de modo distinto) quiere también recrear en nosotros un corazón nuevo.

Por eso hoy no sólo veneramos a la Virgen; también escuchamos una llamada personal. La pregunta es muy sencilla: ¿me dejo llenar por Dios como María, o vivo con el corazón cerrado? No respondamos deprisa. Cada uno sabe cómo está su corazón esta noche: cansado, herido, esperanzado, frío o en búsqueda. María nos acoge tal como estamos. A veces el pecado, el cansancio espiritual, el exceso de ruido o las preocupaciones constantes van ocupando el espacio interior que debería pertenecer a la gracia. La vida cristiana se convierte entonces en costumbre sin alegría, en fe sin esperanza.

María nos enseña otro camino: el de la confianza sencilla. Nos invita a decir cada día nuestro pequeño “sí”: en la oración fiel incluso cuando cuesta, en la paciencia con quienes nos rodean, en la honradez del trabajo diario, en el perdón que sana, en la entrega generosa sin esperar reconocimiento. Son esos pequeños “hágase” los que van limpiando el corazón y lo van convirtiendo en morada de Dios.

Además, María es una madre cercana. Ella no nos señala desde lejos como un ideal imposible, sino que camina con nosotros. Nos comprende cuando no podemos, nos levanta cuando caemos, intercede cuando nos sentimos débiles. En la devoción mariana honesta no



buscamos refugio sentimental, sino impulso para seguir a Cristo con mayor fidelidad. María siempre nos lleva a Jesús. Nunca se guarda nada para sí. Cuando acudimos a un santuario mariano sabemos que ante ella no hacen falta grandes discursos: basta estar, mirar, dejarse mirar.

Celebrar la Inmaculada es renovarnos en la esperanza: el bien vence, la gracia es más fuerte que el pecado y Dios sigue escribiendo una historia de salvación en cada uno de nosotros. Mirando a María aprendemos que vale la pena confiar y que entregarse a Dios no empobrece, sino que llena de sentido la vida. Pidámosle hoy, con corazón filial:

Madre Inmaculada,
toda llena de gracia y hecha transparencia de Dios,
acoge esta noche a tus hijos que venimos a ti
con nuestras luces y nuestras sombras.

Enséñanos a creer cuando la fe vacila,
a esperar cuando el cansancio pesa,
a fiarnos cuando el miedo paraliza.

Danos un corazón limpio como el tuyo,
capaz de escuchar sin resistencias,
de obedecer sin cálculos,
de amar sin reservas.

Que sepamos decir cada día,
en lo pequeño y en lo grande:
“Hágase en mí según tu palabra”.

Y que, como tú, llevemos a Cristo al mundo,
en nuestras familias, en nuestro trabajo,
en nuestra Iglesia y en nuestra tierra,
para que muchos descubran
que Dios sigue pasando cerca
y sigue eligiendo corazones humildes
para hacer maravillas.

Madre Inmaculada,
no nos sueltes de tu mano.
Llévanos siempre a Jesús.

Amén.

Homilía en el funeral de M^a Esther Muñoz

Parroquia de Nuestra Señora del Espino (Soria), 6 de diciembre de 2025

Queridos hermanos sacerdotes, querido Jesús, queridos familiares de M^a Esther, hermanos todos.

Nos encontramos hoy juntos, como comunidad cristiana, para despedir a M^a Esther, hermana de uno de nuestros sacerdotes. Nos reúne el sentimiento humano de la pérdida, pero sobre todo nos congrega la fe en Jesucristo muerto y resucitado, que es nuestra esperanza firme ante la muerte. Os agradezco vuestra presencia (de modo especial la de tantos hermanos sacerdotes) como expresión de comunión, de cercanía fraterna y de oración compartida en este momento de dolor.

Comprendemos bien que la muerte siempre hiere profundamente. Y cuando quien parte es un familiar tan cercano, el dolor se hace más íntimo, más silencioso y, a veces, más difícil de expresar. Pero precisamente hoy la Palabra de Dios quiere ofrecernos una luz serena para este momento de despedida, una luz que no anula el llanto, pero sí abre el corazón a la esperanza.

La primera lectura, del libro de los Macabeos, nos recuerda algo profundamente consolador: rezar por los difuntos no es un gesto vacío ni sentimental, sino un verdadero acto de fe. Judas Macabeo manda ofrecer sacrificios por los caídos *“pensando en la resurrección”*. Es una afirmación sencilla pero enorme: creemos que la muerte no tiene la última palabra, creemos que nuestras oraciones acompañan a quien ha partido, porque la comunión de los santos rompe los límites del tiempo y del espacio. Hoy, al rezar por M^a Esther, la confiamos a la misericordia de Dios, seguros de que el Señor, que conoce el corazón, acoge cada vida con infinita ternura.

El salmo nos ha puesto en los labios una de las profesiones de fe más hermosas: *“El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?”* En la oscuridad que produce la muerte, la Palabra proclama que Dios sigue siendo luz, incluso cuando nuestros ojos están nublados por las lágrimas. La fe no elimina el dolor, pero evita que el dolor se convierta en desesperanza. Creer es seguir repitiendo: *“Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida”*. Y esa promesa vale hoy especialmente para esta mujer sencilla, creyente, hermana, presencia callada y fiel en la vida de su familia.

San Pablo, en la carta a los Romanos, ensancha todavía más nuestra mirada. Nos recuerda que somos hijos de Dios, llamados no sólo a sobrellevar la vida, sino a participar de la gloria futura. Él habla del sufrimiento que atraviesa toda la creación, de ese gemido que todos conocemos bien: el dolor, la enfermedad, la vejez, la despedida..., pero añade algo decisivo: no gemimos sin esperanza, sino que esperamos la redención plena y la resurrección del cuerpo. La fe cristiana no es una huida de la realidad, sino la certeza de que nuestra historia personal está abierta a una plenitud que sólo Dios puede dar.

Y el Evangelio nos conduce al corazón mismo de Jesús: *“Venid a mí los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré”*. Hoy escuchamos estas palabras casi como pronunciadas directamente para quienes lloran la pérdida de una hermana, para toda la familia, pero también para los sacerdotes que conocemos bien el cansancio del camino. Jesús no



ofrece explicaciones abstractas ante el dolor; ofrece algo más grande: su persona. *“Venid a mí”*. Venid con las lágrimas, con la impotencia, con el nudo en el corazón. Él no promete eliminar la cruz, pero sí cargar con ella: *“Mi yugo es llevadero y mi carga ligera”*, porque Él mismo camina con nosotros.

En un funeral como el que estamos celebrando, donde nos reunimos un nutrido número de sacerdotes, se hace imposible no detenernos un momento para agradecer de corazón la vocación silenciosa de tantas familias de sacerdotes. Padres, madres, hermanos, hermanas, familiares que han compartido los sacrificios de una vida entregada a la Iglesia; que han sabido comprender las ausencias del sacerdote, sus soledades, sus preocupaciones y renunciaciones; que han sostenido su vocación con la oración, la comprensión y el cariño discreto. Sin este acompañamiento familiar fiel, humano y creyente, muchos de nuestros sacerdotes quizás no hubiesen perseverado en su ministerio. M^a Esther representa hoy (de modo especial) a todos esos familiares que no suben al altar, pero sostienen el altar; que no predicán, pero hacen posible la predicación; que no administran sacramentos, pero viven como testigos silenciosos de la entrega al Señor.

Querido Jesús, tu dolor es el nuestro. Tu pérdida la compartimos como presbiterio, porque también las cruces se llevan mejor cuando se cargan en comunión. Y, junto contigo y tu familia, confiamos a tu hermana a ese Padre bueno a quien Jesús conoce tan íntimamente y nos revela como Dios de misericordia.

En esta celebración elevemos también una súplica ardiente y confiada al Señor por las vocaciones sacerdotales. La Iglesia no camina sola ni se sostiene por estrategias humanas: vive de la llamada de Dios y de la respuesta generosa de quienes se dejan configurar por el corazón de Cristo, Buen Pastor. Necesitamos sacerdotes que amen apasionadamente su vocación, que entreguen su vida al servicio del Evangelio y del pueblo de Dios; y esa vocación nace casi siempre en el seno de familias creyentes, en comunidades parroquiales vivas, orantes y comprometidas, y se alimenta del testimonio de presbíteros felices, fieles y entregados, capaces de despertar en los jóvenes el deseo de seguir a Cristo sin reservas. Que la fidelidad cotidiana de tantos sacerdotes de nuestra diócesis (muchos de ellos sostenidos silenciosamente por el amor, la oración y el sacrificio de familiares como M^a Esther) sea una semilla fecunda de nuevas llamadas del Señor. Y que sepamos rogar sin cansancio para que nunca falten en nuestra Iglesia soriana hombres dispuestos a decir “sí” a Dios, para anunciar su Palabra, celebrar los sacramentos y acompañar al pueblo santo de Dios en el camino de la fe.

Concluimos poniendo nuestra mirada en Cristo resucitado: Él es el que vence a la muerte, el que transforma la despedida en promesa, el que convierte las lágrimas en esperanza. Hoy no decimos un adiós definitivo, sino un “hasta luego” lleno de fe. Seguimos caminando con el corazón herido, sí, pero sostenidos por una certeza firme: confiemos a Dios a M^a Esther y nosotros caminemos con la mirada puesta en el cielo hasta que un día volvamos a encontrarnos todos en la casa del Padre. Amén.

Homilía en el funeral de D. Fausto Nafría Romero

Parroquia de Boós, 12 de diciembre de 2025

Queridos hermanos:

Nos hemos reunido esta tarde para despedir cristianamente a D. Fausto, sacerdote de nuestra diócesis desde 1958, después de una vida larga, sobria y entregada al servicio de tantas comunidades rurales de nuestro territorio: Oncala y sus anejos, Torlengua, Fuentelmonge, Monteagudo de las Vicarías, Cañamaque, Valtueña y tantos otros pueblos fueron testigos de su ministerio que trató de ejercer con fidelidad y constancia. Quisiera expresar, en nombre de la Iglesia diocesana, nuestra cercanía y condolencia a sus familiares, que hoy sienten su ausencia y agradecen, junto a nosotros, el paso discreto pero firme de Fausto por esta tierra.

Las lecturas proclamadas nos sitúan en el corazón del misterio que celebramos. El libro de los Macabeos nos ha recordado que *“es una idea santa y piadosa orar por los difuntos”*. Y hoy lo hacemos movidos por la confianza de que Dios, que comenzó en Fausto la obra buena, la lleve ahora a su plenitud. Ningún ministerio sacerdotal llega intacto al final; todos llevamos arrugas, cansancios, límites, e incluso algunas asperezas humanas. Pero la Iglesia no se detiene ahí: mira a Cristo y confía en su misericordia.

El salmo que hemos rezado proclama: *“El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?”*. Esta confianza fue sostén para Fausto a lo largo de tantos años de ministerio. Los que lo conocisteis más de cerca sabéis que era un hombre más bien reservado. Todos tenemos un temperamento que forma parte de la historia que Dios teje con cada uno y todos tenemos también nuestra manera de estar en el mundo, y la suya era la de quien camina sin buscar el centro de nada y cumpliendo su deber día a día. Y quienes han sido acompañados por él saben que, detrás de esa sobriedad, había una presencia fiel en los momentos importantes. En un tiempo en el que todo parece provisional, la vida sacerdotal de Fausto nos recuerda el valor de la perseverancia. Permanecer durante años en los mismos lugares, sostener comunidades pequeñas, volver cada día a los mismos gestos y a las mismas palabras del ministerio es una forma muy real de fidelidad evangélica.

San Pablo, en la carta a los Romanos, nos ha recordado que *“gemimos aguardando la redención”*. En la vida de un sacerdote mayor, este gemido adopta muchas formas: el cansancio físico, la soledad de algunos momentos, la experiencia de ver cómo disminuyen las fuerzas mientras aún quedan parroquias que atender, etc. Fausto conoció bien este desgaste. Después de tantos años sirviendo en pueblos dispersos, llegó la jubilación en 2017, etapa final que ha sido un modo de esperar en silencio la plena manifestación de Dios.

El Evangelio nos ha regalado hoy una de las palabras más tiernas del Señor: *“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré”*. Esta promesa, que Fausto proclamó tantas veces, es ahora pronunciada para él. No sabemos cómo se encontró con Cristo en los últimos instantes, pero sí sabemos que el Señor no engaña: a quienes han llevado el yugo del Evangelio durante tantos años, incluso con las limitaciones propias del temperamento o la edad, Él les dice: *“Ven a mí... y encontrarás descanso”*. Y ese descanso no es evasión ni sueño, sino el abrazo definitivo en el que el sacerdote reconoce, por fin cara a cara, al Dios a quien consagró su vida.



Hoy, al despedirlo, damos gracias por su perseverancia, por su trabajo humilde en parroquias pequeñas, por su disposición constante, por esa forma tan sobria de entender el ministerio que también anuncia algo esencial del Evangelio y que el amor no siempre se expresa en palabras suaves, sino en la fidelidad de cada día, en estar donde uno debe estar.

Y damos también las gracias a la Casa diocesana de Soria, que ha sido su residencia en los últimos años y donde ha recibido un cuidado generoso y atento. Allí, en ese hogar que nuestra diócesis mantiene para que los sacerdotes mayores puedan vivir con dignidad, serenidad y fraternidad, Fausto ha encontrado un ambiente estable y humano, marcado por la profesionalidad del personal y por el cariño sencillo con el que se acompaña a quienes han entregado su vida al servicio del Evangelio. No es un detalle menor: cuidar de los que han cuidado de nosotros es una expresión madura de Iglesia, una forma concreta de gratitud comunitaria. La Casa diocesana (sus trabajadores, sus responsables, sus compañeros sacerdotes) ha sido para él un verdadero soporte en los últimos años y hoy lo reconocemos con sincero agradecimiento.

Al mismo tiempo, su muerte nos invita a orar por las vocaciones. Fausto perteneció a esa generación de sacerdotes que sostuvieron con sacrificio y sencillez la vida cristiana de nuestros pueblos. Muchos de ellos ya han partido, otros están en edad avanzada, y la mies sigue siendo mucha. Esta realidad no debe entristecernos, sino despertarnos. La Iglesia no puede renunciar a pedir al Señor nuevos sacerdotes: hombres capaces de entregar la vida para que el Evangelio siga llegando a todos. Cada funeral de un sacerdote es, en cierto modo, una llamada de Dios a mirar hacia adelante y preguntarnos qué hacemos para acompañar y suscitar las vocaciones: cómo cuidamos a los jóvenes, qué esperanza les transmitimos, qué testimonio damos. Oremos con perseverancia y sin miedo, porque el Señor sigue llamando; pidamos que haya corazones disponibles para escuchar su voz.

Que la Virgen María, a quien Fausto acudió tantas veces en su ministerio, lo reciba ahora y lo presente ante Cristo, el Buen Pastor. Confiamos en que el Señor, rico en misericordia, complete en él su obra y le conceda el descanso eterno. Hoy lo despedimos con gratitud y paz, confiando en que su vida esté ya en las manos de Dios, donde todo encuentra plenitud. Que el Señor lo acoja en su reino y nos mantenga a nosotros firmes en la esperanza. Amén.

Homilía al final de la convivencia de Cursos de cristiandad

Capilla de las Hnas. Nazarenas (Soria), 21 de diciembre de 2025

Queridos hermanos:

Celebramos hoy el cuarto domingo de Adviento en un contexto muy concreto y significativo: esta Eucaristía pone el broche final a vuestro cursillo. No es una misa más. Venimos de unos días intensos de escucha, de silencio, de encuentro, de compartir vida y fe. Algunos quizás habéis venido con preguntas, con heridas, con cansancio; otros, quizá, con distancia o con rutina. Y en medio de todo eso, Dios ha salido al encuentro, como siempre hace.

Por eso, esta celebración no es un punto final, sino un punto de envío. La liturgia de hoy nos ayuda a comprender qué significa volver a la vida cotidiana después de haber experimentado que Dios os ha hablado, os ha tocado y os ha mirado con amor.

1. José, el hombre que se deja mirar por Dios

El Evangelio nos ha presentado a José, un hombre bueno, justo y creyente, pero profundamente desconcertado. Su proyecto, su ilusión, su futuro se tambalean. María está embarazada y él no entiende nada. Y aquí está lo decisivo: José no reacciona desde el orgullo ni desde el miedo, sino desde la fe.

Dios le habla en sueños y le pide algo inmenso: *“No temas...”*. No le da todas las explicaciones, no le aclara todos los detalles. Le pide confianza. Y José responde obedeciendo, acogiendo a María, acogiendo al Niño, acogiendo un plan que no había elegido.

Hermanos, esta es una escena muy cercana a la experiencia del cursillo. Quizás habéis venido con la vida organizada de una manera y de pronto Dios ha entrado, ha descolocado certezas, ha removido seguridades y ha abierto preguntas nuevas. Y ahora, como José, toca decidir: ¿me fío o no me fío? ¿dejo que Dios cambie mi manera de vivir o intento volver a lo de antes como si nada hubiera pasado?

2. El Dios que sale al encuentro del hijo pródigo

El profeta Isaías anuncia una señal sorprendente: *“La virgen concebirá y dará a luz un hijo”*. Es decir, Dios mismo toma la iniciativa, no espera a que el ser humano sea perfecto, no espera a que todo esté en orden. Dios entra en nuestra historia tal como está.

Es la misma lógica que vemos en la parábola del hijo pródigo. El padre no espera con reproches ni con cuentas pendientes: sale corriendo, abraza, restaura la dignidad perdida y abre la fiesta. Ese es el Dios que hoy se nos revela en Jesús, el Emmanuel, el Dios-con-nosotros.

Vosotros habéis vivido en estos días algo muy parecido: habéis sentido lo que significa encontrarse con un Dios que abre los brazos antes de señalar errores, que ama antes de medir, que perdona antes de preguntar. Y eso, hermanos, es el núcleo del Evangelio. Pero ahora viene lo decisivo: ¿qué hacemos al volver a casa?

3. Las miradas de Jesucristo

El cristianismo no comienza con una norma ni con un esfuerzo moral, sino con una mirada. Jesús transforma a las personas mirándolas.

Jesús mira a Pedro después de que lo haya negado tres veces. No es una mirada dura ni humillante. Es una mirada que atraviesa el corazón, que hace llorar, pero que no destruye. Esa mirada no lo expulsa del grupo, lo prepara para convertirse en pastor.

Jesús mira a Judas hasta el último momento. Incluso en Getsemaní lo llama amigo. No le quita la libertad, no lo fuerza, no lo retiene. Es una mirada respetuosa, dolorida, que ama sin poseer.

Jesús mira al joven rico, y el Evangelio subraya algo decisivo: *“lo miró con amor”*. No con desprecio, no con ironía. Con amor verdadero. Pero aquel joven no fue capaz de desprenderse de lo que lo ataba y se fue triste.

Hermanos, en este cursillo habéis sido mirados por Cristo. No todos habréis reaccionado igual, ni reaccionaréis igual. Pero esa mirada permanece. No acusa, no persigue, no obliga. Invita. Y cada uno decide si responde como Pedro, si se cierra como el joven rico, o si huye



de sí mismo como Judas. La mirada de Jesús no se impone, pero compromete.

4. El encuentro necesita camino: formación y sacramentos

San Pablo nos recordaba en la segunda lectura que hemos sido llamados a ser santos, no por nuestras fuerzas, sino por pura gracia. Pero la gracia, para que dé fruto, necesita ser cuidada y alimentada.

El cursillo es un encuentro fundante, pero no sustituye al camino cristiano. El entusiasmo inicial es un regalo, pero no basta para sostener la fe en el tiempo. Por eso la Iglesia ofrece (y necesita) formación continua, espacios donde la fe se piense, se profundice y se haga adulta. Y ofrece, sobre todo, los sacramentos, que no son premios para los perfectos, sino alimento para los que caminan.

La Eucaristía dominical, la Reconciliación frecuente, la escucha de la Palabra de Dios, la vida comunitaria..., son imprescindibles. Quien ha tenido un encuentro con Cristo y no cuida estos medios, poco a poco se enfría. Y quien los vive, crece, se sostiene y madura.

5. Fermento en los ambientes

Jesús no nos llama a aislarnos ni a vivir la fe como algo separado de la vida. Nos llama a ser fermento. El fermento no se ve, no ocupa el centro, no hace ruido, pero transforma la masa desde dentro.

Ser fermento significa vivir el Evangelio en lo cotidiano: en la familia, en el trabajo, en el barrio, en el cuidado de los demás, en la forma de hablar, de perdonar, de escuchar, de actuar con justicia. No se trata de dar lecciones ni de hacer discursos religiosos, sino de vivir de tal manera que otros se pregunten de dónde nace esa manera de vivir.

El cursillo no os aparta del mundo: os devuelve al mundo con una mirada nueva. Allí es donde sois necesarios. Allí es donde Dios os espera cada día.

6. Comunión eclesial: parroquia y diócesis

Y aquí es importante una llamada clara y fraterna: ninguna experiencia eclesial, por valiosa que sea, puede vivirse al margen de la comunión. El cursillo es un don grande, pero no es la Iglesia entera.

La fe se vive en comunión, integrados en la vida parroquial, caminando con la diócesis, abiertos a otras sensibilidades y carismas. No como competidores, sino como hermanos. No como grupos cerrados, sino como miembros de un mismo Cuerpo.

Una experiencia de fe aislada termina debilitándose; una experiencia vivida en comunión fortalece a toda la Iglesia. José vivió su fe integrado en un pueblo y en una historia de salvación compartida. Ese es también vuestro camino.

7. "No temas"

Y hoy, al final del Adviento y al final de este cursillo, la Palabra de Dios nos repite con fuerza: "No temas". No temas fiarte de Dios más allá de estos días. No temas cambiar hábitos, prioridades y estilos de vida. No temas comprometerte de verdad con tu fe. No temas pasar del sentimiento al camino fiel, del momento intenso a la perseverancia diaria.

Que María, que supo decir sí; que José, que supo obedecer en silencio; y que Jesús, el Dios-con-nosotros, nos ayuden a volver a casa como el hijo pródigo, a dejarnos mirar por Cristo cada día, y a vivir en comunión siendo fermento del Reino en medio del mundo. Amén.

Homilía en la Misa de medianoche de Navidad

Residencia de ancianos de Santa Cristina de Osma, 24 de diciembre de 2025

Queridos hermanos sacerdotes, queridas Hermanitas y trabajadores de la Casa, queridos ancianos y ancianas que formáis esta gran familia:

En esta noche santa de Navidad, la Iglesia nos invita a detenernos un momento, a hacer silencio y a mirar con calma lo que hoy celebramos. Y lo que celebramos es algo tan sencillo como grande: Dios ha nacido. No ha venido con ruido ni con fuerza, no ha venido imponiéndose, sino en la quietud de la noche, en la pobreza de un pesebre, en la fragilidad de un niño.

La primera lectura, del profeta Isaías, nos ha hablado de un pueblo que caminaba en tinieblas y que vio una gran luz. Estas palabras resuenan esta noche de una manera muy especial aquí, en esta casa, donde se conocen bien las noches largas, el cansancio del cuerpo, la fragilidad, la enfermedad, la soledad o la nostalgia de lo vivido. Y precisamente a quienes pasan por momentos así, Dios no les ofrece explicaciones ni discursos, sino algo mucho más hondo: les ofrece su presencia, les regala una luz humilde y cercana, una luz que no deslumbra ni hiere, sino que reconforta el corazón. Es la luz de un niño recién nacido.

Dios no ha querido salvarnos desde arriba, sino desde abajo. Ha querido hacerse pequeño, compartir nuestra debilidad, para que nadie piense que su vida ya no vale o que su tiempo ya ha pasado. Con su manera de venir, Dios nos dice que toda vida importa, también cuando es frágil, también cuando necesita cuidados, también cuando es silenciosa.

El Evangelio nos ha llevado esta noche a Belén. María y José llegan cansados y no encuentran lugar en la posada. Y allí, en un espacio pobre y sencillo, nace el Hijo de Dios. Dios elige lo pequeño, lo que no llama la atención, lo que parece no contar demasiado a los ojos del mundo. Por eso Belén se parece tanto a tantos lugares sencillos como este hogar, donde se vive con mucha humanidad y muchos cuidados.

Los primeros en recibir la noticia no son personas importantes, sino los pastores, hombres sencillos acostumbrados a la noche, al frío y al silencio. A ellos se les anuncia: *“Hoy os ha nacido un Salvador”*. Hoy, no ayer ni en otro momento de la vida. Hoy. También hoy, aquí, en este Hogar de Santa Cristina, Cristo nace para todos los que vivís y trabajáis aquí.

San Pablo, en la carta a Tito, nos lo ha recordado con palabras muy claras: *“Ha aparecido la gracia de Dios que trae la salvación para todos”*. Para todos sin excepción: para quienes conservan recuerdos claros y para quienes los van perdiendo, para quienes pueden valerse por sí mismos y para quienes necesitan ayuda, para quienes cuidan y para quienes son cuidados.

Queridos ancianos y ancianas, vuestra vida sigue teniendo un valor inmenso. No sólo por lo que habéis hecho a lo largo de los años, sino por lo que sois ahora. Sois memoria



viva, sois historia, sois presencia. Vuestra paciencia, vuestra mirada, incluso vuestro silencio, siguen siendo un regalo para la Iglesia. En esta noche santa, Dios os dice que no está lejos, que no se ha olvidado de vosotros, que camina a vuestro lado.

Y queridas Hermanitas, esta noche ilumina de un modo especial vuestra vocación y la misión que compartís con todos los trabajadores de esta casa. En vuestro servicio diario, en el cuidado atento, en la paciencia y en la cercanía, prolongáis el gesto de Dios que se inclina, que se hace pequeño y que cuida con ternura. Junto a vosotras, el trabajo silencioso y constante de tantas personas (en la atención directa, en la cocina, en la limpieza, en la organización diaria) hace posible que este lugar sea verdaderamente un hogar. En cada gesto sencillo, en cada palabra amable, en cada cuidado discreto, se sigue diciendo que Dios está cerca y que su amor no abandona nunca. Así, entre todos, sois un reflejo vivo del pesebre de Belén, donde Dios quiso hacerse pequeño para que nadie se sintiera solo.

Esta noche se nos pide algo muy sencillo: acoger. Acoger a Dios tal como viene, pequeño y frágil, necesitado de brazos que lo sostengan. El Niño de Belén no viene a exigir, sino a regalarse; no viene a juzgar, sino a acompañar; no viene a apresurar el tiempo, sino a llenarlo de sentido. Su sola presencia nos recuerda que ninguna vida es inútil y que, incluso cuando parece que ya no hay mucho que ofrecer, siempre queda mucho que amar.

Que esta Navidad nos regale una paz profunda, una paz que no depende de la salud ni de las circunstancias, sino de la certeza de sabernos sostenidos por Dios. Que nos regale también una esperanza serena, de esas que no hacen ruido, pero que permanecen. Y que nos ayude a reconocernos unos a otros como un don: los ancianos, con su historia y su paciencia; las Hermanitas, con su entrega fiel y silenciosa; todos, como una familia reunida en torno al mismo Niño.

En esta noche de Navidad, pongamos nuestra vida en las manos del Niño. Con lo que somos y con lo que llevamos en el corazón. Dejemos que su cercanía nos calme, nos consuele y nos dé esperanza. Él ha querido quedarse con nosotros y en su presencia podemos descansar.

Homilía de la misa del día de Navidad

Parroquia de El Burgo de Osma, 25 de diciembre de 2025

Queridos hermanos:

La Navidad que hoy celebramos no es sólo una fiesta bonita o entrañable. Tampoco es sólo un recuerdo del pasado. La Navidad es, ante todo, una gran noticia: Dios no se ha quedado lejos de nosotros. No ha mirado nuestra vida desde la distancia. Ha entrado en nuestra historia y ha querido compartirla. Esto quiere decir algo muy importante: nuestra vida de cada día, con lo bueno y lo difícil, se ha convertido en un lugar donde podemos encontrarnos con Dios. Nada de lo que vivimos le es indiferente.

La primera lectura, del profeta Isaías, nos presenta a un mensajero que trae una buena noticia: Dios sigue estando con su pueblo. Es una alegría para gente cansada y herida, que

llevaba mucho tiempo esperando algo que les devolviera la esperanza. El mensaje es sencillo y profundo: Dios no los ha abandonado.

Este mensaje también es para nosotros. Vivimos tiempos de incertidumbre, de cansancio, de preocupaciones. A veces sentimos que Dios está lejos o que guarda silencio. La Navidad nos recuerda que Dios no se ha ido. Sigue con nosotros, acompañándonos y sosteniéndonos con cercanía. Creer en la Navidad es confiar en que Dios trabaja incluso cuando nosotros no lo vemos, y que abre caminos cuando pensamos que no los hay.

El salmo 97 continúa esta alegría: *“Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios”*. La salvación que Dios ofrece no es para unos pocos, sino para todos. Por eso la fe no puede quedarse encerrada en lo privado. La Navidad se nota en la vida. Se nota en cómo miramos a los demás, en cómo tratamos a quienes tenemos cerca, en cómo creemos que el bien es posible.

Celebrar la Navidad no es sólo venir a misa o poner un belén. Es vivir de tal manera que los demás puedan notar que creemos en el bien, que confiamos en el amor y que no todo está perdido.

La carta a los Hebreos nos recuerda algo esencial: *“Ahora Dios nos ha hablado por el Hijo”*. Dios no se ha limitado a enviar mensajes. Ha venido Él mismo. En Jesús, Dios se nos muestra tal como es. Si queremos saber cómo es Dios, miremos a Jesús. En su forma de vivir y de tratar a las personas descubrimos el corazón de Dios.

En Jesús descubrimos a un Dios distinto del que a veces imaginamos: un Dios que sirve y se acerca. De ahí nace algo muy concreto: nuestra fe no es una idea, sino una relación. Creer en Cristo es fiarnos de Él y dejar que su vida inspire la nuestra.

El evangelio de san Juan nos lleva al corazón del misterio con una frase decisiva: *“La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”*. Dios no ha venido como alguien lejano o inaccesible. Se ha hecho carne. Ha compartido nuestra fragilidad. Ha conocido el cansancio, el dolor, la alegría, el miedo. Ha querido vivir nuestra vida desde dentro.

Esto cambia nuestra forma de mirar la realidad. Si Dios ha asumido nuestra carne, entonces la vida cotidiana (el trabajo, la familia, la enfermedad, la vejez, las relaciones) se convierte en lugar de encuentro con Dios. La fe no nos separa del mundo; nos invita a vivirlo con una mirada nueva, descubriendo a Dios en lo sencillo.

Pero el evangelio también es muy realista: *“Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron”*. Dios se ofrece, pero no se impone. Y aquí la Navidad nos hace una pregunta directa: ¿le dejamos entrar en nuestra vida? ¿O estamos tan llenos de prisas, de ruidos y de preocupaciones que no queda espacio para Él? Recibir a Cristo no es sólo creer en Él, sino darle espacio en nuestra vida, escucharlo y permitir que nos transforme.

Pero el evangelio termina con una gran promesa: *“A cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios”*. Acoger a Cristo es aprender a vivir como hijos: con confianza, con libertad, con responsabilidad y con misericordia. Es pasar del miedo a la confianza y del egoísmo a la fraternidad.

En Navidad volvemos a escuchar esta buena noticia: Dios está con nosotros, también



cuando la vida duele. En Jesús, Dios camina a nuestro lado.

Que sepamos reconocerlo en lo pequeño, en lo frágil, en lo cotidiano. Y que, tocados por esta cercanía de Dios, sepamos ser también nosotros luz para los demás. Que la Navidad no se quede sólo en estos días, sino que marque nuestra manera de vivir todo el año: en cómo miramos, en cómo escuchamos, en cómo perdonamos y en cómo servimos. Que el Dios que hoy se hace carne encuentre en nosotros un lugar donde seguir habitando, a través de gestos sencillos, palabras de consuelo y actitudes de misericordia. Y que caminemos con esperanza, sabiendo que la última palabra sobre la historia no la tiene la oscuridad, sino la luz que hoy ha nacido para todos.

Homilía en la clausura del Año jubilar de la esperanza

Concatedral y Catedral, 27 y 28 de diciembre de 2025

Queridos hermanos en el Señor, queridos presbíteros, consagrados y fieles laicos de nuestra Iglesia diocesana:

Hoy la Palabra de Dios nos convoca en un cruce muy significativo de caminos. Celebramos la fiesta de la Sagrada Familia, clausuramos solemnemente en nuestra diócesis el Año jubilar de la esperanza, y lo hacemos como Iglesia que camina unida, con la mirada agradecida al pasado y el corazón abierto al futuro que el Señor nos prepara.

No es una simple coincidencia. La liturgia de hoy nos recuerda que Dios hace crecer la esperanza dentro de la historia a través de personas concretas y de familias reales, en comunidades vivas que reciben la fe, la cuidan y la transmiten de generación en generación. La historia de la salvación avanza cuando se vive la fidelidad en lo cotidiano: en hogares sencillos, en relaciones sostenidas con paciencia y en decisiones discretas que, aunque pasen desapercibidas, son las que mantienen viva la obra de Dios.

Nuestra diócesis se reconoce hoy como una gran familia convocada en torno a la Palabra y a la Eucaristía, consciente de que sólo puede avanzar con esperanza si permanece unida al Dios que la llama, la sostiene y la guía. Hoy estamos aquí representadas muchas historias: parroquias grandes y pequeñas, sacerdotes que sirven varias comunidades, familias jóvenes y mayores que sostienen la fe con constancia... Esta diversidad es el rostro concreto de nuestra diócesis que el Señor sigue convocando y cuidando.

1. La familia: lugar donde se aprende la esperanza

El libro del Eclesiástico nos ha presentado una visión profundamente humana y creyente de la familia: el respeto entre generaciones, el cuidado de los mayores y la fidelidad en el amor cotidiano. No se trata de idealismos ingenuos, sino de una sabiduría nacida de la observación paciente de lo que hace posible una convivencia verdaderamente humana.

La familia es el primer ámbito donde se despierta la esperanza, porque en ella comprendemos que la vida es siempre relación y apoyo mutuo. Ahí descubrimos que nadie se basta a sí mismo y que avanzamos sostenidos por lo que otros nos han entregado.

Honar al padre y a la madre no es sólo un mandamiento, sino una manera concreta de reconocer que somos eslabones de una historia mayor que nosotros mismos. En un tiempo marcado por la prisa y por la ruptura de los vínculos, la Palabra de Dios resuena hoy con una fuerza profética especial. Sabemos que muchas familias viven hoy con cansancio, con preocupaciones económicas, con heridas no cerradas o con la ausencia de quienes han tenido que marcharse. Precisamente en medio de esa fragilidad, la Palabra de Dios no juzga ni idealiza, sino que sostiene y anima.

El salmo lo de hoy lo ha expresado con imágenes sencillas: el hogar, el trabajo compartido, los hijos alrededor de la mesa. No habla de familias perfectas, sino de familias bendecidas, es decir, sostenidas por Dios incluso en medio de la fragilidad y de las inevitables tensiones de la vida cotidiana.

Y san Pablo, en la carta a los Colosenses, nos ofrece casi una “regla de vida” para las relaciones familiares y comunitarias: entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia... Virtudes humildes, aparentemente pequeñas, pero capaces de sostener la esperanza cuando todo parece resquebrajarse. Virtudes que aprendemos en la convivencia diaria, en el perdón mutuo y en la capacidad de cuidarnos unos a otros.

2. La Sagrada Familia: esperanza en medio de la prueba

El Evangelio nos presenta hoy a la Sagrada Familia en uno de los momentos más oscuros de su historia: la huida a Egipto, el exilio, la amenaza contra la vida del Niño. No encontramos aquí una estampa serena, sino una familia vulnerable, forzada a emigrar y sostenida únicamente por la confianza en Dios y por la obediencia a su Palabra.

Este relato nos recuerda que la Sagrada Familia no fue preservada del dolor, de la inseguridad o del desarraigo. Al contrario, conoció desde el principio la precariedad y la intemperie. Y precisamente por eso puede acompañar hoy a tantas familias que viven situaciones similares: migración, incertidumbre laboral, enfermedad, soledad, miedo al futuro. A todos ellos, a quienes cargan con estas realidades, el Evangelio no les ofrece recetas fáciles, sino una certeza firme: Dios sigue caminando con ellos. Y hoy ese cuidado de Dios se hace cercano y visible a través de su Iglesia, que acompaña, sostiene y no abandona a nadie en el camino. Un cuidado que se hace visible cuando un sacerdote recorre pueblos pequeños para que nadie se quede sin la Eucaristía; cuando se acompaña en silencio a una familia que ha perdido a un ser querido; cuando se visita a un enfermo, se escucha a quien está solo o se sostiene a quien atraviesa una dificultad que no sabe cómo nombrar. La Iglesia no resuelve todos los problemas, pero ahí está; no siempre tiene respuestas, pero ofrece presencia; no abandona, porque en ella sigue haciéndose presente el cuidado de Dios.

En definitiva, Dios no salva al mundo desde fuera del sufrimiento, sino atravesándolo. La esperanza cristiana no consiste en la ausencia de dificultades, sino en la certeza de que Dios camina con nosotros incluso cuando no vemos con claridad el horizonte.

José, obediente y silencioso; María, confiada y fuerte; el Niño, indefenso y portador de salvación. En ellos descubrimos que la esperanza tiene rostro familiar, que se aprende en la escucha, en la fidelidad cotidiana y en la capacidad de recomenzar una y otra vez.



3. Clausura del Año jubilar de la esperanza: dar gracias y asumir una misión

Hoy, como diócesis, clausuramos el Año jubilar de la esperanza. Ha sido un tiempo de gracia, de peregrinación interior y exterior, de reconciliación y de escucha renovada del Evangelio. Un tiempo en el que muchos han vuelto a experimentar el valor del perdón y la fuerza sanadora de la comunión eclesial.

Pero un jubileo no se clausura para archivar una experiencia, sino para integrarla en la vida ordinaria de la Iglesia. Sería un error pensar que, al cerrar un año jubilar, se cierra también el dinamismo espiritual que lo ha sostenido.

La esperanza no es un lema que se agota, sino una virtud que se cultiva día a día. Y hoy la liturgia nos dice con claridad dónde debe enraizarse: en nuestras familias, llamadas a ser escuelas de humanidad y fe; en nuestras parroquias, llamadas a ser hogares abiertos y acogedores; y en nuestra diócesis, llamada a ser una comunidad que acompaña, sostiene y envía. Por eso, este Año jubilar no ha querido quedarse sólo en la celebración, sino expresarse también en un gesto concreto de caridad. Como fruto del Jubileo, nuestra diócesis, en colaboración con Cáritas diocesana, está ultimando, aquí en la ciudad, un espacio estable de acogida y acompañamiento para personas que viven entre nosotros en situación de grave exclusión, especialmente quienes viven en precariedad y con dificultades de socialización. Esta casa, que abrirá sus puertas próximamente, pretende ser una manera sencilla y evangélica de decir que nadie queda fuera, que nadie es invisible, que la esperanza cristiana se hace cercanía y cuidado.

4. Mirar al futuro: san Pedro de Osma y la esperanza que edifica

En esta celebración, la Iglesia nos invita también a levantar la mirada hacia el horizonte que se abre ante nosotros. En 2026 celebraremos el 925º aniversario de la elección de San Pedro de Osma como obispo de nuestra diócesis.

Aquel monje venido de Francia, formado en la espiritualidad de Cluny, llegó a estas tierras con medios humildes, en un contexto complejo, y asumió una misión que humanamente podía parecer desproporcionada: restaurar la antigua diócesis de Osma y reavivar la vida cristiana en torno al Evangelio.

No vino con grandes estrategias, sino con fe, con paciencia y con una esperanza anclada en Dios y en la fuerza transformadora del Evangelio. Su modo de actuar fue cauto y perseverante, más atento a los procesos que a los resultados inmediatos, más preocupado por edificar comunión que por imponer reformas apresuradas. Y precisamente por eso su obra (callada, humilde y constante) marcó para siempre la historia de nuestra diócesis.

San Pedro de Osma supo mantener unidas realidades que a veces tendemos a separar: la oración y la acción, la contemplación y el servicio, la liturgia y la caridad. Entendió que la verdadera renovación de la Iglesia no nace de los medios ni de la abundancia de recursos, sino de corazones convertidos y fieles al Evangelio. Por eso, aunque levantó una catedral en El Burgo, villa que nació con él, su obra más profunda fue edificar una Iglesia viva: una comunidad reunida en torno a la Eucaristía, sostenida por pastores entregados, cercana a su pueblo y con el corazón abierto a los pobres.

Por eso su figura nos interpela hoy con una fuerza singular. También nosotros vivimos un tiempo de transición y de búsqueda. Nuestra diócesis conoce la fragilidad de lo pequeño,

el cansancio pastoral, la dispersión del territorio y los desafíos culturales de nuestro tiempo. Y, sin embargo, como entonces, el Señor sigue actuando en la perseverancia de tantas comunidades pequeñas que no hacen ruido, pero mantienen viva la fe.

San Pedro de Osma nos enseña hoy que la esperanza se construye en el tiempo largo, no en la prisa; que la renovación eclesial comienza siempre por la conversión de cada uno; que la comunión es más fecunda que cualquier estrategia; y que la Iglesia se edifica cuando confía más en la gracia que en sus propias fuerzas.

Prepararnos para este aniversario no será sólo un ejercicio de memoria, sino una oportunidad espiritual para releer nuestra identidad diocesana, para discernir el presente con fe y para abrirnos al futuro con esperanza confiada.

5. Una Iglesia que espera: familia en sede vacante y hogar de esperanza

Queridos hermanos: celebrar hoy la Sagrada Familia, clausurar el Año jubilar de la esperanza y abrir el camino hacia el aniversario de san Pedro de Osma no son tres actos aislados, sino un único movimiento espiritual, una llamada del Señor a vivir este momento de nuestra historia diocesana con fe madura y corazón confiado.

Nuestra diócesis vive ahora una situación particular: estamos en sede vacante. Es un período que puede generar incertidumbre, pero que la Iglesia siempre ha entendido como un tiempo de gracia y de abandono confiado en la acción del Espíritu Santo. No estamos huérfanos: el Señor sigue pastoreando a su pueblo y no deja de cuidar esta Iglesia particular.

Por eso hoy, como familia diocesana reunida, queremos poner en manos de Dios nuestro presente y nuestro futuro, y pedirle con humildad y esperanza que nos conceda un nuevo obispo según su corazón: un pastor que, como san Pedro de Osma, dedique mucho tiempo a escuchar, a acompañar, a edificar la comunión y a predicar con sencillez y sabiduría; un pastor que camine delante para indicar el rumbo, en medio para sostener y detrás para no dejar a nadie rezagado.

Este tiempo nos recuerda que la Iglesia no se apoya en una persona concreta, sino en Cristo; pero también que el ministerio episcopal es un don precioso, principio visible de unidad y garante de la comunión. Por eso rezar por el futuro obispo no es una formalidad, sino un acto de amor a la Iglesia.

Nuestra diócesis está llamada a ser una familia de familias; una comunidad que no se repliega ante las dificultades ni se deja vencer por el cansancio, sino que permanece firme en la esperanza; una comunidad que aprende de José la escucha atenta y obediente, de María la confianza serena y fiel, y de san Pedro de Osma la capacidad de recomenzar una y otra vez desde el Evangelio, con humildad y perseverancia.

Supliquemos al Señor que cuanto hoy celebramos no se disuelva en palabras, sino que tome cuerpo en la vida diaria: en una oración fiel, en una comunión verdadera y en un compromiso efectivo y afectivo con nuestra Iglesia diocesana. Que nuestras familias sean semilla viva de esperanza. Que nuestra diócesis avance unida en este tiempo de espera confiada. Y que, dóciles al Espíritu Santo, sepamos esperar y acoger con fe y gratitud al pastor que el Señor ya ha elegido, que guarda en su corazón y que, a su tiempo, entregará a nuestra Iglesia diocesana.



CARTAS

Sede vacante

3 de octubre de 2025

Con espíritu de sencillez y de confianza me dirijo a vosotros en estos días en que nuestra Diócesis comienza a caminar en sede vacante, tras la marcha de nuestro obispo, D. Abilio, a quien agradecemos de corazón su servicio pastoral, su cercanía constante y su entrega generosa a lo largo de estos años entre nosotros. Ha sido pastor, maestro y hermano, y nos deja la huella de su testimonio de fe y de su amor a la Iglesia. Guardamos en la memoria sus gestos de padre y guía, y en la oración encomendamos su nuevo ministerio en la Iglesia que peregrina en Ciudad Real, donde seguirá sirviendo con la misma fidelidad al Evangelio.

El Colegio de consultores me ha confiado la responsabilidad de desempeñar el oficio de Administrador diocesano hasta que el Santo Padre designe al nuevo obispo que guiará nuestra diócesis. Acepto esta misión con humildad y con la certeza de que el verdadero Pastor y Esposo de la Iglesia es Cristo, que no abandona nunca a su pueblo y que continúa conduciendo nuestra barca con suavidad y firmeza. El Administrador diocesano no sustituye la figura del obispo, pero, con la ayuda de todos vosotros, está llamado a custodiar la unidad de la diócesis, a sostener la vida ordinaria de la Iglesia y a preparar con confianza la acogida del nuevo pastor.

Este tiempo que atravesamos no es un paréntesis ni un vacío, sino un tiempo de gracia. El Señor nos invita a vivirlo como oportunidad para crecer en madurez eclesial, para fortalecer la comunión y para cuidar con esmero la vida de nuestras comunidades. El Espíritu nos impulsa a mirarnos unos a otros como hermanos, a sostenernos mutuamente en la fe y a continuar con alegría el camino de la evangelización. La Iglesia no se detiene: sigue siendo madre que celebra la Eucaristía, que anuncia con alegría la Palabra de Dios, que acompaña a los pobres y necesitados, que educa a los niños y jóvenes en la esperanza, que consuela a los enfermos, que anima a las familias en sus esfuerzos y que ofrece luz y fortaleza a cuantos buscan sentido y consuelo.

En este tiempo deseo invitaros de manera especial a la oración perseverante. Recemos con insistencia por nuestra diócesis, para que se mantenga unida, viva y misionera. Recemos también por el Santo Padre, que en su momento enviará a nuestra Iglesia el pastor que mejor pueda servirnos. Pidamos al Espíritu Santo que lo ilumine en este discernimiento y que no tarde en concedernos el obispo que tanto anhelamos. Que esta súplica se haga presente en nuestras celebraciones comunitarias, en la oración personal y familiar, en la adoración al Santísimo Sacramento, en los monasterios contemplativos y en la vida cotidiana de nuestras parroquias y comunidades.

Queridos hermanos, caminemos estos meses con serenidad y confianza. No los vivamos como un tiempo de espera pasiva, sino como una etapa fecunda para crecer en la corresponsabilidad y en el sentido de pertenencia a la Iglesia diocesana. Sintamos más intensamente nuestra diócesis como “casa común”, donde cada uno tiene un lugar y una misión insustitui-

ble. Aprovechemos este tiempo para cuidar las relaciones fraternas, para apoyar a nuestros sacerdotes y consagrados, para dar espacio y voz a los laicos en la misión y para abrirnos con disponibilidad al nuevo pastor que el Señor nos regalará. Mientras tanto, recordemos que la barca de la Iglesia nunca está a la deriva: Cristo está en medio de nosotros, su Espíritu sostiene nuestro camino y la comunión fraterna nos mantiene firmes en la esperanza.

La Virgen del Pilar, esperanza para un pueblo

10 de octubre de 2025

Cada 12 de octubre, el calendario litúrgico y el corazón del pueblo cristiano se unen para celebrar a Nuestra Señora del Pilar, una advocación mariana que hunde sus raíces en los primeros siglos del cristianismo y que, con el paso del tiempo, ha llegado a ser símbolo espiritual, cultural y afectivo de España.

La tradición cuenta que, en los comienzos de la predicación cristiana, el apóstol Santiago el Mayor recibió la visita de la Virgen María, aún viva en Jerusalén. Ella se le apareció sobre un pilar de jaspe a orillas del río Ebro, en Zaragoza, para infundirle ánimo y prometerle que su misión no sería estéril. Desde entonces, el Pilar no es sólo una columna de piedra, sino una metáfora espiritual. María, al presentarse sobre el pilar, se muestra como columna de la fe y sostén del pueblo creyente. Su figura recuerda a la Iglesia que, a lo largo de los siglos, se ha mantenido en pie gracias a la fe sencilla y firme de tantos hombres y mujeres que, como Santiago, han experimentado el cansancio, la soledad o el desaliento en el seguimiento de Cristo.

Celebrar el Pilar es, ante todo, una invitación a renovar la esperanza en medio de las dificultades. María nos enseña a mantenernos firmes. Su presencia maternal no es un refugio pasivo, sino un estímulo para la acción: nos anima a construir nuestra vida sobre fundamentos sólidos (la fe, la verdad, la caridad) y a no temer cuando el mundo parece tambalearse.

La devoción al Pilar se expandió pronto por toda España y, con el paso de los siglos, llegó a ser una de las señas más visibles de la religiosidad popular del país. En torno a ella se ha configurado un modo de sentir y de celebrar la fe profundamente español: procesiones, cantos, flores, promesas y gestos de gratitud que expresan, más allá de la palabra, la confianza filial del pueblo en su Madre.

La Basílica del Pilar, en Zaragoza, se levanta hoy como uno de los grandes centros de peregrinación mariana del mundo. En ella han orado reyes y campesinos, soldados y misioneros, madres y estudiantes, creyentes anónimos y comunidades enteras que, al pie del Pilar, han depositado alegrías y penas. La Virgen del Pilar se ha convertido así en Patrona de España y de la Hispanidad, título que expresa una profunda realidad espiritual: la unidad de un pueblo que, más allá de fronteras y diferencias, comparte una raíz común en la fe y en la lengua que nació de ella.

El 12 de octubre se celebra también el Día de la Hispanidad, recuerdo de aquel encuentro entre los pueblos de Europa y América. En ese contexto, la Virgen del Pilar se convierte en un símbolo de comunión entre continentes y culturas, un recordatorio de que la fe cristiana está llamada a humanizar la historia.



Por eso, mirar al Pilar hoy es mirar más allá de nuestras fronteras. Es reconocer la presencia de María junto a los que sufren. Ella sigue siendo columna firme en medio de las tormentas del mundo. Su figura nos recuerda que la fe cristiana no se agota en lo íntimo, sino que tiene consecuencias sociales: sostener el pilar de la verdad, de la paz y de la dignidad humana en medio de un mundo que a veces se desmorona.

La fiesta del Pilar no es sólo memoria del pasado, sino llamada al presente. Cada creyente está invitado a convertirse también en “pilar”: sostén de su comunidad, apoyo de los más débiles, signo visible de la presencia de Dios. En un tiempo marcado por la inestabilidad, la polarización y la falta de confianza, el testimonio de María nos impulsa a vivir con serenidad y fortaleza, confiando en que, más allá de nuestras debilidades, la fe puede seguir siendo piedra firme.

Cuando la paz incomoda

17 de octubre de 2025

El alto el fuego alcanzado entre Israel y el grupo terrorista Hamás debería ser motivo de alivio universal. Significa el fin de los bombardeos, de los misiles, de los niños enterrados bajo los escombros. Sin embargo, en algunos sectores políticos y mediáticos españoles se percibe una reacción tan fría como inquietante: no celebran la tregua, la sospechan. No se alegran de la paz, la lamentan. Y lo hacen, paradójicamente, porque el artífice del acuerdo ha sido Donald Trump.

Esta reacción no es anecdótica: revela una perversión moral del discurso público. Hay quienes han hecho de la guerra (de su relato) una fuente de identidad ideológica. Necesitan que el conflicto continúe para sostener su narrativa binaria: el oprimido frente al opresor, el bien frente al mal. La firma de la paz, en cambio, desactiva ese esquema y obliga a pensar en términos de complejidad, de corresponsabilidad, de reconstrucción. Y eso, para ciertos discursos, es insoportable.

Durante meses, gran parte del debate sobre Gaza en España ha sido emocional, maniqueo y profundamente ideologizado. Se ha confundido la legítima defensa del pueblo palestino con la apología encubierta de Hamás; la crítica al gobierno israelí con el antisemitismo más rancio, reciclado en clave “progresista”. Ahora que llega el alto el fuego, ese lenguaje se queda sin oxígeno. Ya no hay víctimas que mostrar, ni titulares que indignen cada mañana, ni banderas que agitar en la plaza pública.

El hecho de que el acuerdo lleve la firma de Donald Trump ha actuado como un detonante adicional. Hay quien parece incapaz de reconocer un gesto constructivo si proviene de quien considera enemigo. Esa ceguera ideológica, que mide los hechos según la etiqueta del autor y no según sus resultados, degrada el debate político hasta el sectarismo. ¿De verdad es preferible que sigan muriendo inocentes antes que admitir que un adversario ha contribuido a detener la violencia?

El rechazo automático al alto el fuego porque “lo ha conseguido Trump” no es una postura política: es una forma de resentimiento. Es negar la realidad por razones emocio-

nales, una versión sofisticada de la pataleta. Y eso, en tiempos de guerra, tiene un coste ético insoportable.

En política (como en la vida) hay victorias que conviene celebrar, aunque las logre quien no nos cae bien. El cese de hostilidades, por precario que sea, merece un apoyo firme y sereno. Si el impulso inicial ha venido de Washington, bienvenido sea; lo importante es que se salven vidas. Después vendrán las negociaciones, las reparaciones y los ajustes, pero no debería haber ambigüedad posible ante lo esencial: la paz siempre es preferible a la muerte.

Resulta triste comprobar cómo ciertos discursos que se proclaman humanistas sólo parecen conmoverse cuando el horror encaja con su narrativa. La compasión selectiva es una forma de cinismo. Y el antisemitismo disfrazado de antisionismo sigue siendo, en el fondo, antisemitismo.

El fin de la violencia no debería ser una mala noticia para nadie. Sin embargo, la reacción de algunos demuestra hasta qué punto hemos perdido el sentido moral. Quien necesita que la guerra continúe para mantener su relato, ya no defiende una causa: defiende una identidad. No le interesa la justicia ni la verdad, sino conservar el marco ideológico que le da sentido político. Hemos llegado a un punto en que la humanidad del otro se subordina a la conveniencia del propio relato. Y eso es lo que amenaza nuestra convivencia democrática.

La decencia, en tiempos así, consiste en algo muy simple: celebrar que mueran menos, aunque no lo haya logrado quien queríamos; desear que la paz prospere, aunque no sirva a nuestra bandera ideológica. Porque, al final, lo que nos mide no son nuestras consignas, sino la sinceridad de nuestro deseo de paz.

La “cultura” del insulto

24 de octubre de 2025

“De la abundancia del corazón habla la boca” (Lc 6, 45). Vivimos tiempos en los que las palabras duelen más que los hechos. Basta asomarse a los debates públicos, a los comentarios en redes sociales o incluso a las conversaciones cotidianas para percibir un clima enrarecido: la ofensa se ha vuelto costumbre, el insulto se ha normalizado y la agresividad se confunde con la franqueza.

Cada día se siembra desprecio desde los micrófonos, los titulares o las pantallas. Personas y grupos se reducen a etiquetas; la ironía se usa para humillar, y el diálogo se sustituye por el ruido. Esta “cultura del insulto” no sólo empobrece el lenguaje: hiere el alma colectiva. Cuando ya no escuchamos, cuando sólo respondemos para vencer y no para comprender, dejamos de reconocernos como comunidad.

Los estudios sobre convivencia muestran que esta violencia verbal no se queda en las redes: contamina la vida escolar, familiar y eclesial, donde los jóvenes aprenden a gritar más que a dialogar, a reaccionar más que a razonar. El resultado es una sociedad crispada, donde el otro no es un interlocutor, sino un enemigo.



La Biblia nos recuerda que la palabra humana tiene capacidad de crear o de destruir. Los profetas lo sabían: “En su boca no hay sinceridad, su corazón es perverso; su garganta es un sepulcro abierto, mientras halagan con la lengua” (Sal 5, 10). Y Jesús lo dirá con claridad: “En verdad os digo que el hombre dará cuenta en el día del juicio de cualquier palabra inconsiderada que haya dicho” (Mt 12, 36). Por eso, cada insulto, cada humillación pública rompe algo del tejido social y de la comunidad eclesial.

El profeta Isaías decía: “El Señor me dio lengua de discípulo, para saber decir al abatido una palabra de aliento” (Is 50, 4). Esa es la tarea pendiente de nuestro tiempo: recuperar la palabra como servicio, no como combate. No se trata de callar lo que pensamos, sino de decirlo con verdad, respeto y compasión. El Evangelio no nos pide suavizar la verdad, sino pronunciarla sin herir.

En una sociedad que premia el sarcasmo y la descalificación, la comunidad cristiana está llamada a ser un espacio de palabra limpia y dialogante, donde se escuche antes de responder y donde se corrija sin humillar.

Cada vez que escuchamos el Evangelio o decimos “amén”, nos comprometemos a que nuestra palabra sea también alimento, no veneno. Si nuestra sociedad sufre por el insulto, la mentira o la manipulación, la Iglesia ha de ser escuela de escucha, donde la comunicación sea reflejo del amor de Dios: un amor que se expresa, se acoge y se dona.

No todo está perdido. Hay jóvenes que buscan nuevas formas de expresarse sin odio; hay educadores, periodistas, catequistas y comunidades que intentan sanar el lenguaje público desde la palabra justa, paciente y empática. Ellos son los nuevos profetas: los que siembran diálogo en tierra hostil. Recuperar la palabra es recuperar la humanidad. Porque una sociedad que ya no se escucha está enferma; pero una que aprende de nuevo a hablar con respeto, empieza a curarse. “Malas palabras no salgan de vuestra boca; lo que digáis sea bueno, constructivo y oportuno, así hará bien a los que lo oyen” (Ef 4, 29).

La justicia en la mira del poder

31 de octubre de 2025

El gobierno de la nación ha presentado, por medio del ministro Bolaños, una reforma judicial que dice buscar la modernización del sistema, el acceso igualitario a la carrera judicial y una justicia más eficiente. Son, en principio, objetivos legítimos. Pero detrás de ese lenguaje amable late una sospecha cada vez más extendida: que lo que se presenta como modernización podría ser, en realidad, un intento de control político sobre uno de los pilares esenciales del Estado de derecho, la independencia del Poder judicial.

La propuesta traslada la instrucción de las causas penales al Ministerio fiscal (cuyo jefe, el Fiscal general del Estado, es designado directamente por el gobierno), abre vías extraordinarias de acceso a la judicatura que rebajan las exigencias de las oposiciones tradicionales, y limita el ejercicio de la acusación popular, mecanismo que durante décadas ha permitido a asociaciones y ciudadanos participar en la defensa del interés público frente a la corrupción o el abuso de poder. A ello se añade una modificación del Consejo general del

Poder judicial que, según denuncian las asociaciones de jueces, puede aumentar la dependencia institucional respecto al ejecutivo.

El gobierno asegura que todo se hace en nombre de la eficacia y la modernidad, y que no se toca ni una línea de la independencia judicial. Pero los hechos y los precedentes invitan a la cautela. Cuando los fiscales (que dependen jerárquicamente del Fiscal general) asuman el papel de investigadores principales, el riesgo de interferencia política será inevitable. La sustitución del juez instructor por el fiscal no sólo altera la estructura procesal, sino que desplaza el centro de gravedad del poder judicial hacia un ámbito más permeable al poder político. Y en ese deslizamiento se juega la frontera entre la justicia independiente y la justicia controlada.

Las asociaciones de jueces y fiscales han alertado de que la reforma rompe el equilibrio de poderes y convierte al Poder judicial en un “poder con minúscula”. Sus críticas no nacen del corporativismo, sino del convencimiento de que la independencia judicial no es un privilegio de los jueces, sino una garantía para los ciudadanos. Allí donde la justicia se somete, el ciudadano queda indefenso frente al poder.

La cuestión no es si el sistema judicial necesita modernizarse, sino quién dirige esa modernización y con qué propósito. Una democracia madura se mide no por la obediencia de sus jueces, sino por su libertad para juzgar al poder sin temor ni dependencia. Cuando la política busca controlar la justicia, no está fortaleciendo la democracia, sino debilitándola.

Si la reforma de Bolaños se lleva a cabo sin respeto a los contrapesos institucionales, el resultado no será una justicia más ágil, sino una justicia más dócil. Y una justicia dócil es, por definición, una justicia menos justa. La verdadera modernización del sistema judicial pasa por dotarlo de medios, por reducir su sobrecarga y por blindar su independencia frente a cualquier gobierno, no por hacerlo más manejable para quien ostenta el poder.

Cuando la ley se convierte en instrumento del poder, deja de ser ley para transformarse en estrategia. Y en ese punto, el Estado de derecho deja de ser una promesa compartida para convertirse en una fachada. De ahí que defender la independencia judicial no sea una cuestión corporativa ni ideológica, sino una exigencia moral y democrática. Porque sin justicia libre, no hay libertad posible.

Día de la Iglesia diocesana

7 de noviembre de 2025

En el marco del Año jubilar 2025, nuestra diócesis de Osma-Soria se dispone a celebrar, el próximo 9 de noviembre, el Día de la Iglesia diocesana. Esta jornada, que cada año nos invita a tomar conciencia de nuestra pertenencia eclesial, llega en un momento especialmente significativo para nosotros: seguimos viviendo en sede vacante, en actitud de esperanza, oración y comunión, mientras aguardamos al nuevo pastor que el Señor, por medio de la Iglesia, nos quiera regalar.

El lema que este año guía la jornada, “Testimonio de santidad en nuestro tiempo”, nos recuerda que la santidad no es una meta reservada a unos pocos, sino una vocación universal,



abierta a todos los bautizados. Vivir la santidad en nuestro tiempo significa acoger la vida tal como viene, iluminándola con la luz del Evangelio, y convertir lo ordinario en un lugar de encuentro con Dios. La santidad no se mide por el ruido ni por la grandeza de las obras, sino por la fidelidad silenciosa, por la alegría con que se sirve, por el amor que se ofrece incluso en lo pequeño.

En estos meses jubilares, la Iglesia nos invita a renovar nuestra mirada sobre lo que somos: una comunidad reunida por la fe, que peregrina en la historia y se deja transformar por la gracia. La experiencia jubilar es siempre una llamada a la conversión, al perdón y a la gratitud. En este tiempo de gracia, queremos redescubrir la belleza de nuestra Iglesia diocesana, que se expresa en la vida de cada parroquia, de cada comunidad religiosa, de cada movimiento y de cada creyente. Todos, con la diversidad de nuestras vocaciones y carismas, formamos parte de una misma familia que anuncia, celebra y vive la fe en la realidad concreta de nuestra tierra soriana.

El Día de la Iglesia diocesana nos invita también a mirar con agradecimiento el trabajo silencioso de tantos: los sacerdotes que entregan su vida al servicio del Evangelio; los religiosos y religiosas que sostienen con su oración y su testimonio la vida de nuestras comunidades; los laicos que, en medio de sus tareas familiares, laborales y sociales, encarnan el Evangelio con sencillez y coherencia. En ellos resplandece el testimonio de santidad cotidiana que edifica a la Iglesia y transforma el mundo.

Celebrar esta jornada es, además, una oportunidad para renovar nuestro compromiso con la diócesis. La Iglesia necesita de nuestra colaboración espiritual y material: con la oración, con la participación activa en la vida parroquial y con la aportación económica que sostiene la misión evangelizadora. Todo contribuye a hacer posible la presencia viva de la Iglesia en los pueblos y barrios de Soria, en las realidades de fragilidad y esperanza que nos rodean.

Queridos hermanos: en este tiempo sin obispo, la corresponsabilidad eclesial se hace aún más necesaria. Todos estamos llamados a custodiar la unidad, a mantener viva la comunión y a seguir trabajando por el bien de nuestra Iglesia local. La sede vacante no es un tiempo vacío, sino una ocasión para crecer en madurez eclesial, para fortalecer los lazos entre nosotros y para confiar en la acción del Espíritu Santo, que nunca abandona a su Iglesia.

Que nuestra Madre la Virgen, mujer del silencio y de la fidelidad, nos enseñe a vivir con alegría y humildad la santidad de lo cotidiano.

El espectáculo que vacía el duelo

14 de noviembre de 2025

Lo ocurrido recientemente en Valencia con el llamado “funeral laico” por las víctimas de la “dana” un año después, no sólo ha sido una ceremonia discutible, sino una radiografía de lo que nos está pasando como país. No fue un acto para llorar a los muertos, ni para acompañar con respeto a sus familiares. Fue un acto para ocupar un titular, para construir un relato, para moldear un discurso. Las víctimas fueron pretexto, no centro. Y esto es lo más cruel.

España está entrando en una fase donde el dolor se convierte en terreno de batalla y donde la muerte no se acoge, sino que se administra, se instrumentaliza, se usa.

Cuando desaparece lo sagrado como horizonte de sentido, el vacío no queda neutro: queda disponible para ser colonizado. Entonces la política se vuelve pseudo religión, la estética sustituye a la fe y la puesta en escena sustituye al misterio. El duelo se convierte en performance; el dolor, en escenografía; el funeral, en un acto comunicativo estratégicamente diseñado para los titulares del día siguiente. Esto no es laicidad seria, sino laicismo instrumental, éticamente irresponsable.

Un funeral no existe para proyectar poder, sino para acompañar el límite: el límite real, brutal e irreversible, que es la muerte. Y acompañarlo no para administrarlo políticamente, sino para habitarlo humanamente, para reconocer que no hay eslogan que sustituya el misterio, ni relato que sustituya la compasión verdadera.

Por eso, lo de Valencia dolió tanto: porque mostró una sociedad que quiere gestionar el duelo sin asumir la vulnerabilidad del alma humana. Que quiere hacer memoria sin transcendencia y poner solemnidad sin sentido interno. Porque la solemnidad sin fe interior es puro decorado.

No se trata de pedir que el Estado sea confesional. Se trata de pedir que el Estado no haga ficción litúrgica para propaganda. Las víctimas merecen respeto real, no coreografía, no instrumentalización para la polarización y la guerra cultural del día siguiente.

Lo grave de lo que vimos no es sólo lo que se hizo, sino lo que revela: que hemos perdido la capacidad de estar ante el dolor sin usarlo, que hemos vaciado la palabra funeral, que confundimos acompañar con comunicar, que sustituimos verdad por relato.

Si un país no es capaz de custodiar el dolor de sus muertos con dignidad, entonces ese país empieza a perder su alma colectiva. Recuperar un sentido profundo de duelo (creyente o no) no es cuestión de ideología sino de humanidad. Y en esto sí es crucial no engañarse: o ponemos límites a la instrumentalización del sufrimiento o iremos viendo, cada vez más, ceremonias vacías que no acompañan a nadie y que sólo sirven para alimentar el espectáculo omnipresente del poder.

El resurgir católico entre los jóvenes

21 de noviembre de 2025

Durante años hemos repetido, casi como un mantra sociológico, que Europa avanza hacia una secularización irreversible. España, con su acelerada transición religiosa desde los años ochenta, parecía encajar perfectamente en el diagnóstico. Sin embargo, algo silencioso y sorprendente está emergiendo en el paisaje generacional. Entre jóvenes de entornos urbanos, universitarios y profesionales cualificados, se detecta un retorno cualitativo a la fe católica, minoritario pero cada vez más visible. No es un fenómeno masivo, pero sí profundo; no revierte la secularización estadística, pero introduce un matiz incómodo para los relatos cerrados: hay jóvenes que vuelven a la fe, y no en contra del mundo moderno, sino



precisamente buscando una respuesta a su vacío.

La primera clave a tener en cuenta es cultural. La generación que ha crecido entre identidades flexibles y vínculos frágiles empieza a mostrar signos de fatiga. La libertad sin límites ha resultado ser una carga; la búsqueda permanente de autenticidad, un terreno de arenas movedizas. Muchos jóvenes reconocen que el mundo líquido les ofrece opciones infinitas, pero ningún sentido sólido. Ahí la fe católica opera como una contracultura inesperada: una estructura simbólica estable, una visión del mundo coherente, un lenguaje para lo trascendente. La Iglesia, convertida durante décadas en la institución por excelencia, empieza a atraer precisamente porque hoy ya no presiona ni domina: quien entra, entra porque quiere, no porque toque. Muchos jóvenes llegan a ella no por catequesis, sino por intuición existencial: descubren que detrás de símbolos que siempre vieron como vestigios del pasado hay una profundidad ética, estética y espiritual que el presente no logra igualar.

Este renacimiento religioso juvenil se observa sobre todo en pequeñas comunidades, grupos universitarios, experiencias de retiro, movimientos carismáticos, monacatos renovados, liturgias cuidadas o espacios de acompañamiento personal. No son masas, pero sí núcleos intensos: jóvenes que estudian teología por curiosidad intelectual, que redescubren la misa como silencio y belleza, que encuentran en la confesión un raro espacio de vulnerabilidad verdadera. Además, la presencia católica en redes sociales está abriendo un terreno hasta ahora impensable donde la fe aparece como una opción razonable, incluso sofisticada, en lugar de un residuo antiguo.

En España este fenómeno se manifiesta con prudencia, casi sin titulares, pero con señales claras: crecimiento de los catecumenados de adultos; aumento de jóvenes en peregrinaciones como el Camino de Santiago, la Javierada o Covadonga; parroquias de grandes ciudades con grupos de oración llenos los domingos por la noche; vocaciones que, aunque numéricamente escasas, nacen de búsquedas personales muy consistentes; una nueva apertura intelectual en universidades públicas y privadas hacia la cuestión religiosa.

¿Podemos hablar de un renacimiento religioso? No en términos estadísticos. Pero sí en términos cualitativos. Lo que emerge no es la vieja cristiandad, sino una minoría densa: jóvenes que viven la fe con convicción, que la integran en su vida afectiva, laboral y cultural, y que no tienen problema en expresarla públicamente porque ya no sienten el peso social del “qué dirán”. Europa creyó que la secularización era una línea recta. Sin embargo, la religión (como la vida misma) avanza en curvas, regresos, búsquedas y paradojas. Quizá estamos presenciando una de esas paradojas: en una sociedad agotada de sí misma, muchos jóvenes miran hacia la fe no como refugio del pasado, sino como posibilidad de futuro.

España ante el desafío de la polarización

28 de noviembre de 2025

La actualidad española atraviesa un momento especialmente delicado. La confrontación política (que siempre ha formado parte del juego democrático) ha adquirido en los últimos tiempos un tono agrio y polarizado que empieza a trasladarse a las relaciones cotidianas. Ya

no es un debate de ideas, sino una dinámica que penetra en las conversaciones familiares, en los espacios de trabajo y en la vida pública, erosionando poco a poco la confianza mutua que sostiene toda convivencia.

Preocupa también el creciente cuestionamiento de la labor de los jueces. La crítica constructiva forma parte de cualquier sistema democrático, pero la deslegitimación sistemática de las instituciones judiciales, especialmente cuando procede de actores con responsabilidad pública, abre grietas profundas. Cuando cada decisión judicial se interpreta desde claves partidistas y no desde el marco del Estado de derecho, la justicia deja de ser un espacio común para convertirse en un campo de batalla más.

A este clima se suma la fragilidad de la división de poderes. La presión política sobre órganos independientes, las dificultades para renovar instituciones clave y los mensajes que, explícitamente o no, señalan a la separación de poderes como un obstáculo, alimentan una sospecha que se extiende entre la ciudadanía. Y sin esa separación la democracia pierde sus pilares esenciales.

En este contexto, conviene reconocer también la responsabilidad que tienen los sectores más radicales en la degradación del clima público. Su modo de intervenir (carente a menudo de matices, basado en el enfrentamiento y en la sospecha permanente) actúa como un acelerador de la polarización. No sólo tensiona a los actores políticos, sino que arrastra al conjunto de la ciudadanía a posiciones extremas, dificultando cualquier posibilidad de entendimiento. Cuando el discurso radical, sea del signo que sea, se normaliza y ocupa espacio, la moderación se vuelve más difícil y el respeto por las instituciones se resiente. Por eso es imprescindible contener estas dinámicas, denunciar sus excesos y reforzar una cultura política que apueste por la responsabilidad, la serenidad y el bien común.

Quando se normaliza la desconfianza, cuando la política se convierte en un terreno de vencedores y vencidos y cuando las instituciones se perciben como herramientas al servicio de unos contra otros, el tejido social se resiente. La democracia no se sostiene únicamente en leyes y procedimientos, sino en una voluntad compartida de cuidarla, respetarla y preservarla.

Quizá ha llegado el tiempo de reconocer que lo que está en juego va más allá de disputas coyunturales. Nos jugamos la capacidad de convivir desde la diferencia. España ha superado momentos difíciles en el pasado precisamente cuando ha sabido apostar por el respeto institucional y la moderación. Recuperar ese espíritu no es nostalgia, sino es una urgencia cívica.

Es necesario rebajar la tensión, fortalecer el respeto a los poderes del Estado, promover la cultura del diálogo y recordar que la democracia sólo prospera cuando nadie pretende apropiársela. Cuidar la convivencia es responsabilidad de todos: de quienes gobiernan, de quienes se oponen, de quienes informan y también de quienes compartimos la vida cotidiana en las plazas, las calles y los hogares. Solo así podremos reconstruir un clima que permita mirar al futuro con esperanza.



La Inmaculada y la Navidad, un mismo camino de gracia para vivir en cristiano

5 de diciembre de 2025

Diciembre es, para la Iglesia, un mes de luz. Dos celebraciones (la Inmaculada Concepción de María y la Navidad del Señor) marcan un itinerario que no es teórico ni decorativo, sino profundamente existencial. En ambas fiestas se revela un Dios que actúa, que prepara, que transforma, y se invita al creyente a un estilo de vida concreto, que pasa por la escucha, la humildad, la pureza de corazón y la caridad activa.

Cuando la Iglesia proclama a María como “Inmaculada”, está diciendo que Dios, en previsión de la obra de Cristo, tocó su vida desde el primer instante. Es el testimonio vivo de que la gracia precede, acompaña y sostiene. No se trata sólo de una verdad dogmática, sino de una llamada continua para cada cristiano: dejar que Dios nos prepare. Así como Dios modeló el corazón de María para que fuera un espacio limpio y disponible, también quiere trabajar nuestro interior. En este tiempo, conviene hacer un ejercicio sencillo y a la vez profundo:

- Detenerse cada día unos minutos para escuchar: un momento de silencio, una lectura del Evangelio del día, una visita breve al sagrario. Es la forma concreta de dejar que Dios “haga sitio” en nosotros.
- Revisar la propia vida con sinceridad: ¿en qué actitudes me está pidiendo Dios más transparencia? ¿Qué pensamientos o hábitos deben limpiarse para que Cristo encuentre un corazón disponible? La fiesta de la Inmaculada invita a una purificación real, no solo ritual: menos quejas, menos juicio, más mansedumbre, más bondad.

María no realizó grandes obras antes de su “sí”. Lo decisivo fue que su vida era tierra buena, trabajada por la gracia. También nosotros, a través de pequeños pero firmes gestos (una reconciliación buscada, un gesto oculto de paciencia, un perdón ofrecido sin ruido) podemos permitir que Dios disponga nuestro corazón como preparó el de María.

La Navidad es la confirmación de que la gracia no se queda en lo íntimo: llega a plenitud, se hace vida, se hace carne. El Niño de Belén no nace en un palacio, sino en la pobreza de un establo. Dios elige lo pequeño, lo frágil, lo humilde. Y esto, más que una escena tierna, es una enseñanza concreta para la vida cristiana.

Vivir la Navidad cristianamente significa asumir que Dios quiere nacer también en nuestros espacios pobres: en las relaciones no resueltas, en las heridas del pasado, en las incertidumbres del presente. Así como María ofreció su disponibilidad, nosotros estamos llamados a ofrecer espacios reales para que Cristo se haga presente: un tiempo bien dedicado a la familia, una llamada a quien vive en soledad, un servicio parroquial asumido con alegría y no solo por inercia. La Navidad no cambia el mundo desde fuera: lo transforma desde dentro, desde cada corazón que permite a Dios entrar en su historia cotidiana.

Unir la Inmaculada y la Navidad nos permite ver la lógica de Dios: en la Inmaculada, Dios prepara; en Navidad, Dios cumple. Y ambas fiestas contienen una llamada urgente: preparar el corazón como María (con oración, silencio, claridad interior), y acoger a Cristo

como los que fueron a Belén (con humildad, con apertura, con disponibilidad). Cada vez que purificamos una actitud, cada vez que elegimos la bondad sobre la indiferencia, cada vez que nos acercamos a la Eucaristía con deseo de dejarnos transformar, estamos haciendo vida lo que celebramos.

Si la Inmaculada es la aurora, la Navidad es el día pleno. Y ambos misterios nos dicen que Dios no abandona su creación, no deja de buscar al hombre, no se cansa de comenzar de nuevo.

Ciudadanos o bandos: el dilema de nuestra convivencia

12 de diciembre de 2025

Hoy asistimos en España a un fenómeno preocupante: la sustitución progresiva de la condición de ciudadanos por la de miembros de grupos enfrentados. Allí donde debería prevalecer la conciencia de pertenecer todos a un mismo cuerpo social, igual en dignidad y derechos, se promueve con insistencia una lógica de fragmentación, de identidades cerradas y de bandos contrapuestos. La consecuencia es clara: una sociedad cada vez más dividida, más recelosa y menos capaz de encontrarse desde el respeto mutuo.

170 Ser ciudadano no significa pertenecer a un bloque ideológico, cultural o territorial concreto. Significa compartir un marco común de derechos y deberes, aceptar unas reglas de convivencia que nos igualan ante la ley y nos responsabilizan unos ante otros. La ciudadanía no elimina la diversidad; al contrario, la protege y la hace posible al ofrecer un espacio común donde todos caben sin necesidad de enfrentarse para existir. Pero cuando este concepto se debilita o se oculta, se abre la puerta a dinámicas peligrosas.

En los últimos años, distintos discursos públicos parecen empeñados en erosionar esa identidad cívica compartida. Se presenta la realidad en términos simplificados: “nosotros” contra “ellos”, “los de aquí” frente a “los de allí”, etc. Se priorizan las etiquetas identitarias (ideológicas, territoriales, culturales o incluso emocionales) por encima de aquello que verdaderamente nos une: el hecho de ser personas y ciudadanos, portadores de los mismos derechos fundamentales.

Esta manera de interpretar la vida social no surge de forma espontánea. Es alentada, en muchos casos, por intereses políticos y mediáticos que encuentran en la confrontación un recurso eficaz para movilizar apoyos, fidelizar votantes o generar impacto comunicativo. La división vende, simplifica el relato y permite señalar culpables sin resolver problemas. Sin embargo, sus frutos son profundamente dañinos: deterioro del debate público, pérdida de confianza en las instituciones, ruptura del tejido social y aumento del resentimiento colectivo.

El riesgo es doble. Por un lado, la ciudadanía se fragmenta en compartimentos estancos que dejan de escucharse. Por otro, se normaliza la idea de que el diferente es un adversario y no un conciudadano con quien convivir. Así, el desacuerdo político, que es legítimo y necesario en democracia, degenera en una hostilidad permanente que debilita la posibilidad de acuerdos, consensos y proyectos comunes.



Conviene recordar que las grandes conquistas sociales de la España democrática no nacieron del enfrentamiento sistemático, sino del reconocimiento mutuo, del compromiso con la convivencia y del esfuerzo por construir juntos. La Transición, con todas sus imperfecciones, fue un ejercicio colectivo de renuncia a la división para apostar por la ciudadanía compartida. Olvidar esa lección histórica es un lujo que no podemos permitirnos.

La tarea de nuestro tiempo es recuperar el valor de ser ciudadanos, sin apellidos ni trincheras añadidas. Defender la pluralidad no exige dividir; exige reconocer que la diversidad sólo es fecunda cuando se sostiene sobre un suelo común de respeto, igualdad ante la ley y responsabilidad cívica. Necesitamos menos consignas excluyentes y más espacios de encuentro; menos discursos que separan y más narrativas que recuerden que, antes que cualquier otra etiqueta, somos miembros de una misma comunidad política.

Porque una sociedad que olvida su condición de ciudadanía compartida acaba perdiendo lo más preciado: la confianza básica que permite convivir sin miedo y construir un futuro común. Y sin esa confianza, ninguna democracia puede sostenerse durante mucho tiempo.

La fuerza de una fe sin rebajas

19 de diciembre de 2025

En muchos lugares de Occidente se percibe desde hace tiempo un fenómeno que despierta sorpresa y preguntas: algunos jóvenes se acercan a la fe cristiana (y en particular a la Iglesia católica) con un interés que contrasta con la tendencia secularizadora general de nuestra sociedad. Al principio se habló de ello con entusiasmo, casi como si se tratara de un cambio de rumbo definitivo. Hoy, con más calma, la cuestión se plantea de otro modo: ¿qué están buscando realmente estos jóvenes y qué encuentran cuando se acercan a la Iglesia?

La realidad es compleja y no admite lecturas simplistas. En muchos países, las parroquias envejecen, la práctica religiosa disminuye y la fe parece perder peso en la vida social. Y, sin embargo, hay comunidades donde se respira vida y donde jóvenes rezan, se forman, sirven y se comprometen. No son mayoría ni pretenden serlo, pero su presencia resulta elocuente. No viven la fe como una herencia cultural ni como un gesto social, sino como una opción personal, consciente y, a menudo, contracultural.

Muchos de estos jóvenes comparten una experiencia común: han crecido en un mundo saturado de estímulos, opciones y discursos, pero pobre en respuestas profundas. No buscan una Iglesia que simplemente confirme lo que ya piensan o sienten. Buscan algo firme, una palabra que no cambie al ritmo de las modas, un lugar donde las preguntas importantes puedan formularse sin miedo y donde la vida tenga un sentido que vaya más allá del éxito inmediato o del bienestar pasajero.

Por eso no resulta extraño que se sientan atraídos por comunidades que no esconden lo que creen, que celebran la fe con cuidado, que rezan con hondura y que proponen un camino exigente. Para ellos, la doctrina clara, la disciplina compartida y la referencia a la tradición no son señales de rigidez, sino de autenticidad. En un mundo líquido, agradecen encontrar algo que no se diluye.

También descubren en la liturgia, en los gestos sencillos y antiguos, en el silencio y en la belleza, un lenguaje que toca zonas profundas de la persona. En medio del ruido constante, el misterio vuelve a tener un lugar. No como evasión, sino como experiencia que reconcilia, que ordena y que abre a la trascendencia. Muchos encuentran ahí algo que no habían sabido nombrar, pero que necesitaban.

Este clima explica también que, sin hacer ruido ni ocupar titulares, estén sugiendo vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en comunidades donde la fe se vive con coherencia y alegría. Para estos jóvenes, entregar la vida no es una huida, sino una respuesta. No buscan seguridad ni prestigio, sino una vida con sentido pleno.

Todo esto invita a una lectura más honda. No estamos ante una estrategia de éxito ni ante un simple cambio sociológico, sino ante una constatación sencilla: la fe atrae cuando se vive de verdad. Por el contrario, cuando se reduce a acompañar sin proponer, a acoger sin orientar o a adaptarse sin discernir, pierde fuerza. Cuando se ofrece con claridad, profundidad y coherencia, vuelve a hablar al corazón humano.

La pregunta, entonces, no se dirige sólo a esos jóvenes o a esas comunidades concretas, sino a la Iglesia entera. ¿Qué fe estamos mostrando, qué Cristo estamos anunciando y desde qué experiencia lo hacemos? No se trata de endurecer el mensaje ni de refugiarse en fórmulas del pasado, sino de atrevernos a presentar el Evangelio en toda su riqueza, con verdad, coherencia y misericordia. Sólo una Iglesia que vive lo que anuncia y anuncia lo que vive podrá seguir siendo, también hoy, un lugar donde las personas encuentren sentido, pertenencia y esperanza, porque en ella se transparenta algo que no nace de la estrategia, sino de la verdad del Evangelio vivido.

Navidad: entre el misterio y el ruido

26 de diciembre de 2025

La Navidad nació como un acontecimiento discreto, casi invisible, que según la fe cristiana contenía, sin embargo, una densidad inaudita: Dios haciéndose vulnerable. Nada en aquel comienzo parecía reclamar luces, escaparates ni multitudes. Y, sin embargo, hoy la Navidad se vive (y se sufre) muchas veces como una explosión de estímulos, consumo y ruido, hasta el punto de que resulta legítimo preguntarse si no hemos desplazado el centro de estos días hacia un terreno que poco tiene que ver con su origen.

No se trata sólo de una secularización progresiva, ni únicamente de la pérdida de referencias religiosas. Hay algo más profundo: una transformación del sentido. La Navidad ha sido absorbida por una lógica casi pagana, no tanto en el sentido histórico del término, sino como experiencia desligada de la trascendencia, orientada al exceso, a la celebración sin memoria, al rito vacío que se repite sin saber por qué. Se celebra “algo”, pero ese algo se ha vuelto difuso, intercambiable, fácilmente sustituible por cualquier otra festividad.

Desde una perspectiva cristiana, esta deriva resulta especialmente paradójica. El núcleo de la Navidad no es la abundancia, sino la pobreza; no la exhibición, sino la discreción; no el ruido, sino el silencio. El relato del nacimiento de Jesús no glorifica el poder, ni el éxito,



ni la victoria visible. Al contrario: sitúa el acontecimiento central de la fe en los márgenes, fuera de los focos, lejos de las lógicas dominantes. Dios no entra en la historia imponiéndose, sino pidiendo ser acogido.

Frente a esto, la Navidad contemporánea suele proponer una experiencia de saturación: de objetos, de compromisos sociales, de emociones prefabricadas. Se exige estar alegre, reunido, satisfecho. Quien no encaja en ese molde (por soledad, duelo, precariedad o cansancio) queda desplazado, casi culpabilizado. En ese sentido, la Navidad “pagana” no es sólo una fiesta sin Dios; es también una fiesta poco hospitalaria con la fragilidad humana, justamente aquello que el cristianismo coloca en el centro del misterio de la Encarnación.

Vivir la Navidad desde la fe no implica rechazar la alegría, la celebración ni los símbolos compartidos. Implica, más bien, purificarlos, devolverles profundidad. Preguntarse qué celebramos cuando encendemos luces, cuando compartimos una mesa, cuando intercambiamos regalos. Recuperar la dimensión del don frente al intercambio, del encuentro frente al consumo, del tiempo gratuito frente a la prisa organizada.

Tal vez el mayor desafío cristiano de la Navidad hoy no sea defenderla frente a quienes no creen, sino rescatarla de una vivencia superficial incluso entre los creyentes. Volver a situar el misterio en el centro exige silencio, interioridad y capacidad de resistencia frente a la inercia cultural. Exige aceptar que la Navidad no se entiende del todo, que no se controla, que no se “posee”. Como todo lo verdaderamente sagrado, se recibe.

Celebrar la Navidad desde una fe adulta no consiste en aislarse del mundo ni en condenar sus expresiones culturales, sino en vivirlas críticamente, sin olvidar que en el origen de estos días no hay un mito cíclico de renovación, sino una historia concreta de encarnación. Una historia que no invita al exceso, sino a la conversión de la mirada: aprender a reconocer lo esencial en lo pequeño, lo eterno en lo frágil, lo divino en lo humano.

Quizá entonces la Navidad pueda volver a ser lo que fue en su comienzo: no un espectáculo que se consume, sino un misterio que transforma.

OTROS ESCRITOS

Con motivo del 75º aniversario de la Cofradía de la Oración en el Huerto de Soria

18 de octubre de 2025

Setenta y cinco años han pasado desde que un grupo de hombres buenos (los ferroviarios sorianos de 1951) dieran forma a una devoción que hoy late con fuerza en el corazón de nuestra Semana Santa: la Cofradía de la Oración en el Huerto. Nacida del trabajo y la fe sencilla de aquellos primeros hermanos, su historia se ha ido entretejiendo con la vida de la ciudad, como una plegaria que nunca se apaga. En la Soria de posguerra, de silencios y esperanzas, de fe recia y manos curtidas, aquellos ferroviarios supieron abrir un surco de

oración y fraternidad que aún hoy fecunda nuestra tierra.

Desde su fundación, el convento de los Carmelitas descalzos ha sido su casa. En ese rincón del Carmen, donde el aire huele a recogimiento y las piedras guardan el paso de Santa Teresa, nació la primera llamada a acompañar a Cristo en su soledad. Allí, bajo la mirada serena del Cristo orante y del Ángel confortador, los cofrades han sabido mantener viva la llama de la oración en medio del silencio de la noche soriana. Cada Martes Santo, al paso del olivo y del cáliz, Soria entera se detiene un instante: los muros del Carmen, las calles empedradas, las luces temblorosas de los cirios..., todo parece recoger el suspiro de Cristo en Getsemaní. En ese silencio dolido, el alma de Soria reza también.

La Cofradía de la Oración en el Huerto ha sabido conservar la hondura teresiana que la envuelve, fiel a la espiritualidad de aquel convento fundado por Santa Teresa en 1581. La presencia constante del Prior del Carmen como consiliario ha hecho que la vida cofrade y la vida conventual caminen de la mano, unidas por el mismo deseo de oración y servicio. No es sólo una hermandad de procesión, sino una escuela de oración compartida, de fraternidad sencilla, de servicio discreto. Las misas mensuales, el viacrucis de oración cada viernes de dolores, y la atención constante a los enfermos y difuntos, son testimonio de una fe que no se apaga al terminar la Semana Santa, sino que se prolonga en la vida diaria, en el compromiso callado de cada hermano.

En estas siete décadas y media, muchas generaciones han portado con orgullo los emblemas de su pertenencia cofrade. Algunos iniciaron la andadura entre el humo del carbón y el silbido del tren; otros crecieron al abrigo del Carmen, descubriendo en su juventud el misterio del Huerto. Todos ellos han dejado una huella invisible, pero profunda, en la historia de la Cofradía. También Soria, tan fiel a sus tradiciones y tan celosa de su sobriedad, ha hecho de este paso uno de los más queridos y reconocidos. Porque en la noche del Martes Santo, cuando el Cristo orante se alza bajo la luna fría, parece que la ciudad entera (de piedra y alma antigua) se arrodilla con Él en el Huerto.

La Oración en el Huerto es, quizás, la escena más humana del Evangelio: la de un Cristo que tiembla y que pide compañía. Y por eso, cada cofrade que acompaña su paso lleva en el corazón algo más que una imagen: lleva el eco de esa oración, el deseo de consolar al que sufre, de velar con el que ora, de permanecer junto al Señor en su noche. Es el misterio del consuelo y de la fidelidad, de la fe que no huye, aunque arrecie el miedo. Y en ese gesto silencioso, Soria entera encuentra también su propia identidad: ciudad recia, discreta, pero de corazón fiel.

Cuando celebramos tres cuartos de siglo de vida cofrade, damos gracias por todos los que han llevado esta devoción en el alma. Por los que rezaron, sirvieron y callaron. Por los que, como el Ángel del paso, supieron confortar al que sufría. Por los que, año tras año, han mantenido viva esta tradición que da sentido a nuestra Semana Santa y que forma parte del alma más íntima de Soria.

Que este aniversario sea memoria agradecida y promesa de futuro: que Soria siga viendo, cada Martes Santo, el paso de la Oración en el Huerto como un signo de esperanza en medio de la noche. Porque mientras Cristo siga orando en Getsemaní, también nosotros (los sorianos) seguiremos acompañándolo, en silencio, con fe y con ternura. Así lo hicieron



nuestros mayores. Así lo hacemos hoy. Y así, con la ayuda de Dios, lo seguirán haciendo las nuevas generaciones de cofrades.

Presentación de la *Memoria de la diócesis 2024*

7 de noviembre de 2025

1. Introducción: una Iglesia viva en el corazón de Soria

La *Memoria de la Diócesis 2024* refleja el pulso de la Iglesia de Osma-Soria: una comunidad viva, extendida por toda la provincia, que sigue anunciando el Evangelio en los pueblos, en los centros educativos, en los hogares y en las obras de caridad. En un año vivido en sede vacante, la diócesis continua su labor con fidelidad y esperanza, reforzando la corresponsabilidad y la unidad entre sacerdotes, religiosos y laicos.

La presencia de la diócesis en cada rincón de la provincia ofrece un tejido humano que da estabilidad y cercanía en un territorio marcado por la despoblación. En muchos pueblos, la Iglesia es el rostro más constante del acompañamiento personal y comunitario, una red de relaciones que mantiene viva la esperanza y el sentido de pertenencia. Su labor, más allá del ámbito estrictamente religioso, refuerza la cohesión social y el apoyo mutuo entre las personas.

2. Vida pastoral: una Iglesia que acompaña y celebra

La diócesis cuenta con 87 sacerdotes diocesanos, 42 religiosos y religiosas y 108 monjes y monjas de clausura, que sostienen espiritualmente la vida de las 542 parroquias. El anuncio y la catequesis se apoyan en 192 catequistas, verdadero rostro del compromiso laical en las distintas comunidades.

Durante 2024 se celebraron:

- 299 bautizos,
- 239 confirmaciones,
- 372 primeras comuniones,
- 77 matrimonios.

Estas cifras expresan la vitalidad de una Iglesia que acompaña a las personas en las grandes etapas de la fe y de la vida. La pastoral familiar, juvenil y vocacional ha mantenido su impulso, con especial atención a los jóvenes y a la promoción de nuevas vocaciones, representadas por los 4 seminaristas actualmente en formación.

La vida pastoral de la diócesis no sólo alimenta la fe, sino que crea vínculos humanos profundos en momentos clave de la existencia. Las celebraciones y la presencia de sacerdotes y otros agentes de pastoral (como los laicos que realizan celebraciones litúrgicas los domingos, en ausencia del sacerdote) ofrecen apoyo emocional y espiritual, especialmente en el mundo rural, donde la soledad y el envejecimiento son desafíos constantes. Cada parroquia se convierte así en un espacio de encuentro y acompañamiento que humaniza la vida cotidiana.

3. Educación y formación: sembrar futuro

En el ámbito educativo, la Iglesia gestiona en nuestra diócesis 4 centros católicos concertados, con 1.650 alumnos y 143 trabajadores (137 docentes). Su labor va más allá de la enseñanza académica: buscan una educación integral, abierta a la dimensión ética, espiritual y social de la persona. La escuela católica diocesana continúa siendo un pilar en la formación de los jóvenes sorianos, especialmente en un contexto rural, como el nuestro, donde la educación es clave para fijar población y generar esperanza.

Los colegios de la Iglesia contribuyen al sostenimiento del sistema educativo provincial y son un factor de arraigo familiar en muchos municipios. Fomentan valores de convivencia, servicio y solidaridad, formando ciudadanos comprometidos con su entorno. En un contexto donde la pérdida de población juvenil amenaza el futuro de Soria, la labor educativa de la Iglesia representa una inversión directa en el capital humano de la provincia.

4. Cultura y patrimonio: custodiar la memoria, crear futuro

La Diócesis de Osma-Soria conserva un inmenso patrimonio artístico y espiritual:

- 41 bienes inmuebles declarados de interés cultural,
- 10 celebraciones religiosas con reconocimiento turístico regional o nacional,
- 56 proyectos de construcción y rehabilitación realizados en 2024.

Estas obras, muchas en colaboración con instituciones públicas, reflejan una gestión responsable del patrimonio y una apuesta por mantener vivas las raíces culturales y religiosas de la provincia, porque cada restauración no solo protege piedra y madera, sino también historia, fe y comunidad.

El compromiso diocesano con la conservación del patrimonio tiene un enorme impacto cultural y económico. Cada restauración genera empleo local, impulsa el turismo y refuerza el orgullo por la historia común. Las iglesias, ermitas y monasterios no son sólo lugares de culto: son centros de identidad colectiva, de memoria y de belleza compartida. La diócesis, al mantenerlos vivos, contribuye decisivamente al desarrollo rural sostenible y a la valorización cultural de la provincia.

5. Acción caritativa y social: el rostro del Evangelio

La dimensión social de la diócesis se articula sobre todo a través de las Cáritas parroquiales, la Cáritas diocesana y Manos Unidas, cuyo trabajo ha tenido un profundo impacto durante 2024:

- 25 centros de atención a la pobreza, con 2.878 personas atendidas.
- 3 casas para ancianos, enfermos o personas con discapacidad, que acogieron a 238 residentes.
- 5 centros de menores y jóvenes, con 178 beneficiarios.
- 1 centro para la defensa de la vida y la familia, con 115 personas atendidas.
- 1 centro para la promoción del trabajo, con 523 personas beneficiadas.

A esto se suman 138 voluntarios de Cáritas, que acompañaron directamente a 2,376



personas, y 39 voluntarios de Manos Unidas, que impulsaron 7 proyectos de cooperación internacional. Una mención especial merece el hogar “Santa Josefina Bakhita”, dedicado a acoger a hombres migrantes en situación administrativa irregular. Este programa combina acogida, formación y acompañamiento personal y espiritual, y se ha convertido en un referente diocesano de integración y dignidad.

En total, casi 19.000 personas han sido atendidas por la diócesis sólo en su faceta caritativa y asistencial.

La acción social de la diócesis representa un pilar esencial del bienestar provincial. Miles de sorianos reciben apoyo material, emocional y espiritual gracias a su red solidaria, que complementa la acción de las administraciones públicas. Cáritas y Manos Unidas no sólo alivian la pobreza: construyen comunidad, promueven la inclusión y fortalecen el tejido cívico. En una tierra envejecida y dispersa, la Iglesia sigue siendo una de las instituciones más activas en el cuidado de los vulnerables.

6. Dimensión misionera: una Iglesia que sale

La diócesis cuenta con 61 misioneros repartidos por los cinco continentes. Desde parroquias pequeñas, familias y movimientos han surgido vocaciones misioneras que expresan el carácter abierto y universal de la Iglesia de Osma-Soria. La pastoral sobre las misiones y las campañas de sensibilización mantienen vivo el vínculo entre las comunidades sorianas y la llamada misión *ad gentes*.

La dimensión misionera impulsa una visión abierta del mundo en el corazón de Soria. Los misioneros diocesanos son embajadores de solidaridad y esperanza, y su testimonio alimenta el sentido global y solidario de la sociedad soriana. Gracias a ellos, los habitantes de la provincia se sienten parte de una red mundial de cooperación, fraternidad y servicio.

7. Una Iglesia en comunión: vida religiosa y laicado comprometido

El año 2024 ha sido también tiempo de comunión y gratitud por la presencia de comunidades religiosas que, desde la oración y el servicio, siguen siendo “pulmones espirituales” en la diócesis. El laicado diocesano participa cada vez más activamente en la vida parroquial, en la liturgia, la catequesis, la acción social y la administración de los bienes, signo de una Iglesia corresponsable y madura.

Las comunidades religiosas y los laicos comprometidos sostienen la vida cotidiana de muchos pueblos donde ya no quedan otras instituciones permanentes. Su trabajo voluntario, su compromiso y su cercanía crean comunidad y solidaridad. A través de ellos, la diócesis genera capital social y promueve valores de entrega, responsabilidad y cuidado del prójimo que trascienden lo confesional.

8. Economía diocesana: gestión transparente y al servicio de la misión

La diócesis ha gestionado con responsabilidad los 10,1 millones de euros de ingresos y 7,1 millones de gastos, con una capacidad de financiación del 29 %. El principal gasto (más del 60 %) corresponde al mantenimiento de templos, edificios y gastos de funcionamiento, seguido de la retribución del clero y del personal laico y de las acciones pastorales y caritativas.

El sostenimiento de la diócesis depende en gran medida de la colaboración económica de los fieles, especialmente a través de la asignación tributaria y los donativos a parroquias.

La economía diocesana dinamiza numerosos sectores locales (construcción, restauración, servicios, educación) y mantiene empleo estable en la provincia. Su gestión responsable convierte cada euro en una inversión social, cultural y espiritual. Además, la transparencia económica fortalece la confianza ciudadana y proyecta una imagen de responsabilidad y compromiso con el bien común.

9. Conclusión: un testimonio de esperanza

La *Memoria 2024* muestra una Iglesia activa, solidaria y comprometida, que anuncia, celebra y sirve; que educa, cuida su patrimonio y acompaña a los más vulnerables. En una tierra que lucha contra la despoblación y la pérdida de referentes, la diócesis de Osma-Soria sigue siendo un factor de equilibrio y esperanza: una presencia viva que impulsa la vida comunitaria, refuerza la identidad soriana y promueve una sociedad más humana, solidaria y arraigada.

Felicitación navideña a la Curia diocesana

19 de diciembre de 2025

Queridos hermanos:

En estos días finales del Adviento, cuando ya sentimos cercana la celebración de la Navidad, la liturgia nos presenta de nuevo escenas que conocemos bien. Son textos escuchados muchas veces, casi familiares. Y, sin embargo, precisamente por eso existe el riesgo de que pasen ante nosotros sin dejar huella. Hoy, este Evangelio que acabamos de escuchar, no quiere simplemente recordarnos cómo comenzó la historia de la Navidad, sino ayudarnos a descubrir cómo Dios sigue actuando y cómo espera ser acogido también ahora, en nuestra situación concreta.

Dios no entra en la historia con ruido ni con gestos espectaculares. No comienza por los lugares visibles ni por las instancias de poder. Empieza con una palabra dirigida a una persona concreta, en un lugar aparentemente insignificante, en la sencillez de la vida ordinaria. Antes de que el Verbo se haga carne, hay escucha. Antes de la misión, hay disponibilidad. Antes de Belén, está Nazaret.

María no aparece como alguien idealizado o ajeno a la realidad. Se turba, pregunta, busca comprender. Su fe no es automática ni ingenua. Pero tampoco se cierra. No se protege con excusas ni pide seguridades absolutas. Cuando responde: "Hágase en mí según tu palabra", no está pronunciando una fórmula piadosa, sino entregando su vida, aceptando que Dios entre en su historia de un modo que la supera y la compromete.

Este Evangelio interpela de un modo muy directo a quienes servimos en la curia diocesana. Nuestro día a día transcurre entre tareas necesarias y, muchas veces, exigentes: atención a personas y comunidades, acompañamiento pastoral, trabajo administrativo, gestión económica, asesoramiento jurídico, coordinación de delegaciones, preparación de



documentos, toma de decisiones... Todo ello requiere competencia, responsabilidad, rigor y constancia. Y todo ello forma parte real y valiosa del servicio a la Iglesia.

Por eso, en este momento, es justo expresar un agradecimiento sincero por el trabajo que cada uno de vosotros realiza desde su responsabilidad concreta. Muchas veces es un trabajo silencioso, poco visible, no siempre reconocido, pero imprescindible para que la vida diocesana pueda desarrollarse con orden, justicia y cuidado pastoral. En ese servicio cotidiano (a veces pesado, a veces repetitivo) hay también entrega, fidelidad y amor a la Iglesia.

Además, en este tiempo concreto de sede vacante que estamos viviendo, quiero agradecer de modo particular la disponibilidad, la responsabilidad y el sentido eclesial con que estáis sosteniendo la vida ordinaria de la diócesis. No es un tiempo sencillo, y precisamente por eso adquiere un valor especial el trabajo bien hecho, la colaboración leal, la discreción y la comunión vivida día a día. Gracias por mantener, con serenidad y fidelidad, el servicio a la Iglesia diocesana, ayudando a que todo continúe desarrollándose con normalidad y espíritu evangélico.

Al mismo tiempo, la Palabra de Dios nos recuerda algo fundamental: la Iglesia no se edifica sólo con eficacia ni se sostiene únicamente con estructuras. Todo eso es necesario, pero no suficiente. El corazón de la misión está en la disponibilidad interior, en la escucha de la Palabra, en la conciencia de que no somos los dueños de la obra, sino servidores de una misión que nos precede y nos desborda.

Existe siempre el riesgo (sutil, pero real) de que el trabajo acabe ocupando todo el espacio interior; de que la urgencia sustituya al discernimiento; de que la gestión se imponga a la escucha. El Adviento viene a recolocarnos, a recordarnos que incluso en el ámbito institucional Dios quiere encontrar un corazón disponible, un espacio libre donde pueda hacerse presente.

María no “hace” nada en sentido operativo. No organiza, no planifica, no gestiona. Y, sin embargo, en ella sucede lo decisivo. Porque Dios encuentra en su vida un espacio no ocupado por el miedo ni por el control. Y eso es lo que permite que el Hijo de Dios tome carne.

Tal vez, al acercarnos a la Navidad, el Señor no nos esté pidiendo hacer más cosas, sino vivirlas de otro modo; no aumentar la actividad, sino la hondura; no multiplicar las palabras, sino cuidar la verdad; no correr más, sino habitar mejor el silencio. Que también nuestro trabajo diario, nuestras reuniones, nuestros despachos y decisiones, sean lugares donde Dios pueda nacer, y no solo funcionar.

Por eso, al acercarnos a la Navidad, no se trata tanto de añadir nuevas exigencias a nuestra vida, sino de dejarnos alcanzar por la cercanía de Dios. Que el Niño que va a nacer encuentre también en nosotros (en nuestro modo de servir, de relacionarnos, de decidir) un espacio acogedor. Que lo cotidiano no nos vuelva indiferentes, ni la responsabilidad nos robe la alegría. Y que, sostenidos por la gracia, sepamos seguir trabajando con fidelidad, sabiendo que incluso lo más discreto, cuando se vive desde el Evangelio, forma parte del misterio por el que Dios sigue viniendo al encuentro de cada uno.

Mensaje de Navidad a los fieles diocesanos

21 de diciembre de 2025

Queridos hermanos:

Al llegar de nuevo la Navidad, muchos sentimientos se agolpan en nuestro corazón: el deseo de paz, la necesidad de esperanza, el anhelo de sentirnos acompañados. En medio de todo ello, vuelve a resonar la buena noticia que nunca envejece y siempre nos sostiene: “Hoy nos ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”. Dios se hace Niño, entra con delicadeza en nuestra vida concreta y camina con nosotros. No irrumpe con fuerza ni con ruido, sino con la humildad de un pesebre, ofreciéndonos una luz serena que ninguna oscuridad puede apagar.

Este año celebramos la Navidad como Iglesia diocesana en un tiempo especial de sede vacante. Es un tiempo marcado por la espera, por la oración confiada y por la responsabilidad compartida de seguir caminando unidos.

La Navidad nos recuerda que Dios nunca abandona a su pueblo. En medio de nuestras incertidumbres, de las dificultades que atraviesan tantas familias, del cansancio de muchos agentes pastorales, y de los desafíos de nuestra sociedad, el Niño de Belén nos asegura: “Yo estoy con vosotros todos los días”.

Por eso, esta Navidad es una llamada a renovar la esperanza, a reconstruir la fraternidad y a sostenernos unos a otros. Nuestras parroquias, comunidades y grupos están llamados a ser hogares donde nadie se sienta solo; lugares donde la fe se convierte en cercanía concreta, especialmente con quienes más sufren: los pobres, los enfermos, los mayores, los que viven en soledad, los que han perdido la ilusión o pasan momentos de prueba.

Celebrar la Navidad es acoger a Cristo en lo pequeño: en el gesto sencillo, en la palabra que consuela, en la paciencia compartida, en el compromiso silencioso por el bien común. Es permitir que su paz transforme nuestros corazones y nuestras comunidades.

Como administrador diocesano, quiero invitaros a vivir este tiempo desde una profunda actitud de comunión eclesial. Todos formamos una misma familia: sacerdotes, consagrados y consagradas, fieles laicos. Cada vocación es un don para construir la Iglesia viva que Dios sueña también hoy para nuestra diócesis.

Os pido especialmente que intensifiquemos la oración por nuestra diócesis y por aquel a quien el Señor llamará a ser nuestro nuevo obispo, para que, cuando llegue, encuentre una Iglesia unida, orante y esperanzada.

Con mi afecto y cercanía pastoral, quiero haceros llegar mi felicitación más sincera. Que en estos días podáis sentirnos acompañados por la ternura de Dios hecho Niño, y que su presencia llene de consuelo y esperanza vuestros hogares. Os deseo de corazón una santa y gozosa Navidad, y que el Señor os regale paz en el alma, confianza en el mañana y fuerzas para seguir caminando juntos como Iglesia. Que María y José cuiden de cada familia y de toda nuestra diócesis.



VIDA DIOCESANA

La Diócesis acogió el encuentro de verano de Iglesia en Castilla

La Diócesis de Osma-Soria acogió los días 7 y 8 de julio la edición de verano de las reuniones de Iglesia en Castilla: un encuentro de Obispos y Vicarios en el Seminario Diocesano de El Burgo de Osma. El objetivo es seguir trabajando de forma conjunta de cara a la preparación de la asamblea eclesial de 2026.

Al tratarse de un encuentro de verano, la dinámica fue mucho más ligera que la de las sesiones ordinarias que se llevan a cabo durante el curso. En total, acudieron hasta El Burgo 8 Obispos y 15 Vicarios Generales y de Pastoral.

Tras la recepción de los participantes se valoró el encuentro celebrado en Ávila los días 10 y 11 de marzo y la presentación del documento-puente para el trabajo en las diócesis de cara a la preparación de la asamblea eclesial de 2026. Tras la comida, el grupo disfrutó de una charla sobre *“La catedral de El Burgo de Osma: proceso constructivo”* a cargo del doctor en historia, Jesús Alonso Romero. Posteriormente se trabajó en grupos divididos entre Obispos, Vicarios Generales y Vicarios de Pastoral. Por la noche se disfrutó de una visita guiada a la Catedral burgense.

El martes día 8, tras el rezo de Laudes y la celebración de la Eucaristía, se realizó una visita por el casco histórico de la villa y el palacio episcopal, posteriormente el grupo se trasladó a San Esteban de Gormaz para visitar las ermitas románicas de la Virgen del Rivero y San Miguel, además de la ermita de San Miguel a los pies del castillo árabe de Gormaz. Tras la comida se dio por concluido el encuentro.

Monseñor Martínez Varea nombrado Obispo de Ciudad Real

El 9 de julio, la Nunciatura Apostólica en España hizo pública la decisión del Papa León de nombrar a Monseñor Abilio Martínez Varea nuevo Obispo Prior de la Diócesis de Ciudad Real. El todavía Obispo de Osma-Soria tomó posesión de su nueva diócesis el 27 de septiembre y, hasta entonces, continuó ejerciendo como Administrador diocesano garantizando la continuidad pastoral de la Diócesis.

Don Abilio recibió la noticia con sentimientos encontrados y con espíritu de obediencia y disponibilidad. En una carta de despedida a los fieles, reconoció que no podía evitar sentir “una verdadera y profunda emoción al tener que despedirme de esta querida Diócesis de Osma-Soria que ha sido mi hogar -y también el de mis padres- durante estos últimos años”. Monseñor Martínez Varea aseguró que “me habéis hecho sentir verdaderamente en casa, no por mis méritos, sino por vuestra capacidad de acogida y afecto”.

Martínez Varea sucedió en Ciudad Real a quien ya relevó en Osma-Soria, a Monseñor Gerardo Melgar Viciosa, que presentó al Papa su renuncia por razones de edad. La ceremonia de toma de posesión tuvo lugar en la Santa Iglesia Catedral Basílica de Nuestra Señora del Prado de Ciudad Real.

Fallece el presbítero diocesano D. Julián Callejo Matute

En la noche del día 8 de julio, falleció el presbítero diocesano Julián Callejo Matute en el Hospital Virgen del Mirón de Soria. El funeral *corpore insepulto* tuvo lugar el jueves 10 de julio a las 12.00h. en la iglesia parroquial de Valdeavellano de Tera, siendo presidido por el Administrador diocesano de Osma-Soria y Obispo electo de Ciudad Real, Mons. Abilio Martínez Varea.

El Obispo inauguró y bendijo las nuevas instalaciones de COPE Soria

Monseñor Abilio Martínez Varea inauguró y bendijo el viernes 11 de julio las nuevas instalaciones de COPE Soria en la capital. El Obispo visitó las dependencias de COPE en la capital soriana situadas en la céntrica calle El Collado, bendijo los estudios de radio y pidió “que comuniquen la verdad, defiendan la justicia, fomenten la caridad, extiendan la alegría y hagan crecer entre todos la paz que nos trajo del cielo Cristo el Señor”. Don Abilio deseó a los trabajadores de COPE Soria “que se siga transmitiendo la verdad con noticias a veces buenas y a veces no tan buenas”.

Monseñor Martínez Varea estuvo acompañado por el Director regional de COPE en Castilla y León, Javier Tutor y el Director de COPE Soria, Fidel López.

Las Hijas de la Caridad pusieron fin a su presencia en Soria

El día 15 de julio, el Sr. Obispo visitó a la Comunidad de las Hijas de la Caridad de Soria para expresarles su agradecimiento y dar gracias a Dios por tantos años de su presencia en la Diócesis de Osma-Soria, cuya llegada fue en 1857. El Sr. Obispo expresó en su carta de despedida que “*la supresión de la Comunidad es un motivo de gran pena para todos: para la propia Comunidad; para la Diócesis y su Obispo; para la comunidad parroquial y para la ciudad de Soria; y, sobre todo, para el colegio, donde han prestado una dedicación generosa y una entrega incondicional*”.

La Diócesis celebró con devoción a la Virgen del Carmen

En la tarde del 15 de julio la iglesia de los PP. Carmelitas de Soria acogió la celebración de la eucaristía en honor a la Virgen del Carmen. Fue presidida por Mons. Abilio Martínez Varea y en ella también participó la comunidad de MM. Carmelitas Descalzas. Ese mismo día por la mañana, presidió la eucaristía en las MM. Carmelitas de El Burgo de Osma y al finalizar mantuvo un encuentro con la comunidad. Al día siguiente, 16 de julio, festividad de la Virgen del Carmen, el Sr. Obispo presidió la Santa Misa en la iglesia de Ntra. Sra. del Carmen de la villa episcopal para terminar con la procesión por las calles de la localidad.

Viaje de fin de curso a Caleruega

La Curia diocesana realizó el jueves 17 de julio su tradicional viaje de fin de curso. En esta ocasión el destino fue la localidad de Caleruega. La visita al convento de los Dominicos ocupó buena parte de la mañana antes de la Eucaristía presidida por nuestro obispo, tras la cual se compartió la comida.



Los jóvenes prepararon el Jubileo

Una representación de los jóvenes de la Diócesis que participaron en el Jubileo de la esperanza se reunió el viernes día 18 de julio en la ciudad de Soria. En la iglesia de El Salvador se encontraron con el Obispo, Monseñor Abilio Martínez Varea, para orar y saberse enviados. Este alto en el camino de la vida ordinaria significó una mañana de encuentro, oración y preparación para vivir apasionadamente la semana que les esperaba en Roma a finales del mismo mes. En total, fueron 65 jóvenes peregrinos sorianos los que viajaron a Roma el día 27 de julio.

San Leonardo de Yagüe recuperó su templo parroquial

La iglesia parroquial de San Leonardo de Yagüe abrió sus puertas tras una profunda rehabilitación que la mantuvo cerrada durante más de cinco meses. Con motivo de la fiesta patronal en honor a Santa María Magdalena, los fieles recuperaron su templo y lo hicieron con una Eucaristía presidida Monseñor Abilio Martínez Varea, obispo electo de Ciudad Real y administrador diocesano de Osma-Soria.

El prelado, en su homilía, destacó la figura de María Magdalena como testigo de la resurrección del Señor, “lo que significa una relación estrecha y personal con Jesucristo”. Don Abilio remarcó que “lo importante es que ahora, como Santa María Magdalena, los cristianos nos convirtamos en piedras vivas, que seamos capaces de dar testimonio de nuestra fe ante los demás”. El prelado no pasó por alto el calado de la obra realizada en el templo parroquial gracias a la colaboración de muchas personas, empresas e instituciones.

Los problemas en la iglesia de San Leonardo se detectaron hace tiempo, cuando se constató cómo la bóveda se iba abriendo cada vez más. En los últimos años, la situación se había complicado y un estudio dictaminó que era necesario intervenir de urgencia puesto que la bóveda podía desplomarse sobre la nave central. El templo estuvo durante esos meses cubierto de andamios. El Delegado de patrimonio, José Sala, avanzó que “con esta intervención parcial se ha solucionado una de las patologías que sufría la iglesia y, aunque ha sido una intervención larga y costosa, nos asegura la continuidad del patrimonio de la iglesia parroquial”.

Convenio de rehabilitación de templos con Diputación

El convenio firmado entre Diputación y Obispado permitirá restaurar cinco iglesias de la provincia con un presupuesto cercano al medio millón de euros. Concretamente se intervendrá en las parroquias de Cañamaque, La Muela, Miño de San Esteban, Rebollar y Serón de Nágima. Don Abilio Martínez explicó que la diócesis prioriza el sostenimiento de las iglesias más allá de lo estético. El prelado recordó que estamos ante un valioso patrimonio, pero también inmenso, de ahí la dificultad de llegar a todas las necesidades que existen en la provincia.

La aportación del Obispado al convenio es de 204.000 euros, la Diputación suma 150.000 y las parroquias 124.000 euros. El presidente de la Diputación, Benito Serrano, coincidió con el obispo en la dificultad de llegar a todas las necesidades. El convenio comenzó en el año 1996 y la Junta participó en él hasta el año 2010. Desde entonces se sostiene entre el Obispado, la Diputación y las parroquias. Desde su inicio se han podido rehabilitar 170 iglesias.

40 años de ANFE en Soria

El sábado 26 de julio tuvo lugar en la iglesia de El Salvador de Soria una Eucaristía de por los cien años de la Adoración Nocturna Femenina Española y los 40 años de ANFE en Soria. La Santa Misa fue presidida por el Obispo, Abilio Martínez Varea, que estuvo acompañado por un grupo de sacerdotes y el Consiliario de ANFE, Alberto de Miguel.

100 jóvenes diocesanos en el Jubileo de Roma

Un centenar de jóvenes sorianos participaron en el Jubileo de los jóvenes que se celebró la primera semana de agosto en Roma. 65 fueron de la mano de la Delegación de juventud de la Diócesis y a ellos se sumaron los que se integraron en los grupos de la Renovación Carismática o el Camino Neocatecumenal.

Salieron en autobús en la madrugada del sábado 26 al domingo 27 de julio de Soria y realizaron la primera parada en Asís para empaparse de las enseñanzas de Carlo Acutis, San Francisco y Santa Clara. Una vez instalados en Roma, apenas a tres calles de la estación de Termini, recogieron sus acreditaciones en el Colegio Español y comenzaron a disfrutar de una experiencia que ya estaba cambiando sus vidas.

Los jóvenes sorianos participaron el martes en la Eucaristía de acogida del peregrino en la plaza de San Pedro del Vaticano; allí se sorprendieron con la visita sorpresa del Papa León XIV al que pudieron ver de cerca. También estuvieron en San Juan de Letrán, Santa María la Mayor, San Pablo Extramuros y las catacumbas de Santa Priscila. Además, visitaron los lugares más emblemáticos de la ciudad eterna como Piazza Navona, la Fontana de Trevi, el Coliseo, el Foro Romano y la Plaza de la República.

El centenar de jóvenes sorianos formaba parte de los más de 23.000 que viajaron desde nuestro país, la delegación más numerosa tras la italiana. Esos días se concentraron en Roma más de un millón de jóvenes de todo el mundo para participar en las actividades propuestas por el Dicasterio para la evangelización.

La peregrinación de los jóvenes españoles -procedentes de diócesis, congregaciones y movimientos- celebró un momento especial el viernes día uno de agosto con un histórico encuentro en la Plaza de San Pedro, un acto sin precedentes organizado por la Subcomisión episcopal para la juventud y la infancia de la Conferencia Episcopal Española (CEE) en colaboración con el Vaticano. En este acto la Plaza de San Pedro se cerró al público general por la tarde para acoger exclusivamente a los españoles inscritos. Participaron más de 23.000 jóvenes, acompañados por cerca de 50 obispos españoles. El evento comenzó a las 18.00 horas con tres momentos celebrativos bajo los títulos: El regalo de la vida, La alegría del perdón y Yo soy la puerta que os abre a la felicidad. Fueron espacios para la oración, el testimonio, la escucha de la Palabra y la alabanza, acompañados por un coro de jóvenes y colaboradores españoles y una orquesta sinfónica italiana. La jornada culminó con la misa, a las 20:00 horas, presidida por Mons. Luis Argüello.

Los peregrinos sorianos también participaron en el acto penitencial del Circo Máximo y en la Vigilia con el Papa León XIV y el Eucaristía de clausura en Tor Vergata.



Fiesta de San Pedro de Osma y homenaje a Mons. López Llorente

La Diócesis de Osma-Soria festejó anticipadamente el 1 de agosto a su patrón y restaurador San Pedro de Osma. La tradicional Eucaristía en la catedral de El Burgo de Osma sirvió también para homenajear al burgense obispo de Segorbe-Castellón, Monseñor Casimiro López Llorente, en el cincuenta aniversario de su ordenación presbiteral. También participaron el arzobispo emérito de Zaragoza, Vicente Jiménez Zamora, y el obispo de Mbaïki de la República Centroafrica, el comboniano Jesús Ruiz Molina, ambos de origen soriano. Además de los abades de los Monasterio de Silos y de Santa María de Huerta, los vicarios de Osma-Soria y buena parte del clero diocesano. La fiesta comenzó con una procesión con la imagen del santo por las calles aledañas a la catedral y finalizó con la adoración a la reliquia ofrecida a los fieles. El orfeón Hilarión Eslava se ocupó de la parcela musical con David Igualador y Jesús Alonso al frente.

La Diócesis reconoció la entrega de sus misioneros

La Diócesis de Osma-Soria celebró el viernes 8 de agosto en Almenar el Día del misionero soriano. Más de 200 personas se reunieron en la iglesia de la Virgen de la Llana acompañadas de numerosos sacerdotes y con el Obispo, Monseñor Abilio Martínez Varea, a la cabeza. El pueblo de Almenar se volcó con esta convocatoria a la que no faltó Monseñor Jesús Ruiz Molina, vinculado con La Olmeda y obispo de Mbaïki en la República Centroafricana.

El día comenzó con una Eucaristía en la que el obispo también destacó la festividad de Santo Domingo de Guzmán, patrono de la Diócesis junto a San Pedro de Osma. En la misma iglesia, varios misioneros sorianos dieron testimonio de su labor. El día terminó con una comida de hermandad presidida por el Obispo y el agradecimiento al pueblo de Almenar y su sacerdote, Jesús Muñoz, por la acogida.

Mes de ejercicios espirituales en el Seminario

Desde el 10 de julio al 10 de agosto tuvo lugar en la Casa de espiritualidad diocesana de San Pedro de Osma los ejercicios espirituales de mes según el método de San Ignacio de Loyola. Por cuarto año se realizó esta convocatoria que convierte El Burgo de Osma en un centro de espiritualidad durante el tiempo de verano. Venidos de diversos lugares de España y de Hispanoamérica, un total de 23 ejercitantes, sacerdotes, seminaristas, religiosas y laicos de diversas instituciones eclesiales y congregaciones religiosas, dedicaron el mes al retiro espiritual en el deseo de discernir con calma y profundidad la voluntad de Dios sobre sus vidas.

La misa de clausura de los ejercicios fue presidida por Mons. Abilio Martínez Varea, quien quiso un año más hacerse presente y cercano para con esta iniciativa que organiza el Instituto del Corazón de Cristo. Los sacerdotes José María Alsina, de la archidiócesis de Toledo, y Manuel Vargas, de la diócesis de Getafe, directores de la tanda de ejercicios, agradecieron a D. Abilio la acogida tan generosa que la diócesis de Osma-Soria tiene siempre con esta iniciativa espiritual. El encuentro con D. Abilio se prolongó después de la misa en una cena fraterna con todos los participantes que pudieron compartir su experiencia.

Ejercicios espirituales para sacerdotes

Entre el lunes 25 y el viernes 29 de agosto tuvo lugar en el Monasterio cisterciense de Santa María de Huerta la segunda tanda de ejercicios espirituales para sacerdotes organizados por nuestra Diócesis de Osma-Soria. El Director de los mismos fue Mons. Francisco Pérez González, Arzobispo emérito de Pamplona. La Eucaristía del jueves, estuvo presidida por nuestro Sr. Obispo D. Abilio, el cual recordó la importancia que tienen los ejercicios espirituales anuales en la vida del sacerdote.

Bendecidas las obras de la iglesia de Quintanilla de Nuño Pedro

El día 29 de agosto, coincidiendo con la memoria de la Degollación de San Juan Bautista, titular del templo parroquial, se bendijeron las obras de restauración de la parroquia. A las 12.30h. Mons. Abilio Martínez Varea, acompañado por el párroco, D. Rafael Muñoz Mateo, presidió la Eucaristía. Las obras se desarrollaron principalmente en la cubierta de la iglesia, lo que supuso un montante de 48.500€. Esta cantidad fue sufragada gracias al convenio que se firma año tras año entre la Diputación provincial de Soria, el Obispado y la Parroquia. Una vez terminadas las obras de la cubierta, la Parroquia asumió varios trabajos extra dentro del templo que ascendieron a 18.000€.

Toma de posesión del nuevo párroco de Vinuesa

El día 7 de septiembre tuvo lugar la toma de posesión del nuevo párroco de la comunidad parroquial de Vinuesa-El Royo, William-Fernando Zárate Delgado. La Eucaristía fue presidida por Mons. Abilio Martínez Varea en Vinuesa. Al inicio de la Santa Misa, se dio lectura al nombramiento del nuevo párroco para que posteriormente realizara la profesión de fe. Después de la homilía tomó posesión de los diversos lugares celebrativos: el baptisterio, sede penitencial, sede presidencial y altar. Los fieles de la comunidad parroquial acompañaron la celebración y también estuvo presente el Vicario General, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, el Vicario de Pastoral, Julián Ortega Peregrina y el párroco saliente Pedro Luis Andaluz Andrés.

El Obispo inaugura la nueva tienda Moda Re-

Moda re-, la cooperativa de iniciativa social sin ánimo de lucro impulsada por Cáritas diocesana, reabrió su tienda solidaria de ropa de segunda mano en la Diócesis. El anterior local cerró sus puertas el 14 de agosto para reabrir en un nuevo local más amplio y con mayor número de prendas. En el proyecto diocesano *Granito de Tela*, al que pertenece *Moda Re-*, trabajan nueve personas: tres de ellas lo hacen en la estructura, con dos en la tienda y un técnico que acompaña y tutela, y otras seis pertenecen al grupo de inserción social que van rotando hasta integrarse en el mercado laboral. La tienda soriana de *Moda Re-* lleva abierta desde 2017.

El proyecto *Moda re-* obedece a un modelo innovador de tienda/escuela, donde personal de inserción adquiere conocimientos y destrezas de gestión comercial y atención al público guiado por un equipo de profesionales especializados en el sector del *retail*; es una manera de impulsar la igualdad de oportunidades a través de un modelo de relaciones laborales justas, basado en la promoción y la autonomía.



Los beneficios generados de las ventas en las tiendas *Moda re-* se reinvierten íntegramente en programas de formación y puestos de trabajo para personas en situación vulnerable, la apertura de nuevas tiendas, así como en la investigación y desarrollo de tecnología para la reutilización y reciclaje del textil.

Curso de gestión económica parroquial

La Vicaría General informó a los sacerdotes diocesanos sobre un curso de gestión económica parroquial, organizado por la Vicesecretaría para asuntos económicos de la Conferencia episcopal española. El curso tiene como objetivo ofrecer una visión completa y práctica de la gestión económica en las parroquias, abarcando aspectos canónicos, jurídicos, contables, fiscales y de buen gobierno. Pretende capacitar tanto a los párrocos como a los miembros de los consejos de asuntos económicos para desempeñar su tarea con mayor seguridad, transparencia y eficacia, al servicio de la misión de la Iglesia.

El programa abarca temas tan importantes como la administración de los bienes eclesíasticos, la elaboración de presupuestos, la fiscalidad, la rendición de cuentas, la retribución del clero y la transparencia en la gestión. El carácter eminentemente práctico del curso pretende ayudar a afrontar con criterios claros y herramientas útiles las situaciones cotidianas de nuestras parroquias.

Jubileo de la esperanza con una exposición de Vicente Molina

El obispo, Monseñor Abilio Martínez Varea, inauguró el 9 de septiembre en el Centro de recepción de visitantes de la Catedral de El Burgo de Osma una exposición del sacerdote diocesano Vicente Molina enmarcada dentro de los actos organizados por la Diócesis de Osma-Soria con motivo del Jubileo de la esperanza.

La muestra hacía un recorrido por la obra de Molina Pacheco abriéndose con un cuadro de 1998 en el que se plasma un Cristo sobre arpillera. Le seguía un trabajo sobre cartón representando a Cristo con los apóstoles y se cerraba, como es habitual en los trabajos del sacerdote, con una imagen de la Virgen María que bien podría ser una Piedad. Eran capítulos cortos que iban predisponiendo al espectador para el siguiente contemplando realidades que quizá no había previsto.

El Obispo cerró el acto destacando especialmente una imagen en la que se aprecia una barca que es la Iglesia, “una imagen de la esperanza que cada día nos sujeta en los problemas de nuestra vida”.

Encuentro del Obispo con los sacerdotes jóvenes

Monseñor Abilio Martínez Varea celebró el miércoles día 10 de septiembre un encuentro con los sacerdotes más jóvenes de la Diócesis. El Seminario diocesano acogió esta cita que resultó una jornada agradable de oración, formación y cercanía para todos los participantes.

Inicio del curso pastoral en el Santuario de Inodejo

La Diócesis de Osma-Soria abrió oficialmente el curso pastoral 2025-2026 con una Eucaristía en el Santuario de Inodejo al mediodía del domingo día 14 de septiembre. El obispo, Monseñor Abilio Martínez Varea, presidió la celebración en la que también estuvieron presentes el Vicario General, Gabriel Ángel Rodríguez; el de Pastoral, Julián Ortega y el sacerdote encargado del santuario, Ángel Hernández. Numerosos fieles del entorno y de toda la Diócesis participaron en esta celebración en la explanada de la ermita.

En su homilía, Don Abilio puso a los pies de la Virgen la programación del próximo curso para lograr que no sólo sean letras, sino que tengan vida. Recordó la importancia de vivir la comunión, de la iniciación cristiana, de la pastoral vocacional y la necesidad de que los laicos adquieren más responsabilidad en la Iglesia. El Obispo también pidió por todas las vocaciones diocesanas, pero muy especialmente por los cuatro seminaristas mayores que estaban presentes en la celebración. Al finalizar la Eucaristía, Don Abilio recibió como recuerdo una estola con una imagen de la Virgen de Inodejo.

Bendición de la rehabilitación de la casa diocesana

El Obispo, Monseñor Abilio Martínez Varea, presidió el pasado 17 de septiembre la bendición de las obras de la Casa diocesana en la calle San Juan en la capital. Los trabajos de rehabilitación de la Casa se prolongaron durante 14 meses desde su inicio en enero de 2024. Con un presupuesto de 1.300.000 euros, el grueso de la intervención se la llevaron la fachada y las cubiertas con actuaciones de impermeabilización e instalación de placas solares. Gracias a las obras, se va a lograr un importante ahorro energético tanto en electricidad como en calefacción.

La Casa diocesana es lugar de residencia para numerosos sacerdotes y punto central del trabajo de la Curia. En la parte de hospedaje, cubre con pensión completa las necesidades de 45 personas, la mitad de ellas sacerdotes ya jubilados canónicamente que también tienen atención permanente de un enfermero y dos cuidadores. En la sección de la Curia, acoge las oficinas de las vicarías, administración, las delegaciones, Manos Unidas y Cáritas. La Casa diocesana también alberga la Escuela de teología de la Diócesis y es punto de encuentro para numerosas reuniones diocesanas. Además, cuenta con el Cine Roma donde se celebran asambleas y conferencias.

La Diócesis presentó la Programación pastoral 2025-2026

La Diócesis de Osma-Soria presentó oficialmente en la tarde del 17 de septiembre la Programación pastoral para el curso 2025-2026. En el contexto del Jubileo convocado por el papa Francisco bajo el lema "Peregrinos de esperanza", la Programación ofrece una propuesta sencilla y abierta que no pretende ser un documento cerrado ni un plan técnico, sino un instrumento vivo para caminar juntos.

El lema elegido para este curso ("Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos", 1Jn 1,3), marca el rumbo en el que no se trata de teorías ni de discursos, sino de vida, de experiencia y de esperanza comunicada. Con esta Programación, la diócesis de Osma-Soria quiere seguir avanzando con paso firme y humilde en el camino de la conversión pastoral.



Busca ser una Iglesia que escucha, que discierne, que acompaña, que anuncia y que sirve. Una Iglesia que no se conforma con mantener lo que ya existe, sino que se deja interpelar por la realidad y busca responder con creatividad y fidelidad al Evangelio.

Calurosa despedida de D. Abilio

La Diócesis de Osma-Soria despidió el fin de semana del 20 y 21 de septiembre a Monseñor Abilio Martínez Varea con una doble ceremonia: el sábado en la Concatedral de Soria y el domingo en la Catedral de El Burgo de Osma. Las dos Eucaristías contaron con una gran acogida de los fieles que llenaban los templos para despedir al que ha sido nuestro pastor en los últimos ocho años.

El Vicario General, el de Pastoral, el deán de la Concatedral, el presidente del Cabildo Catedralicio y buena parte del clero diocesano quisieron acompañar a Don Abilio en sus últimas misas en Soria. Además, a la del domingo en El Burgo de Osma también acudió el Arzobispo de Burgos, Don Mario Iceta.

En su homilía de despedida, Don Abilio envió un doble mensaje de agradecimiento y perdón a los que hasta ese momento habían sido sus diocesanos. El prelado agradeció a la Diócesis de Osma-Soria todo este tiempo compartido y destacó cómo en El Burgo de Osma tanto él como sus padres encontraron un hogar. Recordó emocionado cómo visitaba los pueblos de la provincia y, pese a llegar con nieve y frío, el calor de la bienvenida le calentaba el corazón. Don Abilio destacó que se encontró una Iglesia viva en la que “hemos sembrado entre todos la semilla del Reino de Dios”. El obispo también quiso pedir perdón por aquellos errores que en su ministerio pudiera haber cometido y finalizó haciendo un llamamiento a la esperanza también en esta tierra soriana marcada por la despoblación. Su alocución terminó con una mirada a la Virgen: la de Nieva que es su patrona de origen, la de Inodejo que aglutina a la Diócesis y la del Carmen, que goza de gran devoción en El Burgo de Osma.

Amas Eucaristías en concluyeron con las palabras del Vicario General, Gabriel Ángel Rodríguez, agradeciendo a Don Abilio su servicio durante estos años. La Diócesis regaló al obispo un báculo que le fue entregado en la Eucaristía de la Concatedral y ya pudo lucir en la de la Catedral burgense.

Cruz *Pro Ecclesia et Pontifice*

Dos laicos de nuestra Diócesis de Osma-Soria, Emiliano Borobio García y Darío Muñoz Tejedor, recibieron de manos del obispo la cruz *Pro Ecclesia et Pontifice*. Es una de las más altas distinciones que la Santa Sede otorga a laicos y religiosos y reconoce servicios distinguidos prestados a la Iglesia católica y al Romano Pontífice. La medalla suele concederse a personas que han colaborado de modo excepcional en la vida diocesana, parroquial, educativa, caritativa o cultural.

Emiliano y Darío recibieron la distinción en un acto sencillo pero sentido haciendo gala de cómo ha sido su servicio a la Iglesia durante todos estos años. La *Pro Ecclesia et Pontifice* fue instituida por el papa León XIII en 1888 con ocasión de su jubileo sacerdotal y en 1898 se convirtió en una condecoración estable de la Santa Sede. En latín significa “Por la Iglesia y el Papa”, se presenta como una cruz dorada, esmaltada en blanco, con las imágenes de San

Pedro y San Pablo en el anverso y en el reverso figura el nombre del Papa que la concede. Se lleva con cinta de color amarillo y blanco (los colores vaticanos). La concesión de la distinción viene directamente del Papa, a propuesta de obispos u otros superiores eclesiásticos. Se considera un signo de reconocimiento público de fidelidad y servicio. Tiene un carácter pastoral y agradecido a la entrega cotidiana.

Monseñor Martínez Varea, Obispo de Ciudad Real

Alrededor de 1500 personas participaron en la Catedral de Santa María del Prado la toma de posesión de Don Abilio Martínez Varea como Obispo de Ciudad Real. Además de los 153 sacerdotes que concelebraron la misa, también acompañaron a Mons. Martínez Varea en su toma de posesión un total de 23 obispos de toda España, autoridades civiles y militares.

El obispo de Ciudad Real, por razones históricas, conserva el título de Prior de las Órdenes militares españolas. Por esta razón, varios caballeros participaron en la misa. La celebración comenzó con la recepción del nuevo obispo en la catedral. Acompañado del arzobispo de Toledo, Metropolitano de la Provincia eclesiástica de Toledo, Mons. Francisco Cerro Chaves, y del Administrador apostólico de Ciudad Real, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, el obispo electo fue recibido por el Colegio de consultores y el Cabildo Catedral en la Puerta del Perdón del templo. Allí, veneró el *lignun crucis* y se asperjó a los presentes; después de rezar en la Capilla del Sagrario, fue presentado el nuevo obispo y se leyó el nombramiento de D. Abilio como obispo de Ciudad Real tomando posesión de su nuevo ministerio.

Por último, D. Abilio se dirigió a sus nuevos feligreses haciendo referencia, entre otras cosas, a los santos que han tenido origen en esa tierra: santo Tomás de Villanueva, san Juan de Ávila y san Juan Bautista de la Concepción, así como al beato Narciso Estenaga. Al concluir la celebración, el nuevo obispo de Ciudad Real recibió las felicitaciones de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, además de los fieles que participaron en la eucaristía.

Gabriel Ángel Rodríguez Millán elegido Administrador diocesano

El 27 de septiembre, con la toma de posesión de la diócesis de Ciudad Real de D. Abilio Martínez Varea, la diócesis de Osma-Soria quedó en situación de sede vacante. Por este motivo, el lunes 29 de septiembre a las 10.00h. se reunieron en la Casa diocesana de Soria el Colegio de consultores de la diócesis para proceder a la elección del Administrador diocesano que regirá la diócesis de forma interina hasta que el Papa nombre un nuevo Obispo diocesano.

Estando presentes todos los miembros del Colegio de consultores, tras haber pedido la luz del Santo Espíritu y haber recordado las competencias del citado Colegio, resultó elegido para el cargo el actual Vicario General, D. Gabriel-Ángel Rodríguez Millán que, tras aceptar, emitió la preceptiva profesión de fe y el juramento de fidelidad ante los santos Evangelios y los miembros del Colegio.

Celebrado el primer retiro Bartimeo en nuestra Diócesis

Del 26 al 28 de septiembre se celebró por primera vez en nuestra Diócesis un retiro de Bartimeo. Durante el fin de semana, 31 jóvenes participaron en él acompañados por 41 servidores y varios sacerdotes. Estos retiros buscan que los jóvenes de entre 16 y 18 años



tengan un encuentro personal con el Señor inspirado en la figura de Bartimeo (cf. Mc 10, 46-52) que al recuperar la vista descubre a Jesús. Se procura hacerles ver que Jesús no permanece indiferente a sus problemas, miedos, dolores..., sino que siempre que se le llama acude. También se busca que los adolescentes puedan sentir la voz de otros chavales de su edad que les dicen: *“Ánimo, levántate que te llama”*. Los jóvenes participaron con varios testimonios, dinámicas y celebraciones en las que han sentido de verdad el amor que Dios les tiene y en las que han aprendido a amarse a sí mismos.

Finaliza el tiempo de oración por el cuidado de la creación

El tiempo de oración por el cuidado de la creación se celebró del 1 de septiembre al 4 de octubre, con el lema *“Semillas de paz y esperanza”*; se trata de una iniciativa ecuménica para orar y actuar por la casa común, inspirada en la encíclica *“Laudato si”* y en el Año Jubilar.

En nuestra diócesis, el día 4 de octubre, el Administrador diocesano, D. Gabriel Ángel Rodríguez Millán, presidió la Eucaristía en la parroquia de San Francisco de Asís de Soria, celebrando al patrón de la parroquia y clausurando este tiempo en su décimo aniversario. En su homilía destacó que la fiesta de San Francisco de Asís no es sólo un recuerdo piadoso, sino una llamada a vivir el Evangelio con el mismo espíritu del santo. Recordó que Francisco no fue únicamente el hombre que cantaba a la naturaleza, sino alguien profundamente transformado por Cristo crucificado, hasta gloriarse sólo en la cruz. Subrayó, además, cuatro enseñanzas actuales del testimonio franciscano: la sencillez de vida frente al consumismo, el cuidado de la creación como reflejo del Creador, la fraternidad que se expresa en la cercanía a los pobres y marginados, y la construcción de la paz en las familias, las comunidades y la sociedad. Finalmente, agradeció de modo particular a quienes dedican su vida al cuidado de los animales, como signo de amor y respeto a la creación, en sintonía con la espiritualidad franciscana. La celebración terminó con la bendición de los frutos y plantas llevados por los fieles, y con un ágape en los salones parroquiales.

Almazán acoge la jornada del migrante y refugiado

El domingo 5 de octubre la parroquia de Almazán acogió la celebración diocesana de la Jornada mundial del migrante y refugiado. A las 10.30h, D. Julián Ortega Peregrina presidió la Eucaristía en la parroquia de Santa María de Calatañazor, acompañado de los párrocos de la localidad; a continuación, en los salones parroquiales, los delegados diocesanos organizaron un encuentro entre todos los asistentes con el objetivo de fomentar la integración social y el respeto mutuo, creando una convivencia intercultural armoniosa y promoviendo el intercambio de experiencias.

La Diócesis celebra al beato Juan de Palafox

La Diócesis celebró la fiesta del Beato Juan de Palafox y Mendoza; lo hizo en la tarde del lunes 6 de octubre, memoria litúrgica de este Obispo beatificado en la villa episcopal el 5 de junio de 2011.

A las 19.30h. los fieles rezaron el santo rosario en la iglesia parroquial de El Carmen de El Burgo de Osma, meditando cada misterio con textos escritos por el beato; a continuación, partió la procesión con una imagen de Palafox hasta la Catedral donde, a las 20.00h., el Ad-

ministrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, presidió la Santa Misa. En su homilía, presentó una reflexión agradecida y actual sobre la figura del obispo y pastor; subrayó que no se trata de recordar una reliquia del pasado, sino de reconocer en Palafox a un hermano en la fe que sigue alentando el camino de los creyentes y destacó su testimonio de entrega total, su rectitud en el servicio público y su amor a la justicia.

También, resaltó el significado especial de celebrar la fiesta en la catedral de El Burgo de Osma, donde descansan sus restos y donde fue proclamado beato. Desde ese lugar, su ejemplo sigue siendo una llamada a la fidelidad, al servicio y a la santidad. Al finalizar la celebración, los fieles pudieron venerar la reliquia del beato, cuyo cuerpo se conserva en la capilla de la Inmaculada de la Catedral.

Jornada por el trabajo decente

Como cada año, la Iglesia celebró el día 7 de octubre la Jornada mundial por el trabajo decente. La Diócesis de Osma-Soria, a través de la Pastoral del trabajo y organizaciones pertenecientes a la Iniciativa por el trabajo decente (HOAC, Cáritas y CONFER) celebraron este día con diferentes actos.

El día 7, a las 12 de la mañana, en el Centro de formación de Cáritas tuvo lugar el gesto: “Nos pringamos por un trabajo decente”, en el que cada participante pintó una de sus manos y la estampó sobre un mural de papel. Debajo de la huella, se pegaron frases relativas al trabajo decente.

Finalizaron los actos con una Eucaristía a las 19.30h. en la iglesia del Carmen presidida por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán; en su homilía reflexionó sobre el valor humano, espiritual y social del trabajo. Subrayó que trabajar no es sólo una necesidad, sino una vocación que participa en la obra creadora de Dios. Inspirándose en la liturgia del día, destacó que todo trabajo honesto -por humilde que sea- tiene una dignidad inmensa cuando se realiza con amor y justicia. Recordó que Jesús mismo, “el hijo del carpintero”, santificó el trabajo humano con sus manos en Nazaret. Invitó a reconocer lo divino en lo cotidiano y a promover un trabajo verdaderamente decente: aquel que respeta la dignidad, el descanso, la igualdad y el medio ambiente. Finalmente, exhortó a la comunidad cristiana a sostener la esperanza, practicar la solidaridad y descubrir en cada tarea bien hecha una oración encarnada que una el esfuerzo humano con la ternura de Dios.

Al término de la Santa Misa y en la plaza de El Carmen, se procedió a leer el manifiesto que culminó con las palabras relativas al lema de este año: “Reclamamos justicia. Reclamamos humanidad. Reclamamos trabajo decente: Derecho, no privilegio”.

Encuentro sobre el cumplimiento normativo

El miércoles día 8 de octubre el Administrador diocesano, Gabriel-Ángel Rodríguez, acompañado por el Ecónomo, Alberto Martín, participaron en Madrid en el II Encuentro organizado por el Órgano de cumplimiento normativo de la Conferencia episcopal.

Los planes de cumplimiento normativo (o *compliance*) aplicados a las diócesis son sistemas organizados que buscan prevenir, detectar y corregir posibles incumplimientos legales o éticos dentro de la Iglesia. Su objetivo es garantizar que todas las actividades



diocesanas (administrativas, económicas, laborales o pastorales) se desarrollen conforme a la legislación civil y canónica vigente, promoviendo la transparencia, la responsabilidad y la protección de las personas e instituciones implicadas. En la práctica, incluyen protocolos, controles internos, formación del personal y mecanismos de denuncia o auditoría que ayudan a mantener una gestión íntegra y confiable.

En una de las mesas redondas del Encuentro participó, en representación de nuestra diócesis, el abogado José Enrique Carbajo, quien expuso los pasos dados hasta el momento por nuestra Iglesia local en la implantación de estos programas de cumplimiento que buscan una acción eclesial más eficaz y transparente.

Reunión de los delegados diocesanos

El Administrador diocesano de Osma-Soria presidió el 9 de octubre la reunión de inicio de curso de los delegados diocesanos, celebrada en la Casa diocesana, con el objetivo de fortalecer la comunión, mejorar la coordinación entre delegaciones y poner en marcha nuevas iniciativas pastorales comunes.

El encuentro comenzó con un momento de oración, en el que se invitó a los presentes a vivir su tarea como un testimonio de comunión y santidad. A continuación, el Administrador diocesano dirigió unas palabras en las que subrayó cuatro metas principales para este curso: situarse en la Programación diocesana, mejorar la coordinación entre delegaciones, activar el nuevo Servicio diocesano de pastoral vocacional y revisar los modos de comunicación y envío de materiales a las parroquias.

Comenzó el curso en la escuela diocesana de agentes de pastoral

El miércoles 8 de octubre comenzó el nuevo curso de la Escuela diocesana de agentes de pastoral de la diócesis. Se trata de un servicio que se oferta a los laicos que quieran alcanzar una síntesis de los contenidos fundamentales de la fe. El plan de estudio diseñado se compone de cuatro cursos, comenzando este año el tercero de ellos. La materia con la que se inició el curso 2025-2026 fue «Antropología teológica: creación y gracia». Le seguirán los cursos de «El misterio de Dios trinitario»; «Teología espiritual» y «Teología moral y Doctrina social de la Iglesia». Las sesiones de los cursos se imparten en el salón de la Casa diocesana, en Soria, los miércoles, de 17.00 a 19.00h. horas.

La diócesis celebró la Virgen del Pilar

La Diócesis de Osma-Soria celebró el día 12 de octubre la festividad de la Virgen del Pilar, patrona de la Hispanidad y del Cuerpo de la Guardia Civil.

En Soria, el Administrador diocesano, D. Gabriel Ángel Rodríguez Millán, presidió la Santa Misa en honor a la Virgen del Pilar, en la parroquia de El Salvador a las once y media de la mañana. En su homilía, invitó a los fieles a mirar a María como “pilar firme de la fe” y “madre de escucha y concordia”. En El Burgo de Osma, el principal de los actos preparados por la Guardia Civil para honrar a la Virgen del Pilar fue la Santa Misa en la iglesia del Carmen; la ceremonia dio comienzo a las doce del mediodía y fue presidida por el párroco de la localidad, D. Jesús F. Hernández Peña

Encuentro sacerdotal en el inicio del curso pastoral

El 15 de octubre tuvo lugar la primera sesión de la formación permanente del clero en la Casa diocesana de Soria. Durante el curso, las sesiones de formación estarán dedicadas al estudio y profundización del *Directorio para la catequesis* (2020), con el deseo de que sirva de ayuda para renovar la dimensión evangelizadora de las comunidades parroquiales. La primera sesión y las siguientes estarán dirigidas por D. Juan Sebastián Teruel Pérez, sacerdote de la archidiócesis de Zaragoza y profesor de catequética en el Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón (CRETA), que irá introduciendo los fundamentos teológicos y pastorales del *Directorio*.

El Carmelo de El Burgo de Osma celebró su 75º aniversario en la fiesta de Santa Teresa de Jesús

El 15 de octubre, con motivo de la festividad de Santa Teresa de Jesús, la comunidad de carmelitas descalzas de El Burgo de Osma celebró una eucaristía conmemorativa por sus setenta y cinco años de presencia en la diócesis. La celebración, presidida por el Administrador diocesano, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, reunió a fieles y sacerdotes en un clima de agradecimiento y alegría. En su homilía destacó la coincidencia de ambas celebraciones: la fiesta de la santa abulense y el aniversario del Carmelo como una ocasión para reconocer la sabiduría, la humildad y el amor que caracterizan tanto la vida de Santa Teresa como la historia de esta comunidad contemplativa. Citando a Santa Teresa (“Dios no se muda. La paciencia todo lo alcanza. Quien a Dios tiene, nada le falta”), el Administrador diocesano expresó el deseo de que el Carmelo de El Burgo de Osma siga siendo “una llama viva de amor en el corazón de la diócesis” por muchos años más.

La diócesis cede tres obras a la Exposición de Las Edades

La Diócesis de Osma-Soria aportó tres piezas a la exposición de Las Edades del Hombre que se inauguró el 16 de octubre en Zamora. En la XXVIII edición, bajo el título *Esperanza*, se mostró una cruz procesional procedente de la parroquia de Atauta, el portaviático con forma de pelícano se expone en la Colegiata de Santa María de la Asunción de Medinaceli y dos capiteles de piedra que pertenecen a la iglesia de Andalus.

II Jornadas de cuidados paliativos

La Diócesis celebró los días 14 y 16 de octubre las II Jornadas de cuidados paliativos con una mesa redonda y una charla sobre la espiritualidad de los enfermos ambas en el Círculo Amistad Numancia y abiertas a todos los interesados en general. Según manifestó la Delegada, Montserrat Ballesteros, las jornadas sirvieron para ver que “los cirneos del siglo XXI son como el primero, hacen un servicio a quién sufre, cargan con su cruz y, aunque al principio no es por gusto, luego se transforma y se produce un cambio”.

Procesión histórica en el jubileo de las cofradías

La Diócesis celebró el 18 de octubre el Jubileo diocesano de las cofradías. Se reunieron alrededor de 650 personas, 14 pasos procesionales y 10 agrupaciones musicales en El Burgo de Osma



Por primera vez, los cofrades diocesanos procesionaban fuera de los días de la Semana Santa y lo hacían a cara descubierta en una cita que no se olvidará. La actividad comenzó a las seis de la tarde en la iglesia del Carmen con un acto penitencial necesario para ganar el Jubileo. Tras él, partió la procesión por las calles burgenses pasando por el Seminario, plaza Mayor y calle Mayor antes de desembocar en la plaza de la Catedral y entrar el templo por la puerta de San Miguel. El Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, presidió una emotiva eucaristía en la que destacó el papel de las cofradías como custodias vivas de la fe y la esperanza en los pueblos de la diócesis.

Jornada del DOMUND

El día 19 de octubre la Iglesia celebró la Jornada del Domund bajo el lema “*Misioneros de esperanza entre los pueblos*”. La Delegación de misiones de la diócesis organizó dos actos en torno a esta jornada; el sábado día 18 a las 20.00h. tuvo lugar en la iglesia de San Juan de Rabanera de Soria, la vigilia de la Luz que fue presidida por el Consiliario de la Delegación, D. Álvaro Chávez. La celebración central tuvo lugar el domingo con una Eucaristía presidida por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, en la parroquia de Santa Bárbara de Soria. Su homilía estuvo centrada en la fuerza de la oración y la esperanza como motores de la misión. Concluyó animando a la comunidad a renovar su fe y su compromiso misionero, recordando que “la misión no es un lugar, sino el fuego del Evangelio que transforma todo lo que toca”.

Los profesores de religión recibieron la *missio canonica*

El lunes 20 de octubre, los profesores de religión católica de la Diócesis recibieron la *missio canonica* en una Eucaristía presidida por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. Antes de la Santa Misa, en los salones de la parroquia de San José Obrero de Soria, los profesores tuvieron un momento de formación, presentación del nuevo curso con sus retos y actividades, acogida de los profesores que se incorporaron y despedida de aquellos que se jubilaron.

Jornada formativa sobre protección al menor

El día 25 de octubre tuvo lugar una conferencia sobre la protección de la infancia con el título, “Prevención de los abusos al menor: educación afectivo-sexual en el entorno familiar”, impartida por D. José Luis Martín Marín, Director de la Oficina para la protección al menor en la Diócesis de Osma Soria. Más de cuarenta personas, entre las que se encontraba un numeroso grupo de profesores de religión católica, se dieron cita en la Casa diocesana.

La mañana empezó con una oración a la Virgen María y, a continuación, el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, presentó la jornada augurando “que la cultura del cuidado y del respeto impregne nuestras parroquias, colegios y grupos, y que todos, especialmente los más pequeños, puedan sentirse acogidos, escuchados y protegidos”. La ponencia impartida por D. José Luis se centró en la educación afectivo-sexual en el entorno familiar, porque la familia puede ser, a la vez, factor de riesgo o factor de protección frente al maltrato y el abuso. En ella se aprenden los primeros lenguajes del cuerpo, del afecto, de la confianza y del respeto; en ella se construye la autoestima y la percepción de la propia dignidad. Y

de esa experiencia dependerá, en buena medida, la capacidad del menor para reconocer y rechazar cualquier forma de manipulación o violencia. Según indicó el Sr. Administrador, la jornada ayudó “a reflexionar sobre la dignidad de la persona humana, el significado profundo de la sexualidad, las distorsiones afectivas y emocionales que pueden aparecer en la infancia y la adolescencia y, sobre todo, las estrategias prácticas para acompañar a las familias en la educación de sus hijos desde el respeto, la comunicación y el amor”.

Celebración de confirmaciones en Golmayo-Camaretas y Ólvega

El 11 de octubre 32 jóvenes fueron confirmado en la parroquia de Golmayo-Camaretas y el 25 otros 11 jóvenes en Ólvega. El Administrador diocesano recordó a los jóvenes que este sacramento no es un punto de llegada, sino el comienzo de una fe más madura. En su homilía los animó a dejarse transformar por el Espíritu Santo, “esa fuerza de Dios que convierte el miedo en valentía y el silencio en palabra”.

Peregrinación diocesana a Roma

Entre el 13 y el 19 de octubre 115 diocesanos peregrinaron a Roma por el Jubileo de la esperanza con el Vicario de Pastoral, Julián Ortega, a la cabeza y el padre carmelita Eduardo Sanz de Miguel que preparó la ruta. Un grupo heterogéneo, en cuanto a edad y procedencia, que vivió una semana muy intensa recorriendo Roma de una manera muy especial que siempre quedará en su memoria y en su fe. Visitaron las basílicas y monumentos más emblemáticos de la ciudad eterna y asistieron a la Audiencia con el Papa en la Plaza de San Pedro. También se acercaron a Asís para sentir de cerca a San Francisco de Asís, Santa Clara y San Carlo Acutis.

Misa por los obispos y sacerdotes fallecidos

La Diócesis de Osma-Soria celebró el día tres de noviembre una misa por los obispos y sacerdotes fallecidos; la parroquia de Santa María la Mayor acogió la celebración. En su homilía, el Administrador diocesano subrayó que en esta celebración “se unen gratitud y esperanza”: gratitud por la entrega silenciosa y fiel de tantos pastores al servicio de la Iglesia soriana, y esperanza cierta en la promesa de Cristo, Buen Pastor, que sostiene y conduce a los suyos.

Reunión de la Provincia eclesiástica de Burgos

En la mañana del jueves, 6 de noviembre, tuvo lugar la reunión de la Provincia eclesiástica en el Arzobispado de Burgos. A la reunión asistieron el arzobispo de Burgos, Mons. Mario Iceta Gavicogeoascoa; el obispo de Palencia, Mons. Mikel Garciandía Goñi; el de Vitoria, Mons. Juan Carlos Elizalde Espinal; el de Bilbao, Mons. Joseba Segura Etxezarraga, y el Administrador diocesano de Osma-Soria, Gabriel Ángel Rodríguez Millán.

El encuentro comenzó con una oración y, seguidamente, los obispos trataron los asuntos que se abordarían durante la asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Española (CEE) que se celebraría entre el 18 y el 21 de noviembre en Madrid. Más en concreto, trabajaron algunas propuestas a tres documentos: las Líneas pastorales de la Conferencia episcopal para el cuatrienio 2026-2030; el texto con la propuesta sobre la presencia de los laicos en la vida pública; y algunas propuestas para la aplicación de la sinodalidad en las diócesis.



Memoria 2024: la diócesis refuerza la cohesión social y el apoyo entre personas

Con motivo de la celebración del Día de la Iglesia diocesana, que se celebró el 9 de noviembre, la diócesis de Osma-Soria presentó su Memoria 2024 en la que se recogen los datos y principales actuaciones llevadas a cabo durante esos meses. El Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, subrayó que la presencia de la diócesis en cada rincón de la provincia ofrece un tejido humano que da estabilidad y cercanía en un territorio marcado por la despoblación. En muchos pueblos, la Iglesia es el rostro más constante del acompañamiento personal y comunitario, una red de relaciones que mantiene viva la esperanza y el sentido de pertenencia. Su labor, más allá del ámbito estrictamente religioso, refuerza la cohesión social y el apoyo mutuo entre las personas.

La Memoria 2024 muestra una Iglesia activa, solidaria y comprometida, que anuncia, celebra y sirve; que educa, cuida su patrimonio y acompaña a los más vulnerables. La diócesis de Osma-Soria sigue siendo un factor de equilibrio y esperanza: una presencia viva que impulsa la vida comunitaria, refuerza la identidad soriana y promueve una sociedad más humana, solidaria y arraigada.

Reunión del Colegio de consultores

El viernes 7 de noviembre el Administrador diocesano convocó a los miembros del Colegio de consultores a una reunión ordinaria para tratar algunas cuestiones que tienen que ver con diversos aspectos de la realidad diocesana. Los miembros del Colegio abordaron, entre otros, algunos temas de carácter económico, los siguientes pasos a dar para la implementación en nuestra diócesis de los programas de cumplimiento normativo, ya en marcha, y algunas previsiones de cara a la celebración en 2026 del 925º aniversario de la elección de San Pedro de Bourges como obispo de Osma.

Celebrado el VII Emaús para mujeres

Del 7 al 9 de noviembre tuvo lugar en el Seminario el VII Retiro de Emaús para mujeres de la Diócesis de Osma-Soria. En esa ocasión caminaron 29 mujeres y sirvieron 40, la mayoría de nuestra diócesis. El Retiro concluyó con la celebración de la Eucaristía presidida por el Administrador diocesano, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, y la participación de familiares y amigos de las participantes, entre los que se encontraban los jóvenes que realizaron el Retiro de Bartimeo.

En la Eucaristía de clausura, el Administrador diocesano, recordó que un final en clave Emaús no es cierre sino comienzo real del camino. Señaló que lo vivido esos días está llamado a transformarse en estilo de vida, decisiones concretas y entrega en la vida cotidiana, porque la experiencia espiritual se valida al volver a la realidad diaria. Finalmente, envió a las participantes a la misión concreta en la vida cotidiana: familia, trabajo, heridas y periferias femeninas donde falta acompañamiento y reconocimiento. Las animó a custodiar un espacio interior diario, a vivir gestos gratuitos de escucha y de acompañamiento, y a mantener el corazón abierto a la Iglesia, para que la gracia recibida se convierta en fecundidad y servicio.

Celebración del Día de la Iglesia diocesana y confirmaciones en El Salvador

El día 9 de noviembre, se celebró el Día de la Iglesia diocesana, bajo el lema *“Tú también puedes ser santo”*. La celebración diocesana tuvo lugar en la iglesia de El Salvador de Soria con una Eucaristía presidida por el Administrador diocesano, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, en la cual administró el sacramento de la confirmación a un grupo de jóvenes. En la homilía subrayó que la confirmación no es un trámite ni una tradición escolar, sino la acción concreta de Dios que llama a cada joven por su nombre y lo convierte en protagonista de la misión de la Iglesia. En su homilía recordó que el Espíritu Santo no es una teoría, sino la fuerza viva de Dios que actúa dentro de cada persona, especialmente cuando hay miedo, incertidumbre o falta de horizonte.

Cáritas celebró la Jornada mundial de los pobres

El domingo 16 de noviembre se celebró la Jornada mundial de los pobres, en el marco del Jubileo de la esperanza. Bajo el lema *“Tú, Señor, eres mi esperanza”*, el papa León XIV invitó a confiar radicalmente en Dios, roca firme en medio de la fragilidad y fuente de una esperanza que no defrauda, una esperanza que no se encierra en lo íntimo, sino que se hace compromiso con quienes más sufren.

En la diócesis tuvo lugar una jornada de convivencia entre los participantes de las Cáritas parroquiales y diocesana, voluntarios, trabajadores y simpatizantes de Cáritas. Se dieron cita más de 200 personas y realizaron una excursión para visitar la localidad de Valdelavilla, pueblo deshabitado y rehabilitado según la tradicional arquitectura de la zona de tierras altas de Soria. Visitaron el pueblo y, a continuación, tuvieron una celebración de la Eucaristía comunitaria y en fraternidad, a las puertas de la Iglesia, pues esta es tan pequeña que no cabían todos dentro. Tras la Eucaristía, comieron un bocadillo en el bar que tiene abierto el pueblo y regresaron a sus lugares de origen.

El Administrador diocesano participó en la plenaria de la Conferencia episcopal

El Administrador diocesano, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, participó, junto a los obispos españoles, en la 128ª asamblea plenaria del 18 al 21 de noviembre en la sede de la Conferencia Episcopal Española (CEE). La sesión inaugural tuvo lugar el martes 18 a las 10.00 horas con el discurso del presidente, Mons. Luis Argüello. Después intervino Mons. Giuseppe Comisso, secretario de la Nunciatura en representación del Nuncio apostólico en España, Mons. Piero Pioppo. Durante los cuatro días de reunión, trabajaron en diversos asuntos para la vida de la Iglesia en España y se renovó el nombramiento de Fernando Jiménez Barriocanal como Vicesecretario para Asuntos Económicos.

Confirmaciones en la parroquia de San José Obrero en Soria

El día 22 de noviembre, en la Eucaristía vespertina de la Solemnidad de Cristo Rey, el Administrador diocesano, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, administró el sacramento de la confirmación a un grupo de diez jóvenes en la parroquia de San José Obrero de Soria. Los jóvenes recibieron la formación apropiada a su edad por dos catequistas y acompañados del párroco, Alberto Dueña Ocón. El Administrador diocesano recordó en su homilía a los jóvenes que Dios les entrega su Espíritu como fuerza transformadora que convierte el



miedo en valentía y actualiza el corazón desde dentro. Explicó que el Espíritu no cambia la identidad de cada uno, sino que potencia lo mejor de ellos y les ayuda a afrontar sus límites con serenidad y crecimiento. Presentó los frutos del Espíritu como un estilo de vida hecho de amor, alegría, paz y dominio de uno mismo, capaz de renovar cualquier ambiente. Subrayó que el gesto sacramental de la unción no es meramente simbólico, sino una verdadera irrupción de Dios en la vida de los confirmandos, una chispa que comienza a iluminar desde dentro. Finalmente, les invitó a vivir su fe con escucha, confianza y autenticidad, recordándoles que la confirmación no cierra una etapa, sino que inaugura una forma más madura y valiente de seguir a Jesús.

Doble jornada sobre el primer anuncio

El Departamento de Primer anuncio de la Diócesis organizó un doble encuentro que se celebró los días 25 y 26 de noviembre en la Casa diocesana de Soria. Se contó con la presencia de D^a Teresa Valero y Melgosa, laica de la diócesis de Solsona donde sirve como Delegada de Primer anuncio y Apostolado seglar y es miembro del Área de Primer anuncio de la CEE. Es, además, miembro fundador y Directora de la Fundación “Autem”, dedicada a acompañar y formar sacerdotes y agentes de pastoral en clave de conversión pastoral.

La primera jornada estuvo dirigida a todos los interesados en el Primer anuncio bajo el lema “Anunciar es amar: la misión que nace del encuentro con Jesús” y tuvo una muy buena acogida ya que reunió a más de sesenta participantes. La ponente expuso la importancia, en la sociedad secularizada actual, de revitalizar el Primer anuncio como experiencia personal del encuentro con Jesús resucitado, destacando la utilidad de los llamados métodos de Primer anuncio que en todo caso deben ir acompañados de un proceso continuado y ordenado de formación cristiana a través de las comunidades parroquiales.

La segunda jornada estuvo dirigida a los sacerdotes, bajo el título: *“Reaviva el don que hay en ti: la pasión del Primer anuncio”*, en la que a través de su experiencia en la Fundación “Autem” describió y profundizó en las tres etapas por las que tiene que pasar la conversión pastoral de una comunidad: conversión de los corazones y de las mentes; conversión de las estructuras; y parroquia misionera. Además, invitó a los sacerdotes a no olvidar nunca que son hijos amados de Dios y que han sido ungidos para ungir. La jornada finalizó con una comida fraterna.

Jubileo del voluntariado de Cáritas

El sábado 29 de noviembre, en el marco de la Jornada del voluntariado y el Año Jubilar, Cáritas diocesana de Osma-Soria organizó una convivencia como espacio de encuentro, reflexión y reconocimiento para los voluntarios que dedican su tiempo y esfuerzo a la misión de Cáritas. Aproximadamente 70 personas participaron en una peregrinación simbólica de cuatro estaciones: la iglesia parroquial de Osma, el cruce de los ríos Abión y Ucero, la iglesia parroquial de El Carmen y la puerta de la Catedral. En cada estación del recorrido se hizo una parada y se leyeron reflexiones inspiradas a la luz de la Exhortación “Dilexi Te” del Papa León sobre el amor hacia los pobres.

La Eucaristía se celebró en la capilla de la Inmaculada de la catedral donde reposan los restos del Beato Juan de Palafox y Mendoza. En su homilía, el Administrador diocesano

de Osma-Soria agradeció a los voluntarios su dedicación callada y su servicio a los más vulnerables. Recordó que, frente a un mundo marcado por la incertidumbre, su labor constituye un signo humilde pero eficaz del Reino de Dios, construido con gestos de cercanía, escucha y compasión. Subrayó que el voluntariado es una forma concreta de “benedicir al Señor” y animó a los presentes a velar para no perder la alegría, la motivación y la ternura en medio del cansancio o las dificultades. En el umbral del Adviento, los invitó a ser “encendedores de esperanza” en la vida de quienes acompañan y a vivir este Año jubilar como un tiempo de renovación interior. Concluyó agradeciendo su entrega diaria y alentándoles a perseverar como artesanos de esperanza en sus comunidades.

Confirmaciones en la parroquia de Santa Bárbara de Soria

El día 29 de noviembre, en la Eucaristía vespertina del I Domingo de Adviento, la parroquia de Santa Bárbara de Soria, acogió la confirmación de 22 jóvenes de manos del Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. En su homilía, subrayó que la confirmación constituye un momento decisivo en la vida cristiana, en el que el Espíritu Santo fortalece a los jóvenes para vivir la fe con autenticidad y compromiso.

IV Retiro Emaús hombres

Desde el viernes 28 hasta el domingo 30 de noviembre tuvo lugar en el Seminario diocesano el cuarto retiro Emaús para hombres en la Diócesis de Osma-Soria. Participaron en él 12 caminantes y 35 servidores. La Eucaristía de clausura fue presidida por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, en cuya homilía subrayó que la experiencia vivida no constituye un punto de llegada, sino un verdadero comienzo en el camino de la fe.

25 años de la parroquia de Santa Bárbara

El 7 de diciembre, la parroquia de Santa Bárbara de Soria celebró el 25º aniversario de la consagración del templo parroquial con una Eucaristía solemne presidida por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. En ella, echando la vista atrás, se dio gracias a Dios por estos años de andadura parroquial, en la que se recordó con cariño y afecto a D. Manuel Peñalba, que fue su primer párroco y que trabajó infatigablemente por hacer una comunidad acogedora, abierta a todos. Y mirando al presente, se imploró el don del Espíritu Santo para que, a impulso de su amor confiado, siga alentando la vida de esta comunidad y así sea más viva y evangelizadora.

Vigilia diocesana de la Inmaculada

El domingo 7 de diciembre, víspera de la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, se celebró en la iglesia de San Juan de Rabanera de Soria, la vigilia diocesana de la Inmaculada, presidida por el Administrador diocesano que centró su homilía en la figura de María como signo luminoso de la victoria de la gracia sobre el pecado y modelo de confianza total en Dios.



35 sacerdotes en el retiro de adviento

El Administrador diocesano de Osma-Soria presidió el 10 de diciembre en la iglesia de Santa María la Mayor de Soria un retiro espiritual para los sacerdotes de la diócesis, centrado en el lema “Vivir el ministerio como un Adviento permanente”. 35 sacerdotes acudieron a un retiro que, a lo largo de la mañana, ofreció una reflexión guiada por ocho escenas del Evangelio de Mateo (desde la genealogía de Jesús hasta la promesa final del Emmanuel) para iluminar la vida y el servicio pastoral.

Fallece el presbítero diocesano Fausto Nafría Romero

En la mañana del 11 de diciembre de 2025, falleció en Soria D. Fausto Nafría Romero. El funeral *corpore insepulto* tuvo lugar al día siguiente en su pueblo natal, Boós, presidido por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán.

Festival de villancicos y entrega de la luz de Belén

El viernes 12 de diciembre, un grupo de adolescentes provenientes de varias parroquias de la diócesis y acompañados de sus catequistas, participaron en un encuentro con las hermanas clarisas. En el convento de Soria se custodió durante todo el año la Luz de Belén que se entregó a los jóvenes para que la hicieran llegar al día siguiente a toda la diócesis.

Al día siguiente, en el colegio de Escolapios se celebró el XI Festival de villancicos y el reparto de la Luz de Belén. En la primera parte desfilaron voces venidas de diversos rincones de la diócesis desde colegios, institutos, grupos de catequesis y coros parroquiales. Cada uno de los grupos ayudó con sus melodías, voces y mensajes a seguir preparando el gran acontecimiento del nacimiento de Dios hecho niño en los distintos belenes del siglo XXI. Terminado el festival de villancicos, pasaron a la iglesia para celebrar y enviar a todos los presentes a seguir anunciando lo visto y oído portando la Luz de la paz de Belén a parroquias, pueblos, centros educativos y familias, y deseando a todos una feliz Navidad.

El Administrador diocesano asistió a la reunión del patronato de Las Edades del Hombre

El día 18 de diciembre tuvo lugar en Zamora una reunión del Patronato de Las Edades del Hombre, a la que asistió el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. La sesión ordinaria eligió al Obispo de Segovia, D. Jesús Vidal, nuevo presidente de dicha institución por acuerdo de los arzobispos, obispos y administradores diocesanos de las diócesis de Castilla y León. Por su parte, el obispo de Palencia, D. Mikel Garciandía, fue designado como vicepresidente. Ambos ostentarán sus respectivos cargos durante un periodo de tres años. El Patronato de la Fundación también determinó la reelección en el cargo del actual secretario general, José Enrique Martín Lozano, que continúa como máximo puesto ejecutivo de la entidad.

La reunión del Patronato tuvo lugar en Zamora, donde los arzobispos, obispos y administradores diocesanos visitaron la XXVIII edición “Esperanza” en la iglesia de San Cipriano y la Catedral, posteriormente hicieron balance de las acciones de la Fundación en este año 2025 y planificaron los proyectos para meses sucesivos.

La Curia diocesana se reunió para celebrar la Navidad

El viernes 19 de diciembre, los miembros de la Curia diocesana, se reunieron en el Seminario diocesano para celebrar la Navidad. El Administrador diocesano dirigió unas palabras de felicitación navideña. En su intervención, enmarcada en los últimos días del Adviento, subrayó que la cercanía de la Navidad invita a redescubrir cómo Dios actúa también hoy desde la sencillez, la escucha y la disponibilidad interior, lejos del ruido y del protagonismo.

Rodríguez Millán expresó un agradecimiento explícito por la labor realizada, especialmente en el contexto de sede vacante, señalando la responsabilidad, la colaboración leal y el sentido eclesial con que se está garantizando la normalidad y la comunión en la diócesis. Al mismo tiempo, recordó que la misión de la Iglesia no se apoya únicamente en la eficacia o en las estructuras, sino en la escucha de la Palabra y en la conciencia de ser servidores de una obra que precede y supera a quienes la gestionan. Finalmente, invitó a vivir el trabajo diario con mayor hondura evangélica, cuidando el silencio, el discernimiento y la verdad, para que también lo cotidiano se convierta en un espacio donde pueda nacer Dios.

Nuevo encuentro de Cursillos de cristiandad

Durante el fin de semana del 19 al 21 de diciembre, el movimiento de Cursillos de cristiandad celebró el cursillo 49º en la Casa de las Nazarenas de Soria, siguiendo el modelo evangelizador de primer anuncio y la dinámica propia del movimiento. La clausura tuvo lugar en la capilla de las Nazarenas con la Eucaristía del cuarto domingo de Adviento presidida por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán y concelebrada por el Consiliario, Julián Ortega Peregrina. El Administrador diocesano subrayó que la experiencia vivida no debía entenderse como un punto final, sino como un envío renovado a la vida cotidiana. Partiendo del Evangelio del día, centrado en la figura de san José, destacó su actitud de fe confiada ante la incertidumbre y el desconcierto, presentándolo como modelo de quien se deja guiar por Dios aun sin tener todas las respuestas. En este sentido, invitó a los participantes a discernir cómo responder, al regresar a sus ambientes, a la acción de Dios experimentada durante la convivencia.

Segunda sesión ordinaria del Colegio de consultores

El Colegio de consultores de la diócesis de Osma-Soria celebró su segunda sesión ordinaria el día 22 de diciembre, presidida por el Administrador diocesano, en un clima de diálogo sereno y responsabilidad compartida. Tras la oración inicial y las palabras de bienvenida, se realizó el seguimiento de diversos asuntos de la vida diocesana, entre ellos las previsiones pastorales y organizativas con motivo del Año conmemorativo de San Pedro de Osma a celebrar en 2026.

Durante la sesión se abordaron también el reconocimiento a las Carmelitas de El Burgo de Osma con motivo del 75º aniversario de su presencia en la villa episcopal, los principales temas tratados en la reciente asamblea plenaria de la Conferencia episcopal española y los resultados de la asignación tributaria en favor de la Iglesia, tanto a nivel nacional como en la diócesis, destacando la evolución positiva registrada en Soria.

Asimismo, se presentó el reparto del Fondo de caridad procedente del Fondo común



interdiocesano de la Conferencia episcopal correspondiente a 2025, así como otras cuestiones. La sesión concluyó con un turno de ruegos y preguntas, reafirmando el compromiso común con el buen gobierno pastoral y económico de la diócesis.

La Diócesis clausuró el Año jubilar de la esperanza

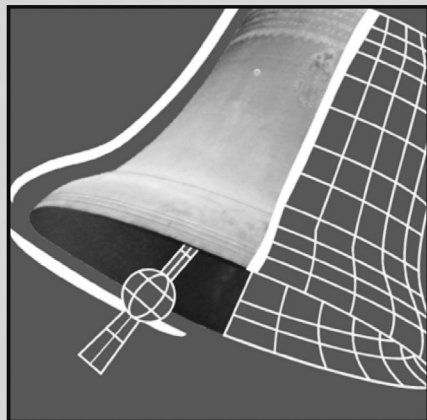
El Administrador diocesano de Osma-Soria clausuró los días 27 y 28 de diciembre el Año jubilar de la esperanza con una Eucaristía celebrada en la Concatedral de Soria y en la Catedral de El Burgo de Osma, coincidiendo con la celebración litúrgica de la fiesta de la Sagrada Familia. En su intervención, subrayó que la esperanza cristiana se aprende y se cultiva en la vida cotidiana, especialmente en el seno de la familia y de las comunidades cristianas, llamadas a transmitir la fe de generación en generación

Gabriel Ángel Rodríguez Millán presentó a la diócesis como una gran familia reunida en torno a la Palabra y la Eucaristía, formada por parroquias diversas, sacerdotes, consagrados y fieles laicos que sostienen la vida eclesial en contextos muy distintos. En este marco, destacó a la familia como el primer espacio donde se aprende la esperanza, no desde ideales abstractos, sino desde la fragilidad, el cuidado mutuo y la fidelidad en lo cotidiano.

Al hacer balance del Año jubilar, afirmó que este tiempo de gracia no se clausura para ser archivado, sino para integrarse en la vida ordinaria de la diócesis. Recordó que uno de los frutos concretos del Jubileo será la próxima apertura, en colaboración con Cáritas diocesana, de un espacio estable de acogida y acompañamiento para personas en situación de grave exclusión, como signo tangible de una esperanza que se hace cercanía y cuidado.

La homilía miró también al futuro, anunciando la preparación del 925º aniversario de la elección de san Pedro de Osma como obispo de la diócesis, a celebrar en 2026. El Administrador diocesano presentó su figura como ejemplo de una esperanza paciente y perseverante, edificada más desde la fidelidad al Evangelio y la comunión que desde los medios o los resultados inmediatos.

Finalmente, en el contexto de la sede vacante, invitó a vivir este tiempo como una etapa de gracia y confianza en la acción del Espíritu Santo, animando a la diócesis a rezar por el futuro obispo y a permanecer unida, como una familia de familias, firme en la esperanza y abierta al futuro que Dios prepara para su Iglesia.



SI HEMOS
LLEGADO HASTA HOY...

... SABEMOS DE CAMPANAS

ESTUDIOS, PROYECTOS

CONSTRUCCIÓN

INSTALACIONES

FUNDICIÓN-RESTAURACIÓN


MANTENIMIENTO

PROTECCIÓN DE LAS CAMPANAS

16  37
QUINTANA

CAMPANAS QUINTANA S.A.

www.campanasquintana.es

 quintana@campanasquintana.es

(+34) 979 89 25 06

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.
34100 SALDAÑA - Palencia - España

